

Dr. A. ORREGO LUCO.

LOS CAMPOS DE BATALLA

A la mémoire des soldats français
qui dorment debout, le fusil en main,
dans l'intérieur de cette tranchée,
leurs frères de l'Amérique.



DE LA TRINCHERA DE LAS BAYONETAS,
DADO POR LOS AMIGOS DE AMERICA.

BIBLIOTECA NACIONAL



905947

IMP. DE LA ARMADA
VALPARAÍSO :: 1922

SECC. CHILENA

11(314-31)

PAS 6856

POR LOS CAMPOS DE BATALLA

POR LOS CAMPOS

DE BATALLA

*As mi meli luz
para que la lea y me
travese
Amigobun*

VALPARAÍSO

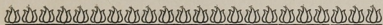
IMPRENTA DE LA ARMADA

—
1922

Al señor abate

Don EMILIO VAISSE.

Su recuerdo ha sido nuestro inseparable compañero, en esta excursión por los campos heroicos de su patria.



POR LOS CAMPOS DE BATALLA



I.

DE PARIS A SOISSONS.



EN una hermosa mañana del mes de julio, se deslizaba rápidamente el automóvil, por la majestuosa y larga rue de Lafayette. El movimiento del carruaje nos hacía sentir con más viveza la fresca brisa matinal.

Me sorprendió en esa hora temprana el movimiento extraordinario de la calle; ver abiertas las tiendas; encontrar ya en las veredas esas instalaciones ligeras en que el pequeño comercio exhibe sus artículos; ver abiertos los talleres, y los artesanos entregados al trabajo; encontrar toda esa actividad sana de la vida, cuando está todavía muy lejos de empezar, en los grandes talleres y los grandes almacenes del centro de París.

Ese comercio modesto, madrugador y laborioso, sigue adherido a sus antiguos hábitos de vida; hasta él no han llegado las inquietudes sociales, que tan profundamente han agitado al mundo obrero. En el mundo del trabajo, como en el mar, las agitaciones solo se producen en las capas más visibles y ruidosas. Las tempestades, que sacuden la superficie de las olas, resbalan sobre las aguas profundas, que siguen imperturbables su vida silenciosa y tranquila.

Unas cuantas vueltas de las ruedas del automóvil han bastado para traernos de la vida atormentada y perezosa del centro de París—en que la ley del trabajo se presenta como una humillante y penosa esclavitud—a este mundo laborioso, que en las primeras horas del alba, sigue alegremente por el camino del trabajo obstinado, que realiza las grandes esperanzas y a veces sueños que parecían imposibles.

De la rue de Lafayette salimos por la ancha avenida de Jaurés.

Cuando leí el nombre de Jean Jaurés, en una de las planchas de la calle, me sentí envuelto en los recuerdos de los trágicos comienzos de la guerra. Entre esos recuerdos asomaba la fisonomía tan humana y atrayente de Jaurés. Lo volvía a ver pálido, con su barba nazarena, su nariz ligeramente encorvada, su boca de labios fuertes y vibrantes, sus grandes ojos pardos, de una mirada suave y serena, en que se envolvía su naturaleza complicada y desconcertante. Esa mirada, esa barba, su frente ancha y su cabellera abundante y ligeramente ondulada, acentuaban en la fisonomía de Jaurés vagas reminiscencias del tipo tradicional del apóstol y el semita.

Viéndolo, nadie habría sospechado que estaba en presencia de un poderoso agitador político, de un espíritu esencialmente pugnaz y revolucionario. Toda su persona, por el contrario, parecía respirar una tranquilidad serena, inalterable. Lo único que delataba al hombre de combate era la visible complacencia con que oía hablar a un adversario.

Pero bastaba oírle hablar, en cualquier parte y sobre cualquier materia, para sentir que estábamos en presencia de un orador, en toda la grandiosa amplitud de la palabra. Realizaba Jaurés en su oratoria el ideal del arte con que soñaba Andrés Chenier cuando decía:

Sur des penses nouveaux, faisons des vers antiques.

Jaurés envolvía las ideas nuevas en el magnífico manto de los clásicos, y daba a su palabra el solemne y armonioso esplendor de los antiguos oradores de Atenas y de Roma.

Ese hábito de un lenguaje irreprochable era la impresión indeleble que había dejado en su espíritu la rigurosa disciplina de sus primeros años escolares, y después el ejercicio del profesorado. El orador se formó estudiando humanidades en el Liceo de Castres y enseñando filosofía en el Liceo de Albi.

Pero no era solamente admirable la elocuencia de Jaurés, era también encantadora; porque detrás de sus doctrinas, a veces monstruosas; detrás de sus teorías, que flotaban al viento caprichoso de las fugaces y ardientes pasiones populares; en el fondo de todos sus errores había algo sagrado: una profunda simpatía por todas las desgracias, una profunda compasión por todas las miserias, el santo anhelo de disminuir el sufrimiento humano. Jaurés, que abría su espíritu a todas las ideas, abría también su corazón a todas las desgracias.

Su vida había sido la vida dura de un muchacho que a fuerza de trabajo, se levanta de una situación menos que modesta en sociedad, a una situación expectable en la política. Había sido dura y penosa, sobre todo, porque con una noble altivez se había mantenido lejos del fácil y cómodo camino de los favores oficiales del gobierno o los partidos.

Cuando entró a la Cámara fué elegido como diputado independiente. Tenía entónces 26 años—él se complacía en recordarlo—y se había abierto su camino con la pluma del diarista. Desde entonces el escritor continuó sosteniendo el prestigio y la fortuna del político.

Sus ideas en esa época no iban más allá del ancho programa en que el partido radical perseguía las soluciones liberales. La libertad, la más amplia libertad, era la solución única y suprema de todas las cuestiones.

Pero, a medida que avanzaba en su vida de orador, sus propias palabras lo iban arrastrando hacia un terreno de tentadoras y peligrosas concesiones. La conquista de los estruendosos aplausos de las asambleas populares le imponía sacrificios, obscuras transacciones de doctrina, y lo hacían teñir sus ideas radicales con un marcado tinte socialista.

Entró entonces a formar en las mismas filas que Briand y Millerand, que dentro de los radicales defendían al socialismo reformista, y después separándose de ellos y su grupo, fué a unirse con Guede y sus amigos, cambiando sus ideas reformistas por ideas revolucionarias, resbalando así en la trágica pendiente, que de un régimen de libertad y de tolerancia, lo precipitaba en un régimen de imposición y de violencia. Esa caída era inevitable; ahí arrastra fatalmente el vértigo perturbador de las tumultuosas asambleas populares.

En medio de su éxito estruendoso, Jaurés tenía la sensación de su caída. Había en él extrañas inquietudes y repetía con frecuencia que «el Capitolio estaba cerca de la Roca Tarpeya». Esa frase tenía en sus labios no sé qué reserva misteriosa.

A fines de 1913 lo dejamos envuelto en una apasionada y violenta lucha de partido, que tuvo como desenlace el éxito inesperado y brillante de las elecciones de mayo de 1914.

Esa victoria significaba su entrada en el gobierno; significaba el cumplimiento de sus espléndidas promesas, y significaba también, que se acercaba la hora de las confesiones dolorosas.

Era necesario descender de las abstracciones teóricas a las realidades de la vida, de las especulaciones a la práctica, y Jaurés sabía demasiado que las condiciones materiales de nuestras sociedades no se subordinan a las exigencias sentimentales de un ideal. Sabía demasiado que llevar sus quiméricas doctrinas al gobierno era llevarlas al fracaso, y hacerlas derrumbarse en medio de la condenación alegre de sus antiguos adver-

sarios, y el amargo desengaño de sus candorosos partidarios, es decir, en medio de la execración universal.

Para evitar la crueldad de esa catástrofe, Jaurés preparaba una nueva evolución en su política. En sus artículos de *l'Humanité* hablaba del doble peligro, de los que exageraban hasta la monstruosidad las doctrinas del partido socialista, y de los que, para atenuar esas doctrinas, las convertían en insípidas fórmulas políticas. Esas tendencias contrarias obligaban a adoptar un término medio entre las exageraciones peligrosas. Esa era la evidente preparación de un paso atrás, en que se dejaba caer sobre las circunstancias toda la responsabilidad del retroceso.

Pero, de todos modos, era enorme la situación política de Jaurés después del triunfo electoral de su partido; era enorme su influencia en el gobierno y en el pueblo.

Para sus partidarios era Jaurés la encarnación de las grandes esperanzas, y sus adversarios mismos, con orgullosa satisfacción, rendían homenaje a la fascinadora elocuencia de ese apóstol del misticismo revolucionario. El suave y melodioso balanceo de sus períodos sonoros, adormecía el criterio, y entregaba su auditorio desarmado a la irresistible seducción de su elocuencia, hecha de calor, de emoción y de armonía.

Jaurés hacía revivir la simbólica leyenda de Orfeo, adormeciendo con su lira los ojos vigilantes del Cerbero para abrir el camino del Infierno a donde iba a buscar a la Euridice fatal.

Esa hermosa y gran fuerza moral cayó despedazada por el golpe brutal de un asesino, en los momentos en que la Francia necesitaba acumular todas sus fuerzas para resistir la formidable agresión de la Alemania. Junto con la noticia de la movilización precipitada y angustiosa, circuló en toda la Francia la noticia del asesinato de Jaurés.

Ha sido dudosa para algunos la actitud que habría tenido Jaurés en la hora del conflicto, y no ha faltado quien tuviera

interés en hacer creer que habría ido a buscar en las alturas de la Suiza un punto en que colocarse por encima de la lucha, un refugio en que pudiera ocultar su egoísta cobardía. Pero nó, el espíritu de Jaurés era demasiado viril y vigoroso para abrazar las doctrinas desairadas de los que renunciaban a su patria y a su sexo.

Para hacer esas afirmaciones perentorias no necesitamos recordar las declaraciones que abundan en sus discursos, aun en medio de sus candorosos idilios pacifistas y sus temerarias provocaciones al desarme, nos bastará recordar cómo envidiaba a Gambetta su aparición en medio de la guerra, en los momentos en que la Francia flotaba incierta, desconcertada, vencida; en que la República se levantaba entre las ruinas del Imperio y los escombros de la Comuna; en que la Francia buscaba una palabra que diera expresión a sus sentimientos, que levantara el alma nacional, que dignificara la desgracia.

Me parece oír todavía la voz de Jaurés que me repite: «Gambetta fué la palabra magnífica de esas horas supremas». Eso me basta para poder asegurar que la palabra de Jaurés habría sido un eco vibrante del patriotismo de Gambetta.

Pero, la mano brutal de un asesino sofocó la voz del patriotismo herido en sus labios elocuentes.

La escena no pasó, como nos habían dicho los telegramas, en un elegante restaurant del boulevard: tuvo un escenario más obscuro y apropiado.

En el número 146 de la rue Montmartre, haciendo esquina con la calle del Croissant, hay un modesto restaurant que se llama el *Café du Croissant*. Ahí fué la escena.

La calle del Croissant es una callejuela estrecha, vieja, siempre sucia, de una pendiente muy violenta que la hace peligrosa y difícil para el tráfico. En un espacio muy corto de esa calle se amontonan las imprentas y oficinas de algunos diarios de París. Allí están *La Presse*, *La Liberté*, *La Action Française*,

La Patrie, *Paris-Sport*, *l'Intransigeant*, *l'Humanité*, que era el diario de Jaurés. El agrupamiento de imprentas y de diarios hace que esa calle, abandonada y a trasmano, esté constantemente llena de grupos de vendedores, mal traídos, bulliciosos, que esperan la salida de los diarios sentados en la vereda o los umbrales de las puertas. Entre esa gente equívoca un individuo al acecho se disimula fácilmente.

Ese nidal de gente de prensa frecuentaba, naturalmente, el restaurant que estaba al lado de sus oficinas de trabajo. La redacción de *l'Humanité* hacía que Jaurés fuera con frecuencia al Café del Croissant. Ese día, 31 de julio de 1914, Raúl Vilain lo había estado acechando en la callejuela y lo había visto dirigirse al café.

Entrando, a la izquierda, se sentó Jaurés en la segunda mesita, que tiene a la espalda una ancha ventana, que da a la calle de Montmartre. La ventana estaba abierta en esa pesada y sofocante tarde de verano, y Jaurés estaba sentado volviendo sus espaldas a la calle. Desde la vereda Vilain lo podía tocar con el cañón de su revolver.

—Ahí estaba sentado Jaurés,—me dijo el mozo del café, que presencié la escena, señalando la segunda mesita,—y ahí quedaron incrustadas dos balas—agregó, mostrándome las huellas de las balas en el zócalo de madera que rodea el comedor. (1)

(1) Vilain no fué condenado a la pena capital, sino simplemente a una larga pena de prisión. Jaurés mismo—que había condenado la pena de muerte como un legado feroz de la barbarie—no habría podido imponer otra pena a su asesino.

Después una ley de amnistía para los crímenes políticos abrió a Vilain las puertas de la cárcel.

Desapareció durante algún tiempo, envuelto en una espesa obscuridad.

En septiembre próximo pasado encontramos en el *Temps* un suelto de crónica en que se daba cuenta de una tentativa de suicidio: «Raúl

Ese crimen odioso tuvo una resonancia muy diversa de la que debió tener lógicamente. En vez de despertar el instinto feroz de las venganzas políticas, acentuó el sentimiento del amor a la patria, en cuyo seno blando y suave se olvidan las pasiones de partido.

Ese asesinato, llamado a producir los desgarramientos de una lucha civil, en los comienzos de la guerra produjo esa hermosa situación moral, que Poincaré ha designado con el nombre magnífico de la «unión sagrada de todos los franceses.»

Los que seguían a Jaurés con la adhesión fervorosa y entusiasta con que se sigue a los grandes caudillos de partido; los que habían formado en el lúgubre cortejo que acompañó el cadáver del orador asesinado, esos mismos, al oír las notas vibrantes de la Marsellesa y el llamado solemne de la patria agredida, siguieron silenciosos detrás de la bandera que los llevaba a los campos de batalla: ¡sólo tenían corazón para recordar que eran franceses!

Es curioso observar a la Francia y la Alemania en esos primeros momentos de la guerra: es curioso y revelador.

Un soplo de serenidad casi solemne hace desaparecer las frivolidades ligeras de la superficie de la vida parisiense—la única que nosotros los extranjeros logramos conocer—y deja ver el fondo serio y sólido del alma de la Francia. El cumpli-

Vilain»,—decía,—«el asesino de Jaurés, ha tratado de suicidarse. En abril de 1919 fué a establecerse en Auxerre; manifestaciones hostiles lo obligaron a salir de la ciudad. Desde entonces residió en París con un nombre supuesto.

En estos últimos días fué a Reims, donde su padre es escribano mayor del tribunal civil, para darle parte de su intención de casarse. Su padre no aprobaba el matrimonio. Una escena violenta se produjo con este motivo en la oficina del escribano. Agotados sus argumentos, Vilain sacó su revólver y se disparó dos veces. Una bala le perforó el vientre y fué trasladado a una clínica privada en estado gravísimo.»

miento supremo del deber se yergue majestuoso sobre esa tierra de la alegría encantadora.

Y por otro lado, en esa Alemania siempre tranquila, de pasiones medidas, de sentimientos metódicos hasta en sus arranques más violentos, habituada a mirar friamente las realidades de la vida, el clarín de la guerra produce el efecto misterioso y transformador de un exorcismo. Es una embriaguez, una locura; la reflexión y la seriedad desaparecen, y con la alegría feroz de una bacante se lanza a ese carnaval sangriento, a las grandes matanzas, a la guerra «alegre y fresca.»

Esa transformación inverosímil de la Francia y la Alemania nos asombra y desconcierta, y en el fondo de esa transformación hay una revelación inesperada del fondo de dos razas.

En esas horas oscuras de los comienzos de la guerra, cuando se oía a lo lejos el lúgubre galope de las legiones que invadían el suelo de la Francia, cuando resonaba en el Senado ese grito desesperado y angustioso del patriotismo y la impotencia:—«estamos desarmados, sin municiones, sin cañones, nuestra defensa es un simple sacrificio!»—cuando el horizonte estaba más encapotado y más sombrío, brilló en el cielo de la Francia una luz conmovedora, que iba a imprimir a todo el curso de la guerra un sello de elevación y de grandeza moral.

El 30 de julio de 1914 principió el gran movimiento de los voluntarios extranjeros, de los hombres que venían de todos los confines del mundo a defender a la Francia como se defiende a la patria.

La iniciativa y la gloria de ese movimiento generoso corresponde a la colonia italiana de París. El 30 de julio, 19 italianos se presentaron a la «Asociación Internacional de los amigos de Francia» a anunciar el propósito de organizar cuerpos voluntarios. Le piden a la Asociación, su concurso y hacen un llamado conmovedor a sus compatriotas. Tres mil italianos respondieron al llamado. La Asociación abre sus oficinas de

inscripción. Los italianos desfilan por los boulevares para ir a ofrecer sus servicios al Ministerio de la Guerra. Su ejemplo arrastra con la fuerza soberana, irresistible, que es el hermoso privilegio de los grandes entusiasmos. El 21 de agosto se reunen en la explanada de los Inválidos más de 30.000 voluntarios y en el curso de la guerra pasan de 60.000 los que combaten en las legiones extranjeras.

De esos voluntarios murieron 14.000 en la campaña, y 20.000 fueron heridos.

Un testigo de esa escena de los Inválidos nos decía que al ver el desfile imponente, majestuoso, interminable, de esos extranjeros que venían de todas partes a combatir y a morir por la Francia; que pasaban llevando la bandera de su patria enlazada con el tricolor de la bandera francesa, le pareció que, súbitamente, todos los sacrificios, todas las abnegaciones, todos los actos heroicos y desinteresados de la Francia, recibían, en un momento, como una incomparable recompensa, ese conmovedor homenaje, en que todos los pueblos querían contribuir con su parte de corazón y de sangre. Esa nota generosa acentuaba la emoción de los primeros días de la guerra.

La avenida de Jaurés, en que las construcciones fabriles se suceden, se prolonga más allá de la Villette, hasta la antigua puerta de Pantin.

Saliendo por esa puerta, atravesamos las inútiles fortificaciones que rodean a París, que costaron millones y que ahora también costosamente se demuelen.

Cuando miraba esas enormes murallas de piedra, sus hondos y anchos fosos de defensa, un recuerdo pasaba por mi memoria sonriendo con una picante ironía. Thiers, hombre de Estado, fríamente reflexivo, de un gran espíritu y poderosas facultades, empeñó una de sus más rudas batallas parlamentarias para conseguir que se construyeran esas fortificaciones, en

que cifraba la seguridad de París y el orgullo de su propio nombre. Durante esa campaña parlamentaria un novelista, un hombre de fantasía, un poeta, Alfonso Karr—el jardinero de Niza—publicaba un periódico ligero y mordaz, que llamaba «Les Guepes,» en que declaraba esas fortificaciones un derroche inútil. Sólo podrían servir mientras no se fabricara una artillería más poderosa, es decir, «seguramente, hasta la próxima guerra.»

¿Cuál de los dos tenía razón, el hombre de Estado o el poeta visionario; el que calculaba con los datos y los informes oficiales o el que veía el porvenir con esa segura visión de los poetas? El tiempo, con su criterio irrespetuoso, ha dado toda la razón a Alfonso Karr. En la primera guerra, en 1870, las fortificaciones de París sólo sirvieron como pintoresco accesorio del paisaje. Así la historia suele dar a la frágil suficiencia de los hombres de gobierno, alegres lecciones de modestia.

Pasando las fortificaciones, íbamos a seguir el mismo camino del general Galieni, en 1914, cuando llevaba en los 600 automóviles requisados en París, las tropas que dieron el golpe formidable que decidió la primera batalla del Marne.

Siguiendo ese camino atravesamos Pantin y Romainville—dos aldeas pintorescas que están en las afueras de París—y a las 8½ ya nos encontrábamos en Ville Parisis, pequeña y encantadora población que rodea el campo abierto.

El camino se extiende a la distancia, como una ancha cinta blanca, suavizado por la sombra de los árboles, cuyas ramas se cruzan formando una bóveda elegante.

Eso da un aspecto encantador a los caminos de Francia, bordeados de árboles, que cultivan en todas partes con un arte cuidadoso. Las lluvias de primavera y de verano conservan el follaje fresco y limpio, riegan la tierra y mantienen sin polvo los caminos.

Por todas partes, de trecho en trecho, vamos encontrando montones de materiales prontos para reparar los desperfectos producidos por el tráfico.

A los dos lados de esos caminos, tan admirable y cuidadosamente conservados, se extiende la vista en un valle ancho, plano, sin accidentes, en que pequeños grupos de árboles están desparramados en medio de enormes sembrados. Es un inmenso campo verde salpicado en las orillas del camino, con la nota roja de los *coquelicots*. Solo a lo lejos, en el horizonte, se dibujaban los contornos sombríos de un espeso bosque.

Grupos de campesinos trabajaban esas tierras. En uno de esos grupos ví mujeres manejando máquinas de segar. Son hábitos que quedan de la guerra, restos de la invasión de las mujeres hasta los trabajos más penosos de los hombres.

Siguiendo ese alegre camino por el valle, llegamos a Claye. Es una aldea pintoresca, risueña, de casitas y chalets con jardines a la calle. Grandes árboles extienden por todas partes sus ramas y sus sombras.

La impresión de ese pueblecito es de una tranquilidad modesta, de una vida de paseos de campo y de idilios rústicos.

—Ahí—nos dijo el guía, mostrándonos un terreno sembrado por el espeso follaje de los árboles—hay siempre fiestas los domingos.

Y poco más allá nos agregó:

—Hasta aquí, precisamente hasta este punto, llegó caballería alemana en 1914.

Estábamos a 30 kilómetros de París.

La primera nota de la guerra la encontramos en esa aldea coqueta y alegre en que se detuvo la invasión.

Seguía el camino avanzando, con una suave ondulación, hacia una línea oscura, que atraviesa el llano. Esa línea es el Ourcq, que lleva sus aguas hacia el Marne.

A un lado del camino pasamos por el punto en que estuvo el cuartel general de Joffre; y poco más allá encontramos la primera huella de la guerra: un bosque muerto.

Es una impresión extraña la que produce ese bosque despezado por la metralla y destruido por las balas. Han quedado en pie los troncos quemados, secos, extendiendo sus ramas rotas, que parecen miembros mutilados. Todo se ve oscuro, negro, lamido por las llamas, mordido por el fuego. Esos esqueletos de árboles decapitados, mutilados, producen una impresión de tristeza lúgubre, la impresión siniestra de un inmenso osario.

Y todo eso no es mudo; todo eso nos cuenta con tremenda elocuencia los horrores monstruosos de la guerra.

Saliendo de ese bosque el camino baja al llano del Marne y vemos dibujarse a la distancia los contornos de una pequeña población.

Es Meaux, es el Obispado del célebre Bossuet. Llegamos luego a la ciudad silenciosa y sombría.

Entramos en una calle estrecha, tortuosa, en partes sin vereda. Las casas bajas, de dos o tres pisos, construídas de piedra o de mortero, tienen ese aspecto obscuro, leproso, de las murallas viejas. Hay muchas del siglo XV y XVI. En las paredes lisas, desnudas, sin ningún adorno, se abren los huecos para las ventanas y las puertas, sin marco, sin nada de relieve. Esa desnudez de la arquitectura hace un efecto penoso en las construcciones viejas. No da la impresión de la sobriedad elegante de los griegos, sino más bien de la sórdida parsimonia de un judío.

Entre esas casas viejas, bajas, que parecen encorvadas por los años, se levanta la inmensa mole de la Catedral. Es una construcción imponente del siglo XII, en cuyas bóvedas ha resonado la formidable elocuencia del más grande de los oradores sagrados de la Francia.

Meaux es una población obscura, sombría, triste, con esa tristeza inmensa y desolada de un convento.

Meaux es de origen celta y guarda entre los rasgos primitivos de su raza soñadora y melancólica, la constante preocupación del más allá de la vida. Las cuestiones religiosas atraen y fascinan esa raza, con sus sombras misteriosas, y apasionan los espíritus con una vehemencia extraordinaria. En ningún terreno han brotado más espontáneamente y con más fuerza las feroces guerras religiosas. La reforma del siglo XVI se extendió como una llamarada sobre Meaux. En 1562 se prohibió el culto católico. Después Montluc,—el frío y duro Montluc,—sofocó el protestantismo en Meaux.

Como huella de esas preocupaciones religiosas, encontramos un gran seminario, muchos colegios eclesiásticos y un enorme hospicio.

Esa población antigua, que conserva todo su aspecto medieval, tiene el encanto melancólico de los recuerdos lejanos. También esa vieja ciudad ha sido maltratada por la guerra. Vemos, al pasar, murallas agujereadas, casas en ruinas, que los obuses han hecho pedazos. El paso de la guerra ha dejado recuerdos muy amargos y muy vivos.

Todos los años se conmemora en Meaux el 11 de septiembre,—con una gran ceremonia religiosa de especial solemnidad—la primera victoria del Marne, que arrojó la invasión fuera de sus campos.

Seguía nuestro camino por el valle, divisando a lo lejos aldeas que se recostaban en las faldas de las colinas o se suspendían sobre las cimas de cerros escarpados. Viejas poblaciones que buscaban los sitios estratégicos en que era más fácil la defensa o se cerraba el paso a la invasión.

En medio de la campiña atravesamos por Varredes.

Es una aldea alegre, que respira cierto aire de bienestar y buen humor. Ibamos por una calle ancha y bien pavimentada.

Grandes árboles daban sombra a la calzada. Las casas bajas, las calles anchas, llenas de luz, bañadas por el sol. Nos detuvimos a mirar unos proyectiles que habían quedado curiosamente incrustados en la muralla. Un obrero, que pasa a nuestro lado, también mira el proyectil, y con un gesto alegre levanta los hombros y sigue su camino tarareando una canción.

Con el buen humor alegre de ese obrero parece guardar Varredes los recuerdos de la guerra.

Poco más allá había una casa sin techo; el frente derribado; el pavimento del segundo piso, sin apoyo al frente y desprendido de un lado, se mantenía en un equilibrio extraordinario.

Más allá, en una casa en ruinas, completamente destruida, un gran forado dejaba ver el subterráneo.

Perc por todas partes los destrozos de la guerra habían sido apresuradamente reparados. Las casas se veían limpias, cuidadas; en las ventanas se veían vidrios, cortinas y maceteros con flores. Había comercio, muchas tiendas; se sentía circular la animación de una vida holgada y fácil. Se sentía ese algo indescriptible de una población alegre en que la vida es fácil.

Los estragos de la guerra iban asomando a medida que avanzábamos; pero esas primeras impresiones se atenuaban con el alegre esplendor de la campiña. El aire ligero, el cielo sin nubes, esa exuberancia de vida que desborda en toda la naturaleza en su esplendor de primavera, nos hacían sentir una embriaguez alegre.

A los dos lados del camino se extendía la vista por campos cultivados, que parecían grandes cuadros teñidos con diversos tonos verdes, que iban del verde más claro al más oscuro. A orillas del camino, sobre el manto verde de los prados, asomaban desparramadas las amapolas rojas, que parecían salpicaduras de sangre.

En medio de ese campo verde atravesamos los restos de una pequeña aldea, medio oculta en el seno pintoresco de dos

colinas bajas. Ahora todo está en escombros, todo en ruinas. No hay una sola casa habitada, ni un solo habitante.

—Esto es todo lo que queda de May — nos dice el guía, mostrándonos esos montones de piedras y esas murallas arrasadas.—Este fué el punto decisivo de la batalla del Ourcq. Aquí se peleó con un encarnizamiento desesperado.

El cuadro de esas ruinas es impresionante. Pero, siquiera aquí todo fué rápido y violento. Fué la obra de una mañana de combate, que hizo pedazos en unas cuantas horas la obra de muchos años de sacrificios, de privaciones y de esfuerzos. En otras partes la agonía fué de una lentitud desesperante.

Ya desde ese momento se apoderaba de nuestra alma ese espectro abominable de la guerra, que íbamos a tener constantemente delante de la vista a todo lo largo del camino.

Poco más adelante volvemos a pasar por otra aldea, también hecha pedazos.

Saliendo de los escombros de esa aldea, a los dos lados del camino, todo el terreno ha sido removido, trastornado por los obuses. Las capas profundas, estériles del subsuelo han sido traídas a la superficie. Ese trastorno ha aniquilado la tierra. Ese campo de los obuses es un campo arrebatado a la cultura y entregado a la esterilidad y a la barbarie.

Pasarán muchos años, tal vez pasarán siglos, antes de que un trabajo tenaz los pueda devolver a la fecundidad alegre que han perdido.

¡Y esta era aquella comarca risueña de las orillas del Ourcq, aquella comarca que reflejaba la soñadora languidez de su belleza en las telas de los pintores!

Después de esa tierra desolada que atraviesa el Ourcq, llegamos a La Ferté Milon. Era una aldea que se extendía en anfiteatro, en la falda de una colina que bañaba sus pies en el río. Es otra pequeña población que dejó en ruinas el bombardeo feroz de 1918. Todo ha sido derribado, todo está destruido.

Las calles están intransitables con los escombros, y solo queda libre la calle principal, por donde sigue el camino.

En medio de todas esas ruinas, ha quedado en pie la estatua de Racine, obra de David d'Angers. Estaba colocada en una especie de nicho, apoyado en la muralla de la casa en que nació el más delicado y elegante de los trágicos franceses. La estatua, como todo el monumento, era de mármol. La figura está envuelta en un traje romano, y tiene cubierta la cabeza con una gran peluca a la Luis XIV, pintoresco y extraño anacronismo, que no chocaba al gusto delicado del gran siglo y que nosotros mismos no percibimos claramente. Racine, ahora, desde su nicho solitario, mira las ruinas de esa población abandonada, las ruinas de su tierra y de su casa.

Después se van enlazando a orillas del camino, como los anillos de una cadena trágica, Forevolles, Courcy, Villers Cotterets. Todo eso derribado, destruido, ha sido despedazado en las últimas convulsiones de la agonía de la guerra.

Villers Cotterets era una pintoresca aldea de la antigua Picardía, que había crecido alegremente sobre la colina, al lado de un *rendez-vous* de caza.

La vecindad del bosque, en que abundaba la caza mayor, hizo frecuentes en ese sitio las visitas de la Corte. Se edificó una gran casa de campo—La Malmaison—que Francisco I reedificó después dándole las proporciones de una fortaleza. Durante varios reinados conservó todas las prerrogativas de un castillo real, a donde iban con frecuencia los monarcas. Alrededor de ese castillo se desarrolló la población en las condiciones peculiares de los pueblos que llevan una vida intermitente. En los períodos de caza había una afluencia extraordinaria, movimiento, animación, derroche, grandes cabalgatas, músicos, cuernos de caza, gritos de jaurías, todos los ruidos locos de la vida alegre; pero pasada la fiesta, todo se hundía en la tranquilidad y el silencio. Los trajes vistosos se guarda-

ban en los arcones y volvían a aparecer modestamente las blusas y los sombreros de trabajo.

Alejandro Dumas nos ha dejado en sus «Memorias» una viva descripción de su ciudad natal, que, como él dice, «era una pequeña población al lado de un enorme palacio: el palacio era tan grande como toda la población.»

Villers Cotterets está ahora en ruinas. No queda nada de la alegre aldea en que nació Dumas.

El paisaje mismo ya ha cambiado. Ya no se ven en lo alto de las colinas esos grandes molinos de viento que le daban una nota peculiar y pintoresca. Barrió con esos viejos molinos el progreso.

Al lado del camino, en las goteras de la aldea, estaba en otro tiempo la casa del guardabosque. Cuando Alejandro Dumas era un muchacho iba a esa casa, que recordaba en sus memorias con la emoción y la ternura de las primeras impresiones de la vida. Nos ha dejado el recuerdo de la casita con persianas verdes, del pequeño jardín y de los grandes árboles, con tanta viveza que nos parece que los hemos visto.

Bajo el follaje espeso de esos árboles se paseó muchas veces Francisco I con Madame d'Étampes; bajo esos mismos árboles se pasearon también Enrique II con Diana de Poitiers, y Enrique IV con su hermosa Gabriela.

Pero, además del valor inestimable de poesía y de recuerdo, tenían también esos árboles un precio en el mercado. Como decía Dumas, con una melancolía tan amarga: «¡Hermosos árboles! ¡Ustedes valían cien mil escudos, y un día los reyes de Francia descubrieron, que los árboles se compraban y los hombres se vendían; entonces ellos vendieron árboles para comprar hombres!»

Así desapareció un follaje que guardaba tanta poesía y tantos recuerdos en su sombra. Pero quedaba la casita; quedaba el jardín... Ahora no hay nada. Por ahí pasó la guerra,

que trata los recuerdos poéticos con más indiferencia que los reyes.

El automóvil va de prisa y rápidamente nos pusimos bajo el follaje espeso de los árboles. Vamos por el bosque de Villers Cotterets que cerró el camino de París cuando los alemanes ocuparon Soissons en 1914 y 1918.

Al salir del bosque nos encontramos de nuevo en las campiñas del Aisne. En medio de un paisaje de ondulaciones suaves y graciosas, en que todo respira una tranquilidad soñadora, vemos a la distancia un caserío que parece dormido en el seno voluptuoso de ese valle. Es Longpont. Es una de esas poblaciones medioevales que se formaban al amparo de un torreón o de una iglesia; casi todas han quedado aisladas, han quedado al margen de la vida moderna, y conservan los viejos hábitos y las costumbres de otro tiempo; casi todas tienen el interés de una evocación extraordinaria del pasado, viven envueltas en una atmósfera de tradiciones y leyendas.

Longpont se ha formado alrededor de una Abadía, cuyos claustros estaban defendidos por espesas murallas. En otro tiempo fué una fortaleza y un convento; ahora sólo es una Abadía inofensiva, un refugio poético y tranquilo.

A medida que nos acercábamos a ese caserío se iban acentuando los colores y las líneas. Veíamos ya claramente el largo puente sobre el Saviere,—que le ha dado su nombre al caserío,—las casitas bajas, adornadas con guirnaldas de plantas trepadoras, con pequeños jardines, cerrados por rejas. Se veía la puerta fortificada de la antigua Abadía con sus grandes y macizos torreones.

Entrando por esa puerta, sólo aquí y allá, una que otra habitación ha sido mordida por la guerra; pero... la Abadía ha sido cuidadosamente despedazada por las balas. La iglesia, los claustros, están completamente en ruinas. Sólo quedan bases de columnas, arcos de bóvedas, pórticos aislados, altas mura-

llas, que nos dan un mudo testimonio de las grandiosas construcciones arruinadas y hacen aún más lamentable esa obra de odiosa destrucción.

Lo que hace más impresionante la belleza de esas ruinas es verlas rodeadas de árboles enormes y encontrar por todas partes flores en sus largos caminos solitarios.

Recorriendo el interior de la Abadía experimentamos esa extraña impresión de un encuentro inesperado... ¿Recuerda Ud. la avenida de las Acacias? ¿Recuerda esos viejos árboles que cruzaban sus ramas sobre la ancha avenida de la quinta? Esa avenida que ha desaparecido de mi tierra estaba ahí. Era la misma. Ahí estaban los mismos bancos. Y si esa tarde de verano nos hubiéramos sentado a la sombra movible, trémula y ligera de esas viejas acacias, habríamos sentido que el recuerdo murmuraba a nuestro oído la canción inefable del pasado.

Saliendo de Longpont tomamos por el valle. El camino es accidentado; sigue por pequeñas alturas y pequeñas hondonadas. A los dos lados hay paisajes pintorescos, a que dan cierta monotonía, sin embargo, las grandes extensiones de sembrados.

Al lado del camino nos llama la atención una pequeña palizada. Es un terreno cercado. Hay allí un centenar de pequeñas cruces blancas, alineadas. Es un cementerio de soldados; severo, sencillo y triste, como el deber y el heroísmo.

Poco más allá encontramos una mujer que llevaba un canasto de flores silvestres.

«Va al cementerio», nos dijo el guía. Y en efecto, la vimos acercarse a la palizada, la vimos abrir la puerta...

Siguiendo nuestro camino, al subir una de esas pequeñas alturas, divisamos a Chaudine, que está en una hondonada.

La aldea parece esconderse alegremente, fresca y risueña, en medio de todos sus destrozos. Una gran parte ya ha sido reconstruída, pero se ven todavía muchas casas en escombros.

Los campos son ricos; y las producciones abundantes han permitido reparar rápidamente los estragos de la guerra.

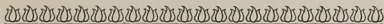
Saliendo de esa población, que tiene la alegre actividad de una colmena, sigue el camino por un llano ancho, plano, en cuyo horizonte lejano se levanta un bosque.

Pasamos al lado de un cementerio americano. Las pequeñas cruces blancas están todas cubiertas de flores. La bandera de las estrellas y las franjas se despliega sobre un mástil. Estamos en las vísperas del 4 de julio, y el día de la patria es el día de los recuerdos, es el día del pasado al que se lo debemos todo.

Poco más allá encontramos otro cementerio alemán con sus cruces negras. Entre esas pequeñas cruces de madera, que señalan las tumbas de los soldados, encontramos diseminados grandes túmulos, también negros, que parecen una cruz deforme, de brazos muy cortos o un espadón clavado en el suelo. Esos equívocos túmulos de piedra indican las tumbas de los jefes. La jerarquía militar no desaparece en los cementerios alemanes.

El paisaje se entristece en toda esa región en que el camino sigue entre cementerios y colinas. Es una monótona tierra de montañas, en que el horizonte se estrecha y el espíritu se siente comprimido.

En una vuelta del camino, bruscamente, se extiende de nuevo la vista por un ancho valle. En el fondo pasa el Aisne, que arrastra lentamente sus aguas pesadas sobre un extenso lecho, de orillas bajas y boscosas. Y a lo lejos se divisan los campanarios de Soissons.



II.

DE SOISSONS A REIMS.

ESTAMOS en las goteras de Soissons, cuyo nombre aparece en los grandes momentos de la historia. Ahí se levantan y derrumban las dinastías que imperan sobre Francia.

César, en su campaña de las Galias, hizo trasladar la población de un campo militar al ángulo que forma el río Oise al vaciar sus aguas en el Aisne, y bautizó la nueva ciudad con el nombre de Augusta Suessionum. César fué, pues, el fundador y el padrino de Soissons, destinada a ser desde el primer momento una formidable plaza militar.

Ya en los tiempos grecorromanos tuvo todos los honores de una plaza fuerte, encerrada en murallas formidables, de que quedan todavía en pie algunos fragmentos.

Excavaciones recientes han venido a hacernos ver que esa ciudad de guerra era también una ciudad de placer. Se ha descubierto el escenario de uno de los teatros más grandes de las colonias romanas y se han encontrado los subterráneos de lujosas villas.

En Soissons, Clovis terminó con la dominación de los romanos en las Galias y dió principio al dominio merovingio que debía durar cerca de dos siglos.

En Soissons concluyó también la monarquía merovingia. En la abadía de San Medard, una asamblea de notables proclamó a Pepino como rey. Y más tarde, en esa misma abadía,

Luis el bonachón (le Debonaire) fué depuesto por sus hijos; y pocos años después, Carlos el Simple, vencido en la batalla de Soissons, entregó el trono a Roberto, duque de los francos, y quedó desde entonces gobernando la nueva dinastía, de donde salieron los Capetos.

Así vemos que en Soissons han nacido y han muerto casi todos los gobiernos de la antigua Francia.

Durante el curso de la guerra reciente, Soissons fué dos veces ocupada por el ejército alemán. En 1914, desde el 2 hasta el 13 de septiembre, y en 1918, después de la sorpresa del Chemin des Dames, del 28 de mayo al 2 de agosto.

En 1914 hubo requisiciones violentas, pero no hubo destrucciones ni saqueos. Vencedores o vencidos, los soldados alemanes pasaron por Soissons haciendo honor a su disciplina y a sus antiguas tradiciones militares.

La victoria del Marne obligó a retroceder al ejército alemán y permitió a los franceses avanzar hacia Soissons. Los puentes provisoriamente cortados sobre el Aisne, los detuvieron en su marcha y dieron tiempo para que los alemanes organizaran una vigorosa resistencia en las colinas orientales que dominan la ciudad. Esas colinas, perforadas por antiguas canteras, fueron rápidamente transformadas en formidables fortalezas.

Los franceses atacaron el 13 de septiembre la famosa colina 132, pero se vieron rechazados con pérdidas muy serias; renovaron, sin embargo, sus ataques infructuosos el 13, el 14, 17, 23 y 30 de septiembre. Desde entonces, tomar esas colinas, fué el objetivo tenaz de los franceses, hasta que, a principios de 1915, lograron apoderarse de la cresta de las colinas del noreste, pero pocos días después una avenida del Aisne amenazaba cortar las comunicaciones y los obligaba a retirarse a las orillas del río, conservando solamente en su poder la cabeza del puente. Ahí resistieron formidables ataques alemanes en formación cerrada.

De marzo a octubre de 1917 la ofensiva francesa fué avanzando lentamente, penosamente, paso a paso, haciendo retroceder al ejército alemán hasta las orillas del Ailette. Pero en 1918 la gran ofensiva alemana les arrebató en 3 días el terreno que habían conquistado en tantos meses, avanza hacia Soissons y se apodera de la ciudad, después de un combate encarnizado.

La llegada de refuerzos permitió a los franceses organizar en el bosque de Villers Cotterets la barrera que cerraba el camino de París.

Fué afortunada y brillante esa rápida campaña del ejército alemán; pero, desgraciadamente, durante los días de su ocupación de la ciudad, no supo mantenerse a esa altura prestigiosa. Hemos visto un cartel que no necesita comentarios. *Beutelsammelstelle*—es decir, *Oficina para reunir el botín*—es lo que decía ese cartel, que es una acusación y un testimonio irrecusable.

El 2 de agosto, a las 6 de la tarde, los cazadores del general Vuillemont, atraviesan la ciudad reconquistada, en medio del incendio, y se apoderan de los puentes del Aisne; pero la ofensiva francesa vuelve de nuevo a detenerse frente a las antiguas posiciones alemanas en las colinas del noroeste, hasta que a fines de agosto el ejército de Mangin los obliga definitivamente a retirarse.

Visitamos la ciudad, como ha salido de la guerra, después de un bombardeo de más de treinta meses.

Lo primero que aparece a la distancia es la torre de la famosa Catedral. Las balas sólo han dejado en pie dos ángulos laterales de la torre. A la distancia aparecen como dos brazos que por encima de la ciudad se levantan hacia el cielo en la actitud de la execración y del clamor.

A medida que vamos penetrando en la ciudad van agrandándose las espantosas huellas de la guerra. Encontramos por

todas partes murallas agujereadas, otras derribadas, techos destruidos, y luego barrios enteros arrasados. Esa monstruosa destrucción no puede sorprendernos en una población que durante casi todo el curso de la guerra ha sido constantemente bombardeada, y en cuyas calles se han desarrollado los combates furiosos de 1915 y 1918.

La Catedral de Soissons era una hermosa y noble construcción. Ahora está en ruinas. Todos los barrios que la rodean están en escombros, y esa destrucción ha sido sistemática, metódica, persiguiendo no sé qué monstruosa aberración. Se ha publicado el cuaderno del comandante de la Ringkannonbatterie de la colina 132 al noroeste de Soissons, en que se lee: «El 31 de enero la batería ha disparado 19 obuses sobre la Catedral. La torre y la nave han sido tocadas muchas veces. En la nave se ha observado un principio de incendio; no se han podido hacer hasta ahora grandes daños al campanario.» El 2 de febrero una batería «tira sobre la Catedral, y en especial sobre el campanario, 29 shrapnels, de los cuales 16 dan en blanco.» El 28 de febrero caen sobre la ciudad 200 obuses.

Y sin embargo, bajo esa lluvia de fuego y de fierro, la ciudad sigue con una extraña y suprema indiferencia el curso ordinario de su vida. Todos los servicios públicos continúan funcionando. El comercio no suspende sus transacciones. Las tiendas abren sus puertas. Cuando recrudece el bombardeo, los habitantes se guarecen en los sótanos, pero apenas se calma vuelven a salir y seguir en su trabajo.

A pesar de las facilidades que daban las autoridades a los que querían salir de la ciudad, la mayoría de los habitantes prefirieron quedarse y vivir a la ventura. Se veían por todas partes pequeños carteles impresos, pegados en la pared, en que se leía: *Maison encore habitée*—Casa todavía habitada—y debajo escritos los nombres de los habitantes obstinados.

Como un dato curioso consignamos, que durante esos tiempos de los bombardeos incesantes, un hotel recibía a los viajeros que durante la noche llegaban en ómnibus.

Mientras recorriamos las calles de la ciudad destrozada, una sensación angustiosa nos oprimía penosamente. Mucha gente habitaba esos edificios derribados. Mucha gente tenía ahí sus mobiliarios, sus ropas, esos mil objetos que representan las largas y penosas economías de una vida de trabajo, los viejos amigos de una vida laboriosa y honrada. Muchos tenían ahí esos objetos pequeños, insignificantes, los recuerdos sagrados de los que nunca volverán. Y todo eso ha desaparecido bruscamente, brutalmente, en medio de la explosión de los obuses y las llamaradas del incendio. Y, ¡cuántos han perecido entre esos escombros! ¡Cuánto bienestar modesto, cuánta felicidad humana ha quedado sepultada entre esas ruinas! ¡Cuántos propietarios de esos grandes y valiosos edificios han caído bruscamente de una fortuna holgada en la miseria negra!

Y a eso hay que agregar todavía las torturas de la incertidumbre en una población que vive amenazada.

Recorriendo las calles se ve el esfuerzo paciente y silencioso para reparar los desastres de la guerra. Por todas partes, construcciones nuevas, andamios, reparaciones de edificios, arreglos de murallas, techos recién concluidos. En las calzadas se han rellenado los cráteres de las granadas, pero todavía se pueden ver restos de los fosos cavados al lado de las veredas, para poder circular en los días de bombardeo.

En pocos años más habrán desaparecido las huellas del desastre, pero no volverán a contemplar los artistas y viajeros las grandes naves de su majestuosa Catedral, y habrán perdido para siempre su antiguo esplendor los monumentos que adornaban a Soissons.

De la hermosa Catedral, que era uno de los monumentos históricos de Francia, que había sido construída lentamente por la piedad generosa de tres siglos, sólo queda ahora la parte inferior de la fachada y los restos de una torre mutilada; detrás de esa fachada no hay nada, sólo hay ruinas. La sencillez de las líneas y las admirables proporciones de toda la fachada, la colocan entre los modelos más acabados del estilo gótico, y hacen más sensible todavía la destrucción de su gran nave.

Sólo viendo eso podemos formarnos idea de esas destrucciones de que la fotografía misma sólo puede darnos una impresión debilitada.

Saliendo de la Catedral fuimos por la calle de las Mínimas a ver la plaza del Claustro, donde tenían sus habitaciones los canónigos. Había ahí casas del siglo XIII, que le conservaban a ese rincón de la antigua Soissons todo su aspecto medioeval.

A pesar de que muchas de esas casas habían sido maltratadas por las balas, esa plaza,—que más propiamente es un impase,—es realmente una intensa evocación de la Edad Media.

Siguiendo nuestra excursión, en el fondo de un estrecho y largo impase, fuimos a visitar la famosa *puerta del Colegio*, construcción relativamente moderna. Es una joya. Columnas dóricas soportan un frontón con esculturas decorativas. La puerta está intacta. El edificio del Colegio está destruído en forma que lo hace irreparable.

Pasando por la plaza mayor vimos la fuente monumental, que ha salvado sin lesiones. La plaza es pobre: un gran espacio de terreno cubierto de ripio, rodeado de una doble fila de árboles y en el centro está la fuente. Los árboles tienen la belleza de los años y la fuente la enormidad de sus formas.

Íbamos a Saint Leger.

Todo el barrio que atravesábamos estaba en ruinas.

No teníamos tanto interés en visitar la iglesia, que sabíamos que estaba hecha pedazos, como en visitar el claustro que se

conservaba intacto, según nuestros informes. Desgraciadamente, no era exacto. Sólo dos costados se conservan, y por fortuna ha salvado precisamente el más hermoso: el costado norte. Tengo a la vista dos fotografías que permiten hacer comparaciones. En una se ve el viejo claustro antes de la guerra, con un aire de tranquilidad serena y luminosa. Por las columnas suben las enredaderas y en el jardín crecen las flores. En la otra fotografía se ve el mismo claustro después de la guerra. Las grandes líneas se conservan, pero los detalles han quedado lastimados y ahora el aspecto de ese claustro es atormentado, sombrío, obscurecido; ya no hay flores en las columnas, ahora hay escombros en el jardín... Y en el fondo, todo el horror de las destrucciones brutales.

Pasamos por St. Pierre au Parvis y la iglesia de San Juan des Vignes. También de esas dos iglesias sólo quedan las fachadas.

Desde la época de la revolución francesa la iglesia de St. Pierre había sido desconsagrada, y últimamente servía de depósito. Una explosión de granadas hizo volar la nave y sólo dejó el frente de la iglesia.

En San Juan de las Viñas sucedió algo más inesperado y más extraño. En 1805 consiguió el obispo de Soissons un decreto imperial, que lo autorizaba para demoler la iglesia y utilizar los materiales en construcciones de la Catedral. Las protestas de los habitantes consiguieron que el obispo dejara en pie todo el frente de la iglesia con sus dos soberbias torres, que se levantan a 70 metros de altura. En 1870 las balas alemanas lastimaron esas torres; en 1918 las balas abrieron una brecha que compromete la solidez de una de las dos.

De esa abadía de San Juan de las Viñas, que fué una de las más ricas de la Edad Media, quedaban los suntuosos claustros de un incomparable valor arquitectónico. En esas galerías el trabajo era de una prolijidad asombrosa. Ahí se había llevado

a su última perfección ese tejido extraordinario de los encajes de piedra. Los proyectiles han abierto en esos claustros forados horribles y destruído con golpes de maza esas maravillas de un trabajo delicado y paciente.

Del palacio del Hotel de Ville hasta el Pont Neuf se extiende, en un trayecto de muchas cuadras, un paseo a las orillas del Aisne. Es la *promenade du Mail*, que tiene a sus dos lados árboles seculares. Se considera uno de los paseos más hermosos de Europa. La guerra lo ha estropeado. A lo largo de todo el paseo se cavó una trinchera, se colocaron defensas alambradas y puestos de observación, desde donde se veía con el ojo desnudo los puestos alemanes al otro lado del río.

Saliendo por el Pont Neuf pasamos por las ruinas de una gran destilería, que era la posición francesa más avanzada, y al otro lado del Aisne están las ruinas de una enorme fábrica de vidrios, que era la posición más avanzada del ejército alemán. De esa vidriería salían anualmente millones de botellas para toda la Champagne.

La distancia que en ese punto separaba las dos líneas de combate era escasamente un centenar de metros.

Entre esos dos puntos el terreno ha sido de tal manera trastornado por los bombardeos, las trincheras, los puestos de ametralladoras y los abrigos, que aún ahora es incómodo y peligroso transitarlo.

Saliendo de Soissons íbamos a seguir nuestro camino por el trágico escenario de la guerra. Íbamos a encontrar a cada paso escombros, alambrados, trincheras, emplazamientos de ametralladoras y cañones. A cualquier parte que se dirija nuestra vista vamos a encontrarnos con el espectro de la guerra. Durante el curso de nuestra excursión vamos a encontrarnos encerrados en el más espantoso de los círculos del Dante.

Véamos desde la altura del camino el penoso panorama de Soissons. La Catedral en escombros, las flechas de la torre de

San Juan despedazadas, la población en ruinas, y, en el fondo las montañas sombrías de Belleu.

Pasamos al lado de Crony, una aldea situada en un terreno accidentado y pintoresco, completamente arrasada por las balas. Al lado de los escombros de las viejas construcciones hay una nueva población improvisada. Pequeñas casas de madera, iguales, simétricas, correctamente alineadas, separadas por angostos pasillos.

Los caprichos pintorescos de la aldea, las callejuelas irregulares, tortuosas, han sido reemplazadas por una corrección rígida, fría, de una monotonía que se hace luego fatigosa.

Esas barracas americanas, forradas en una gruesa tela alquitranada, pintadas de negro con adornos blancos, o de blanco con adornos negros, tienen algo de fúnebre, tienen la fría uniformidad de un cementerio.

Son muy tristes esas aldeas nuevas, que abandonarían los aldeanos si no tuvieran para ellos un atractivo irresistible: están al lado del sitio que ocupaba su casa, la pueden ir a ver todos los días, y ese consuelo los tiene misteriosamente fascinados, con la esperanza de poder reconstruir la antigua casa, a fuerza de alegre y paciente economía.

Saliendo de Crony, seguía el camino al borde de un barranco. Al otro lado se veían las siniestras canteras de Sirsaurs, es decir, que en la falda opuesta del cerro, se veía una serie de enormes agujeros, comunicados con galerías interiores. En esa fortaleza subterránea podían cómodamente abrigarse 3.000 hombres.

Todo el paisaje era de una tristeza desolada. No había árboles a los lados del camino. Todos habían sido metódicamente aserrados a la misma altura. Sólo quedaban los gruesos troncos viejos en que volvían a crecer los nuevos brotes.

Saliendo de ese largo desfiladero, sombrío y triste, a orillas del barranco, el valle se abre. El terreno está formado por una

cadena de colinas bajas, que estrechan el horizonte y hacen que el camino siga ondulando por una serie de rápidas bajadas y subidas fuertes, que vence con cierta dificultad la poderosa máquina en que vamos.

Nos acercamos a Terny, uno de los sitios que han dejado recuerdos más vivos, en que la lucha ha sido más furiosamente encarnizada. Hubo un momento, en el mes de septiembre de 1918, en que se ha combatido, cuerpo a cuerpo, durante trece días, al arma blanca y con granadas de mano, en estas quebradas envenenadas con los gases asfixiantes. Las mejores tropas alemanas,—la 1.^a división prusiana y la 5.^a división de la Guardia,—combatían con las fuertes tropas marroquíes, cubiertos todos, constantemente, con las máscaras para defenderse de los gases.

Se recuerda al comandante de un cuerpo, que intoxicado el día 3 de septiembre, continuó al frente de sus tropas y, cinco días después, las llevó al asalto de las defensas alemanas haciéndose conducir en angarillas. El 10 de septiembre sucumbió, después de dos días de combate.

Seguía el camino, ancho y pesado, bajando hacia el valle pantanoso del Ailette.

Sobre ese valle avanza un espolón cortado a pico—de cerca de cien metros de altura—coronado por el castillo y la aldea de Coucy.

Dirigiéndonos allá, pasamos sobre un canal y no tardamos en principiar a subir por la colina.

Llegamos a la aldea de Coucy, envuelta ahora en las ruinas de sus formidables murallas de defensa. Es todavía imponente esa monstruosa fortaleza de piedra con sus almenas y torreones.

No hemos encontrado nada que nos dé una idea más viva, más fuerte, de lo que eran esas siniestras y sombrías poblaciones fortificadas de la Edad Media.

Esa impresión no la producen solamente las murallas enormes que las rodean, sino también la soledad trágica en que se envuelven. Hay siempre alrededor de esas poblaciones de guerra una gran zona desierta, amenazadora, en que hay que avanzar en descubierto. Esa soledad era también una defensa.

Atravesamos por entre los escombros de la aldea, que ha quedado arrasada. Sólo hay un edificio en pie en medio de esas ruinas; uno solo, y ese edificio está intacto. Es un elegante pabellón que está a la entrada de la aldea; ahí se alojó el Kaiser durante algunos días, y desde entonces, quedó esa casa envuelta en un respeto piadoso para el ejército alemán. Antes de abandonar la población, los alemanes lo hicieron volar todo y sólo dejaron en pie la casa consagrada.

Había también otra casa consagrada por una tradición de los realistas. En la plaza del Hotel de Ville estaba la casa en que se hospedó Enrique IV con Gabriela, y en donde nació su hijo, el duque de Vendome.

El castillo de Coucy era considerado como la más admirable de las antiguas construcciones militares. En sus bodegas subterráneas se podían guardar provisiones suficientes para alimentar 1,000 hombres durante todo un año.

Murallas enormes encierran el castillo, y flanquean sus ángulos cuatro torreones de 18 metros de diámetro por 33 metros de altura. En medio de ese espacio cerrado estaba el inmenso torreón central. Era la torre más grande del mundo: tenía 31 metros de diámetro y 60 metros de altura. Estaba envuelta en una camisa de piedra de 6 metros de espesor. El torreón era de tres pisos y tenía en sus grandes salas interiores, arsenales de armas, depósitos de municiones, pozos para el agua y hasta hornos para el pan.

Esa poderosa construcción feudal encarnaba el espíritu altivo y formidable de su tiempo. Ahora ese torreón es una ruina monstruosa: todo el castillo está en escombros.

«La destrucción» —decía el *Lokal Anzeiger*— «ha sido efectuada por un oficial y cuatro soldados que, con peligro de su vida, le pegaron fuego a 20,000 kilos de explosivos. Una torre se levantaba dominando la comarca, con bóvedas a prueba de obuses. Era un puesto de observación peligroso. La vida de un solo soldado alemán vale mucho más que un torreón.»

Y, en efecto, es magnífica la vista que hay desde el castillo. Llega la mirada por un lado hasta las colinas que dominan a Soissons y por el otro se extiende hasta el bosque de Compiègne.

Entre esas ruinas vaga la sombra trágica del castellano de Coucy, el melancólico trovador de la Edad Media.

Fué a las cruzadas con Ricardo Corazón de León. Cuando volvía de su desgraciada y piadosa expedición, cayó enfermo. Se sentía morir. Le pidió a su escudero que si llegaba ese trance, antes de que arrojaran su cadáver al mar le sacara el corazón, y junto con una carta lo llevara a su amante. El escudero cumplió su encargo. Pero, desgraciadamente, el marido sorprendió la carta y el fúnebre legado. Lo supo todo, y para castigar esa traición obligó a su mujer a comerse el corazón de su amante.

Esa leyenda del amor culpable y la venganza feroz, ha ido rodando de siglo en siglo, hasta llegar hasta nosotros, envuelta, como dice Gastón París, en esa poesía a la vez melancólica, amorosa y bárbara, que ha encontrado su más bella expresión en la maravillosa historia de Tristán.

Baja después el camino hacia Septvaux, que es una pequeña aldea en el fondo de un valle, dominado por el bosque y las alturas de Saint Gobain.

Atravesamos por la pequeña aldea despedazada por la guerra y seguimos hacia el bosque, en cuya espesura frondosa fuimos a perdernos.

La naturaleza ha reparado generosamente los estragos de una larga lucha. Nuevas ramas han brotado de los troncos y nuevas hojas hacen sombra en el camino. Pasando por el bosque sentimos el canto de las aves. Aquí todo renace, todo se levanta alegremente de sus ruinas.

Salimos de la sombra tibia de los árboles y nos encontramos en una ancha meseta que bañaba un sol ardiente de verano.

Ahí estaba Saint Gobain, que hasta hace pocos años mostraba con orgullo entre sus alegres construcciones, una fábrica de espejos,—era la más antigua del mundo. Había sido fundada en tiempos de Luis XII, en el sitio de una antigua vidriería.

Vimos de paso las tristes ruinas de la fábrica, la maquinaria despedazada, trozos de calderos, hacinamientos de fierro, un espectáculo informe y monstruoso. Es el cadáver de una industria. ¿Renacerá? ¿Quién sabe? Hay que formar nuevos obreros, hay que descubrir nuevas aptitudes; en todo caso, hay que dejar pasar muchos años.

Entre tanto, la pequeña población seguirá postrada entre sus ruinas mientras la fábrica no la vuelva a levantar. La campana del trabajo será la voz que la llame a revivir.

Seguimos por el valle del Oise, pasando por pequeñas poblaciones arruinadas, en que había antes fábricas de tejidos y establecimientos metalúrgicos, hasta llegar a la Feré.

La Feré es una antigua plaza fuerte, entre dos brazos del Oise y el canal de San Quintín. La posición, por sí sola, es formidable, pero se encuentra todavía defendida por fuertes murallas y rodeada por tierras bajas, que pueden ser inundadas fácilmente y hacen casi imposible la simple aproximación a la ciudad.

Hábilmente eligieron los alemanes ese punto como centro de resistencia de la famosa línea Hindenburg.

No era sólo el interés de la guerra lo que nos llevaba a visitar a la Feré. Había en esa población de viejas construcciones

una antigua escuela de artillería y en el centro de esa escuela, un torreón del siglo XIII. En esa escuela había estudiado Napoleón Bonaparte durante muchos años. La escuela está ahora en ruinas, el castillo está en escombros, pero hay un rincón del patio inmenso en que un macizo de árboles ha quedado en pie. Bajo la sombra de esos árboles hay un largo banco de piedra. Eso es todo el recuerdo que ha quedado de la escuela en que Napoleón estudió la artillería.

Ahí, sentado en ese banco de piedra, un pobre muchacho, venido de la Córcega lejana, sintió moverse, entre la sombra de su oscuro porvenir, las alas de sueños ambiciosos que transformaron el curso de la historia.

Hay también una impresión de arte ligada a la Feré. Es el molino, que tantos pintores han reproducido y que, con elementos tan sencillos, despierta una emoción tan poética y tan honda.

Es un contraste muy violento el que nos produce ese banco de piedra, monumental, adherido al suelo, que nos recuerda las grandezas y las miserias de la tierra, y ese molino que nos transporta de una manera indefinible y misteriosa al mundo de los sueños.

Sobre una de esas colinas, a un lado del camino está el fuerte de Saint Gobain, que era una de las posiciones angulares de la línea de Hindenburg, a 120 kilómetros de París. Ahí fácilmente se ocultaban, entre el follaje de los árboles y las ondulaciones del terreno, las instalaciones de los famosos Berthas que bombardearon a París.

En ese paisaje árido, triste, sin árboles, casi sin vida, encontramos desparramados sobre el terreno caballetes de fierro, que servían para sostener los alambrados, estacas de madera, clavadas en el suelo con el mismo objeto, grandes enredos de alambres de púas, líneas de trincheras todavía abiertas, excavaciones, hoyos, cráteres de obuses, ruedas de cañones, furgo-

nes rotos, cápsulas vacías y todos esos despojos sórdidos de los campos de batalla.

En medio de esos campos desolados aparece un gran cementerio. Cruces blancas y cruces negras nos indican que después de una lucha encarnizada franceses y alemanes duermen, unos al lado de otros, en el seno de la misma tierra; es la reconciliación suprema en los brazos de la muerte.

En otra de esas colinas llegamos a un sitio que ha figurado mucho en los telegramas de la guerra, al sitio en que se hallaba el famoso molino de Leffaux.

En ese sitio se conservaba, al lado de grandes instalaciones modernas, un enorme molino de viento, que le daba un aspecto original y pintoresco al caserío, agrupado a la sombra del molino.

Lo que había hecho la fortuna de esa instalación fabril fué precisamente lo que ocasionó su ruina. En ese sitio, que domina una gran extensión de la comarca, se entrecruzan cinco caminos, lo que le daba una importancia militar considerable. De ahí, tres ataques repetidos, hasta que en 1918 consiguieron los franceses reconquistar esa eminencia, en que todo había sido arrasado por la guerra. No quedaba nada, ni siquiera los escombros. Trincheras, alambrados, eso era todo.

Y alrededor, por todas partes, hasta donde alcanza la vista, aparece el terreno trastornado, cruzado de trincheras, de alambrados sostenidos con caballetes, con postes, en pies de fierro, o enrollados en troncos de árboles quemados.

El camino accidentado que atravesaba esa región la hacía aparecer todavía más penosa. Después de largas ondulaciones escalamos la colina y nos encontramos en una gran planicie, en un llano ancho, de horizonte abierto. Las trincheras han sido rellenadas, se han arrancado las defensas alambradas, todos los despojos se han traído a las orillas del camino, y el terreno se ha vuelto a cultivar en grandes extensiones.

Esos enormes sembrados, en terrenos tan feraces, hacen esperar que no tardará mucho en volver la prosperidad halagadora de otro tiempo.

Pero en medio de esas expectativas risueñas una triste nota de la guerra viene a nuestro encuentro. Pasamos por el sitio que ocupaba una gran refinería de azúcar. No queda nada. Un cartel clavado en un poste señalaba el sitio para servir de guía a los turistas.

Después, el camino baja, y en ese lado de la colina volvemos a encontrar el terreno devastado y los estragos de la guerra. Aparecen de nuevo las líneas blancas de las trincheras que se entrecruzan en todas direcciones, los alambrados que forman intrincados laberintos, los árboles quemados, los despojos sin nombre de una larga lucha.

El camino pasa por la posada del Ange Gardien, que está en una hondonada.

En esa posada se alojó Napoleón en 1814, después de la victoria de Craone. En seguida sube rápidamente la calzada para llegar al *Chemin des Dames*, que vamos a recorrer en casi toda su extensión.

Es un camino histórico por donde César pasó con sus legiones cuando las llevaba a la conquista de las Galias, y por donde pasaron después, en la Edad Media, las alegres y galantes cabalgatas, que han dejado como perfume y recuerdo de su paso, su romántico nombre a ese camino.

Chemin des Dames es un camino de altura, que domina una comarca muy extensa. Desde ahí se ven en el horizonte las torres de Laon y el llano sin fin que llega a los Ardennes. Es un observatorio que abraza toda la región del Aisne.

Se comprende la lucha encarnizada con que alemanes y franceses se disputaban esas soberbias posiciones.

Lenta y tenazmente, a costa de enormes sacrificios, consiguieron los franceses, a principios de octubre de 1917, hacer

retroceder las tropas alemanas más allá del Ailette. Una gran parte del Chemin des Dames quedaba en su poder, después de esa victoria.

Pero a principios de mayo de 1918, se veían indicios de que un formidable ataque alemán se preparaba para reconquistar la posición.

El general Petain comunicó sus preocupaciones al cuartel general pidiéndole refuerzos. Petain no dudaba de que sería atacado antes de que concluyera el mes de mayo, y resume todo su plan de batalla en una fórmula sencilla y terminante: «*Se battre sur le Chemin des Dames; le garder coûte qu'il coûte*».

Ese plan—observa el general Maletierre, en un hermoso estudio que tenemos a la vista—estaba en contradicción con la directiva N.º 4, que ha condenado la defensa ciega de las trincheras y la absorción de las reservas en las primeras líneas de combate. Pero el efecto moral que produciría sobre las tropas el abandono sin combate de un terreno adquirido a tanto costo; la emoción que produciría en Francia y en Inglaterra haber cedido esa «tierra sagrada» sin haber hecho un esfuerzo para conservarla, hicieron que Petain pidiera autorización para no obedecer la penosa directiva. Foch, en razón de circunstancias especiales, autorizó el plan de resistencia de Petain y el abandono de sus órdenes formales.

Más de 30 divisiones alemanas fueron al asalto, precedidas de un bombardeo formidable de gases tóxicos y fuego líquido, que hicieron imposible la defensa en las trincheras. Las tropas francesas quedaron sumergidas en unas pocas horas. Batallones enteros de las reservas desaparecieron en la hoguera. Las posiciones francesas fueron capturadas, los pasos del Aisne quedaron sin defensa, y ni siquiera hubo tiempo para hacer saltar los puentes.

En la tarde del 27 de mayo desbordaba por esa enorme brecha la ola alemana al sur del Aisne. La VII división ale-

mana se dejó arrastrar por ese camino tentador, que se abría sin dificultades delante de sus pasos, y arrastró una parte de las reservas del Kronprinz, que se hundieron en la gran bolsa del Tardenois por donde rodaron hasta el Marne. El asalto formidable del Chemin des Dames y la resistencia desesperada del ejército francés, fué, como dice el general Maletierre, la «felix culpa»—el error afortunado—de donde salió el desastre del ejército alemán.

Los campos de esa comarca son de tierras muy feraces que ya han vuelto a entregarse a los cultivos. Cuando pasamos, grandes sementeras habían sido ya segadas y el campo presentaba un aspecto de un extrañío simbolismo. Estaba cubierto de pequeñas flores amarillas, color de oro y de esos *coquelicots* rojos, como gotas de sangre. La naturaleza cubría con un manto espléndido, bordado de oro y salpicado de sangre, ese campo de la lucha heroica.

Vemos a la distancia el fuerte de la Malmaison: es un enorme lienzo de muralla pegado en la colina. En el medio se abre un boquerón enorme, oscuro, que servía de puerta de entrada y de emplazamiento de una batería formidable. A los lados, terrenos removidos, boscosos, trozos de muralla, en que se abren troneras, que eran nidos de ametralladoras. Todo eso estaba cubierto de tierra, disimulado por los árboles, y debajo estaban las galerías subterráneas, la fortaleza escondida.

Antes de la guerra era una posición abandonada, un fuerte en ruinas; pero los alemanes calcularon hábilmente desde el primer momento su importancia militar, y transformaron esas ruinas en una formidable fortaleza, que pasó a ser en sus manos una posición de primer orden.

Los ataques tremendos dirigidos en contra de esa fortaleza la volvieron a arruinar y cuando se apoderó de ella el ejército francés, en 1917, era un montón de escombros. La artillería francesa había hecho una obra inverosímil, había hecho volar

toda la colina que cubría la fortaleza subterránea, la había desnudado, y hecho pedazos sus galerías interiores.

Desde la primera retirada del Marne en 1914, los alemanes se aferraron de esa fortaleza, que mantuvieron en su poder hasta octubre de 1917. Durante tres años fueron inútiles todos los esfuerzos del ejército francés. Cayeron millares de hombres yendo al asalto de esas posiciones, que barrían el *Chemin des Dames*.

A lo largo de ese espléndido camino se domina un panorama grandioso y triste.

Por todas partes, en todo lo que alcanza la vista, se cruzan las líneas blancas de las trincheras, los caballetes con alambrado de púas; las estacas de madera, las piquetas de fierro para sostener alambrados, y más atrás, se ven las líneas oscuras que trazan los refugios en las laderas de las colinas. Son los abrigos, los famosos *cagniats*.

Esos abrigos parecen madrigueras, cuevas de roedores. Acercándose a la entrada, se ve un madero horizontal, sostenido con dos postes verticales, que forman el marco de la puerta. Detrás de ese marco, la cueva, un espacio pequeño, el piso más bajo que la entrada, de modo que estando sentado en el suelo la puerta sirve de balcón. Esa cueva es húmeda, fría, oscura, a veces completamente aislada, a veces comunicada con galerías interiores.

Cuando se penetra en esas cuevas que destilan la humedad, en que se siente ese olor penetrante, pegajoso de la tierra mojada y las raíces podridas, en que se respira un aire que asfixia, un aire espeso y sucio, y se siente ese frío doloroso que inmoviliza, nos asombra la idea de que durante meses, durante años, hayan podido vivir ahí seres humanos.

Las mismas palabras estaban en los labios de todos los que se asomaron a esas cuevas: «¡Qué horror!»

La guerra nos había hecho dar un salto en los abismos del pasado, retroceder a la barbarie primitiva, a la vida brutal de la edad de las cavernas.

Con una delicadeza instintiva los soldados franceses no bautizaron esas cuevas con una palabra de su lengua, las llamaron con el nombre árabe, que dan los beduinos a las guaridas en que se defienden de las fieras del desierto, los cagniat.

*
* *

A un lado del camino encontramos un cementerio de soldados italianos; después otro cementerio alemán, y más allá otro cementerio de soldados franceses; cruces blancas, cruces negras, regularmente alineadas, en una formación fúnebre. Pasamos descubiertos ante ese desfile de los muertos.

Un poco más allá de esa colina lúgubre llegamos a un sitio encantador, en que un paisaje de líneas suaves, de una hermosura y una delicadeza incomparables se extendía delante de nosotros.

Mr. Chauchard, el comerciante millonario de los almacenes del Louvre, había hecho construir en ese sitio delicioso el romántico palacio de Supy.

La explosión de un tren de municiones, atacado por aviones alemanes, hizo volar ese palacio. Ahora, en medio de un macizo de grandes árboles solo quedan los escombros de esa fantasía suntuosa. Más adelante, frente al hipódromo de Longchamps, vamos a encontrar otro palacio del mismo millonario, que parecía sufrir, como Luis XIV, esa manía de las grandes construcciones, que tan caro pagó su dinastía.

Encontramos a lo largo del camino a Bourg, a Vailly, a Beaurieu, pequeñas aldeas de que apenas quedan huellas. No hay nada que pueda dar idea de esas destrucciones en que todo ha sido hecho pedazos, en que el soplo de la metralla y los obuses han barrido hasta los escombros.

Vailly era una antigua y hermosa ciudad fortificada. Haciendo excavaciones se descubrieron restos de villas romanas, de termas, estatuas antiguas y mosaicos, que hacían perderse los orígenes de esa población en medio de la obscuridad de tiempos muy lejanos.

La iglesia de Vailly era una joya. Sólo ha quedado en pie la fachada de un admirable estilo romano. El interior ha sido destrozado por la guerra.

Las calles de Vailly eran de una aristocrática elegancia. Casi todas las casas eran pabellones construídos de piedra o de mortero, rodeadas de jardines, adornados con plantas trepadoras. Era una población suntuosa y pintoresca, en que iban a buscar sus días de reposo antiguos empleados y militares fuera de servicio.

Esas familias holgadas, modestas, de un orden meticuloso, le creaban a aquella población una atmósfera moral discreta y jovial.

Vailly desapareció en medio del humo de los combates. En las galerías de sus canteras se podían refugiar cómodamente 6,000 hombres. Es, en realidad, una formidable fortaleza subterránea, con emplazamiento a cubierto para la artillería, depósitos de municiones y pertrechos. Las facilidades de defensa que ofrecían esas canteras han sido el secreto de la extraordinaria resistencia de las tropas alemanas en el Chemin des Dames.

El camino seguía por el valle al lado de las barrancas del Aisne.

Divisamos a lo lejos el soberbio castillo de Soupir, ahora en ruinas. En el parque de ese castillo, que la artillería ha hecho pedazos, fué donde Fenelón escribió casi todo su *Telémaco*. Ahí escribió aquella frase profunda a cuya hondura de desencantado misticismo no ha alcanzado a llegar el *Eclesias-*

tés: «la más espléndida de las fortunas no es más que un sueño halagador.» Ahí Fenelón estudió a Homero, ahí bebió la inspiración de su tranquila armonía en la fuente sagrada de los griegos. Los sueños de Fenelón, eso es todo lo que queda para recordarnos el castillo Soupir.

Más allá pasamos al borde del canal que va del Aisne al Oise. El paisaje es, en ese sitio, encantador. Pero las suaves emociones de un espectáculo poético se desvanecen con la impresión brutal que nos producen las huellas de la guerra. Los cascos rotos, los trozos de armas, las botas de campaña, los uniformes en pedazos, las cápsulas vacías, los cañones abandonados, las ruedas, los arzones, ese mundo de despojos desparramados por todas partes nos hacen arrastrar el recuerdo de la guerra por todo el camino.

Pasamos por Vendresse; vemos en los flancos de la quebrada las guaridas que sirvieron de refugio a los soldados franceses, que defendieron durante tres años la meseta, y más allá, a orillas del camino, entre Vendresse y Verneuil, encontramos las tumbas de los soldados ingleses de Douglas Haig, que cayeron en septiembre de 1914, las de los soldados franceses muertos en la guerra de 1914 a 1917, las tumbas de los italianos del cuerpo de Albricci, que sucumbieron en el ataque de octubre de 1918.

Llegamos al centro de la meseta del Chemin des Dames. En otro tiempo aquí se levantaba una colina, de que ahora no hay trazas. Aquí, en 1914, llegaron los alemanes en medio de un huracán de fuego y después de un combate feroz de cuerpo a cuerpo, lograron conquistar la posición.

El cementerio de Cerray da un triste testimonio del encarnizamiento de esa lucha.

Después del cementerio, el camino baja, y se extiende delante de nosotros el hermoso y triste valle del Ailette. Sobre una colina divisamos a lo lejos las ruinas de una aldea.

Atravesamos el Ailette, cruzamos el valle pantanoso. Nos dirigimos hacia la meseta, pasamos por las ruinas de la Abadía de Vaclerc. Ahí estaban los últimos vestigios de los claustros que hizo construir San Bernardo al principiar el siglo XII. Todo eso se veía ahora en ruinas.

Más allá nos encontramos en el sitio que ocupaba la granja de Heurtebise. Ahí la meseta se estrecha, forma el istmo del Chemin des Dames, el istmo de Heurtebise, en cuyo fondo se ve por un lado el valle del Aisne y por otro el valle del Ailette, por un lado un llano pintoresco que llaman «le trou de la Demoiselle,» y por otro una cadena de colinas sombrías, un entrecruzamiento de quebradas, que llaman «le trou de l'Enfer».

De la granja de Heurtebise no queda nada. La metralla lo ha barrido todo, hasta el grupo de grandes olmos a cuya sombra redactó Napoleón el boletín de la victoria de Craone, hasta el monumento que ahí conmemoraba el triunfo de los soldados improvisados del ejército imperial sobre las mejores tropas del ejército prusiano.

Desde esa altura se divisan a lo lejos, más allá de las ruinas de Vaclerc, y de Bonauville, en la línea del horizonte, las ruinas del castillo de la Booc. Fué destruído por la artillería francesa el 15 de abril de 1917. El que mandaba la batería de destrucción era el propietario mismo del castillo.

Vimos, al pasar, la entrada de la célebre caverna del Dragón, antigua cantera transformada en un cuartel subterráneo. Había ahí grandes excavaciones, que los alemanes convirtieron en dormitorios, depósitos de municiones y de víveres, salas de hospital, panadería.

Tenían un pozo y—lo que no nos explicamos—tenían ahí también un cementerio! Todo eso estaba aireado con ventiladores, alumbrado con luz eléctrica.

Para visitar esa caverna del Dragón teníamos que abandonar el camino y seguir a pie un largo trayecto sobre un terreno

pesado y pantanoso. Preferimos seguir nuestro camino hacia las tristes ruinas de Oulches.

El camino iba hacia un bosque que luego atravesamos y nos encontramos en el valle de Foulon.

No tenemos palabras con qué poder traducir todo el horror de ese transtorno monstruoso. La fotografía misma no puede tampoco dar idea de la impresión que nos produce ese valle lóbrego, siniestro. Es como si monstruos gigantescos hubieran peleado ahí arrojándose colinas enteras. La fantasía misma no alcanza a imaginar esos horrores que hacen palidecer todas las visiones. Es necesario verlos para tener idea del poder formidable de los explosivos modernos.

Después de ese espectáculo impresionante del sombrío valle de Foulon, nos dirigimos a la meseta en que se levantaba la hermosa, la gentil Craonelle. La población estaba recostada a la sombra de un bosque y se envolvía alegremente en su guirnalda de hojas y de flores. Subimos la colina por un camino ligeramente ondulado y llegamos a la meseta, que tiene muchas leguas de largo. No había nada; ni una casa, ni un árbol. Sólo vimos ruinas desparramadas en una extensión considerable; entre esas ruinas una glorieta en pie, alegre, que se obstina en cubrirse con su manto de enredaderas.

No hemos visto ruinas en que se conserve tanto la impresión de la belleza destruida como en las ruinas de Craonelle. El paisaje en medio de su tristeza es ahí de una ternura deliciosa; hay cierta gracia en su profunda melancolía virginal; hay la suavidad de una mirada lánguida en esa tristeza infantil.

Todo eso nos produce una impresión extraña, contradictoria, que sólo puedo comparar con la que sentimos viendo pasar el cortejo fúnebre de un niño.

La vista baja gradualmente, suavemente, de las amables ruinas de Craonelle hacia el fondo del valle, en que se ven alineadas las cruces blancas de un enorme cementerio militar.

De ahí seguimos a Craonne, la antigua ciudad fortificada, que ha sido ahora arrasada por la guerra.

De la antigua iglesia, que fué el orgullo de Craonne, sólo quedan las losas del pavimento y unas cuantas lápidas del siglo XII.

Recorriendo la calle principal nos iban señalando el sitio que antes ocupaban los establecimientos y oficinas desaparecidas. Nos parecía estar oyendo repetir los versos de la *Itálica famosa*:

Este llano fué plaza, allí fué templo.

Craonne ha sido durante la guerra el teatro de combates furiosos. Aquí se calcula que han muerto 100.000 franceses y 200.000 alemanes.

No era la primera vez que ahí se batían franceses y prusianos. Aquí peleó también Napoleón su batalla más sangrienta en 1814, derrotando a Blucher en un combate que estuvo a punto de decidir de toda la campaña y salvar la fortuna del Imperio.

A un lado del camino vimos el cementerio. Ahí todo es flamante, fresco, las tumbas se ven cuidadas, los jardincitos llenos de flores. ¡Qué impresión tan extraña es la que nos hace ese cementerio vivo al lado de la ciudad muerta!

Poco más allá encontramos en la orilla del camino un poste con un cartel en que se leía: Chevreux. Eso es todo lo que queda de una población.

El paisaje continuaba desolado, envuelto en una tristeza acre, irritante.

Pasamos por Jouvemont a 3 kilómetros escasos de la famosa línea de Hindenburg; después por la Granja del Cólera, que sirvió durante la guerra como fortaleza subterránea.

Siguiendo por el gran camino real vemos a lo lejos el canal del Aisne que durante 4 meses marcó el frente francés.

Bajamos al valle del Aisne.

En Berry-au-bac, cuyo nombre nos hicieron tan familiar los telegramas de la guerra, encontramos las ruinas de una hermosa población y de una gran fábrica de azúcar.

Más allá, bajamos del automóvil para hacer una pesada y larga excursión por la montaña. Íbamos a ver una de las curiosidades de la guerra: la colina 108. Es una alta y ancha colina, que ha sido dividida de alto a bajo, desde la cumbre hasta el llano, por el fuego de la artillería.

En uno de los costados de la colina hay dos cráteres abiertos por las minas. Son dos cráteres enormes. El de la mina alemana es más superficial y más pequeño, y sin embargo hizo volar 600 franceses. La mina francesa, más profunda, ha abierto un cráter más grande y de una hondura que da vértigo al asomarse a sus bordes. ¿Cuántas víctimas habrá hecho esa horrorosa explosión?

Desde la altura de aquella colina trastornada, como si por ahí hubiera pasado un cataclismo monstruoso, ahora se veía extenderse un valle tranquilo. Ya está casi todo cultivado. Han rellenado las trincheras, nivelado el suelo, retirado los los alambrados, se han hecho montones a orillas del camino con los trozos de fierro, las cápsulas de los obuses, las granadas de mano y en el triste campo de batalla ahora el viento hace ondear alegremente los sembrados.

Divisamos a la izquierda del camino una mancha oscura en una colina lejana. Es el fuerte de Braimont, a 8 kilómetros de Reims. Desde ese fuerte, durante cuatro años, los alemanes bombardearon la ciudad.

Atravesamos las ruinas de una aldea en que los escombros hacen el camino casi impracticable. Al caer una larga tarde de los principios de julio, llegábamos a Reims. En esos días de verano, pasadas las 9½ de la noche, hay ahí luz de sobra para leer el diario fácilmente. Las ruinas de la ciudad toman un aspecto fantástico alumbradas con esa extraña luz crepuscular;

con esa luz fría, detalladora, que acentúa los relieves y muestra con una claridad implacable los detalles más insignificantes de esas ruinas.

Con esa luz del crepúsculo de verano, que tiene la tristeza de los adioses prolongados, hicimos una excursión por la ciudad. Vimos calles enteras en ruinas; barrios enteros en escombros. Antes de la guerra Reims tenía 14.000 casas; cuando pasó la guerra sólo quedaban 15 casas intactas. Antes de la guerra tenía 120.000 habitantes, ahora sólo hay 70.000.

Un bombardeo continuo, implacable, con la monotonía de una lluvia incesante, ha estado cayendo sobre esa ciudad en las horas dolorosas de la guerra.

Lo que más llamaba la atención durante el bombardeo era la tranquilidad de la ciudad. «Encontrábamos» —dice un viajero de esos días— «en las *Nouvelles Galeries*, en la calle de Veseles y la de Gambetta, empleadas de tienda que despachaban tranquilamente. La vida continuaba impasible cuando llovían los obuses». No se suspendió ningún servicio público, y cuando la permanencia en la ciudad llegó a ser muy peligrosa, la ciudad sólo fué evacuada por una orden terminante del Gobierno.

Llegamos a la plaza principal. Es un solar enorme, completamente desierto. Unas grandes barracas de madera son las tiendas improvisadas. A un costado de la plaza algunas casas han sido reparadas, otras se reconstruyen, las más están en ruinas. En la terraza de un café hay movimiento, lo demás está desierto.

A un lado de la plaza la Catedral, que se levanta como una masa enorme y silenciosa.

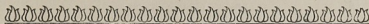
Las torres suben, con una elegancia majestuosa, a cerca de 82 metros de altura. Son tal vez las torres más altas que yo he visto. Suben 14 metros más arriba que las torres de Nuestra Señora de París.

Un gran pedestal de mármol en medio de la plaza. No hay nada sobre el pedestal. En el zócalo se leía: «A Juana de Arco —17 de julio 1429.—Inaugurada 1896.—Reims y la Francia».

Ha desaparecido la estatua de Juana de Arco que coronaba el pedestal. Era la repetición de la Juana de Arco de Dubois, que está en París frente a San Agustín. En Mayo de 1918 la estatua fué bajada de su sitio por el Servicio de los Monumentos Históricos. Después aseguran que un camión inglés la llevó a París. En seguida desaparece. Firmado el armisticio la buscan sin resultado y por fin la descubren en el Guarda Muebles. Se preparan ahora para colocarla de nuevo en su sitio, con grandes ceremonias, que tendrán lugar el 16 y 17 de julio, aniversario de la entrada de Juana de Arco en Reims. (1).

En esa misma plaza, al frente de la iglesia, encontramos las ruinas de la «Casa Roja». Encima de la puerta tenía esa casa una inscripción: «El año 1492, cuando la consagración de Carlos VII, en esta hospedería, que se llamaba entonces El Burro rayado (l'Ane Rayé) el padre y la madre de *Jeanne d'Arcq* han sido alojados y mantenidos por el Consejo Municipal».

(1) Durante la piadosa y patriótica ceremonia a que dió origen la translación de la estatua, hubo una escena vergonzosa, de que daba cuenta el *Temps* de 19 de julio de 1921, en estos términos: «Durante la ceremonia los comunistas lanzaron gritos hostiles, con el propósito de producir un desorden, pero fueron rápidamente expulsados. Un petardo arrojado en medio de la asistencia produjo un momento de pánico, pero el cardenal Lucon, secundado por el clero, restableció la calma».



III.

DE REIMS A VERDUN.

MUY temprano, el 3 de julio, principiábamos a recorrer las calles de Reims.

Cuando salimos la calle estaba desierta. Ni un ruido, ni un alma, parecía el silencio de un duelo. En la acera del Hotel había un girón de casas reconstruídas. En la acera del frente todo estaba en escombros.

En el asfalto de la acera se veían las manchas de reparaciones recientes, y en la calzada, grandes trozos de adoquines nuevos. Eran las huellas que habían dejado los obuses.

A las dos cuadras la calle hace un codo. Cambia de dirección y después de un largo trayecto va a desembocar a una avenida. A los dos lados de esa calle no hay un solo edificio en pie. Todo está en escombros. En la esquina hay dos barracas de madera. Una es una peluquería, la otra una sastrería.

En esa calle larga, silenciosa, solitaria, en que éramos nosotros los únicos transeuntes, en medio de esas ruinas, experimentábamos una emoción de una pena y un malestar indefinibles.

Entramos en la avenida que nos va a llevar hasta la plaza. Por todas partes casas destruídas, grandes edificios en escombros, barrios asolados. A veces queda todo el frente de una casa, a veces sólo una muralla, y en esa muralla aparecen enclavadas las chimeneas de diversos pisos.

A cada paso, en medio de los escombros, encontramos instalaciones provisionales de madera, casuchas improvisadas con pedazos de tablas y planchas de zinc. Ahí se trabaja, y ahí se sueña con la resurrección alegre de la casa muerta.

Pero siquiera, en esta avenida, en medio de la tristeza y los escombros, circula un hilo de vida, hay animación, hay ruido y movimiento. Se ven mujeres que vuelven del mercado, trayendo sus provisiones en bolsas de malla. Era indudable que algunas pertenecían a esa pequeña burguesía, industriosa y económica, que es la sólida armazón de este país. Las veíamos pasar alegres, esbeltas, llevando con una desenvoltura satisfecha la bolsa de provisiones del mercado. En ese pequeño rasgo se ve el fondo de una sociedad en que el trabajo no se oculta como una vergüenza, sino que se ostenta como un título de orgullo.

Una muchacha del pueblo, con un traje negro y un delantal blanco, con la cabeza rubia, cubierta con un gorro casi militar, pasa empujando una carretilla en que lleva diarios de París. *¡L'edition de Paris!*, nos dice al pasar, con una sonrisa y una mirada maliciosa. Es un cuadrito lleno de frescura y picardía en medio de la sombría tristeza de esas ruinas.

Vemos un camión cargado con grandes cajones. Un grupo de obreros va desfilando, y desapareciendo, uno tras otro, por la puerta estrecha de una casa en construcción. Pasa un coche de alquiler.

Más allá, a los dos lados de la calle que vamos recorriendo, hay un largo girón de casas reconstruídas. Hay tiendas, almacenes de provisiones, grandes vidrieras. Todo eso suaviza la impresión de tristeza monótona de la calle hecha pedazos.

Llegamos a la plaza. Es más grande de lo que nos pareció ayer. Es enorme. Y ese espacio inmenso está desnudo. En ese gran espacio adoquinado, sólo se ven algunos agujeros que han

dejado los obuses, y allá lejos el pedestal de la estatua de Juana de Arco.

Ese espacio le da toda su perspectiva a la vieja Catedral que se levanta más ligera, más esbelta que Notre Dame de París. Nos acercamos a contemplar el frente tan destruído y, a pesar de eso, tan hermoso del antiguo templo. Hay una majestad serena, solemne, en sus líneas severas y grandiosas.

El rosetón de la puerta principal es de una delicadeza admirable. Me encantan esas columnitas tan finas de las torrecillas en que están las esculturas, y me divierto con la fantasía simbólica, extravagante y caprichosa de la ornamentación, con esas figuras hermosas al lado de figuras repugnantes, con esas cabezas de ángeles alados y esas cabezas de sátiros, con esas figuras místicas y esas figuras bestiales, con ese mundo de contradicciones violentas, al mismo tiempo delicado y monstruoso, artístico y deforme.

Entrando, por la puerta principal, nos sorprende la actividad y la rapidez con que avanzan las reparaciones. Ya está concluído casi todo el techo. En la nave central ya se han reparado casi todas las bóvedas y podemos admirar la elegancia delicada de esos arcos góticos, tan esbeltos, tan gráciles, tan frescos, de una pureza mística. Me cuesta apartar la vista de esos arcos blancos, limpios, puros, que llevan suavemente la mirada y el espíritu hacia arriba. Han sido trabajados con un esmero que le da a la piedra la brillante suavidad del mármol. Por la parte del techo que no está todavía reparada, y por los grandes ventanales en que han desaparecido los *vitraux*, penetran en la iglesia torrentes de luz. Todo está bañado por una luz violenta, que hace desaparecer esa sombra misteriosa, soñadora, de los templos góticos. Aquí se puede apreciar todo lo que significan para el arte esas vidrieras coloreadas, que tranquilizan la luz, y difunden por la iglesia la suave voluptuosidad del recogimiento religioso.

El piso de la Catedral ha sido hecho pedazos y esa destrucción es desgraciadamente irreparable. Sobre el pavimento que desapareció, han pasado Juana de Arco y Luis XIV, han pasado todos los reyes y las reinas de Francia, arrastrando sus capas de armiño cuando iban a buscar la consagración suprema de la iglesia. Ese pavimento era lo único que había estado en contacto verdadero, material, con esos personajes de la historia, y ahora, las baldosas despedazadas han sido barridas junto con los escombros de las ruinas.

La antigua Catedral del siglo V ha sido reedificada varias veces, la última vez en el siglo XIII, después de un gran incendio, pero en esas reconstrucciones se conservaba siempre el pavimento sin gran alteración.

En esa Catedral se han consagrado los reyes de Francia. Ahí San Remi,—que durante 74 años fué obispo de Reims,—bautizó, confesó y en seguida casó a Clovis con la reina Clotilde. En esa ceremonia dijo el obispo palabras que todos hemos repetido en la escuela y más de una vez hemos recordado en la vida: Fiero sicambro! «Adora lo que has quemado y quema lo que has adorado».

De esa lejana ceremonia venía el «óleo santo», que se guardaba en una ampolla para la consagración de los monarcas, y de ahí también han derivado los obispos de Reims el derecho de consagrar al soberano, que reclamaban como propio y exclusivo, y que desde el siglo XII les fué reconocido expresamente por los Papas y los reyes.

En su *Historia de Reims*, nos ha conservado Grussez todos los detalles de esa pintoresca ceremonia, a que asistían los doce pares de Francia, los grandes dignatarios de la Iglesia, y mucha pequeña burguesía.

Ahí, delante del altar, el obispo recibía el juramento del monarca. Después lo consagraba, poniéndole el óleo santo, en la cabeza, en el pecho, en la espalda, en los hombros, en los

codos y las manos, y cada una de esas unciones solemnes era acompañada de oraciones especiales. Después la nobleza le entregaba los atributos reales, y el arzobispo, rodeado de los pares del reino, colocaba la corona de Carlos Magno sobre la cabeza del monarca. En ese momento toda la asistencia murmuraba, inclinándose, con una solemnidad respetuosa: «¡Viva el Rey!»

Dicen que en esa ceremonia, cuando Luis XVI sintió el peso de la corona sobre su cabeza, le dijo al obispo:

«¡Me molesta!» *Ça me gêne*, palabras en que se ha sentido resonar el eco anticipado de un augurio fúnebre.

La ampolla que había servido para la consagración de los reyes no podía escapar a los revolucionarios empeñados en borrar todas las huellas de la antigua monarquía. En una estruendosa ceremonia popular, el convencional Ruhl hizo pedazos la ampolla, en las gradas de la estatua de Luis XV, y derramó por el suelo el aceite consagrado. La ampolla que ahora existe data de la consagración de Carlos X, y hay en ella «una partícula del bálsamo que contenía la ampolla de Clovis, y que manos piadosas habían salvado, recogiéndola entre los pedazos del vaso sagrado». Así dice la leyenda.

El decreto revolucionario de 1793 que ordenaba substituir «el culto grosero y sensual de los católicos por el culto puro de la razón», dió origen a otra ceremonia en la Catedral de Reims. Grussez recuerda el paseo de los jacobinos por el interior de la iglesia, revestidos con trajes sacerdotales y montados en burros adornados con hojas de parra. El culto de la razón se inauguró en Reims con esa solemnidad de manicomio.

En el interior de la Catedral se ve ahora, por todas partes, el trabajo de una reconstrucción impaciente. Escaleras, andamios, pescantes, grandes aparatos para levantar pesos enormes, roldanas, poleas, todos esos mecanismos ingeniosos de los constructores modernos.

Y luego por el suelo grandes bloques de piedra, columnas, capiteles, fragmentos de arcos. Entrando por la puerta principal, el interior de la Catedral es una inmensa cantería.

A pocos pasos de la entrada nos detuvo una barrera que no pueden pasar los visitantes, para impedirles los peligros a que pueden exponerse y que estorben el trabajo de los operarios.

En la enorme Catedral los andamios, las escalas, y los aparatos de madera perturban la visión. Y así se explica que no nos demos cuenta de lo que pasa en el fondo de las naves laterales. Por eso, entrando por una de las puertas del costado de esa iglesia, que hemos visto llena de andamios y escaleras, nos sorprende un espectáculo completamente inesperado.

Nos encontramos en una gran iglesia que no tiene ninguna herida de la guerra. Es una iglesia completamente nueva. Sus paredes están flamantes, sus adornos intactos. Los altares, las flores, todo es fresco; lo único antiguo son los cuadros suspendidos en los altares y las telas que tapizan las murallas.

Esa iglesia es el fondo de una de las naves laterales que ha sido provisoriamente separado de la inmensa Catedral.

Ha bastado para eso rellenas los claros que dejaban abiertos las arcadas laterales de la nave.

En esa iglesia improvisada se celebran ahora todas las ceremonias religiosas.

Alrededor de la Catedral todo está en ruinas. El palacio episcopal, que era uno de los adornos de la plaza, desapareció, devorado por las llamas del inmenso incendio de septiembre de 1914. Todo lo que queda de ese palacio es una chimenea, en que se lee la más irónica de las inscripciones: «La bonne foi conservée enrichit».

Por la calle de Chanzy fuimos a visitar el Museo, que fué primitivamente una abadía, después el gran Seminario y ahora es el Museo. Es una enorme construcción, pesada, sombría y desigual, pero de una majestad imponente.

En esa antigua escuela episcopal,—que ya había adquirido gran prestigio cuando aún no existía la escuela de París,—figuraban entre los maestros Gisbert, que fué después Silvestre II, y San Bruno, que fué el fundador de los Cartujos. Fué discípulo de esa escuela el célebre Abelardo.

Entre los directores de ese Seminario figuraba el cardenal Carlos de Lorena, fundador de la Universidad y protector generoso de Ronsard y Rabelais. Le debemos un recuerdo agradecido a ese prelado, que supo tan dignamente honrar y enaltecer las letras.

La puerta de entrada del edificio es monumental. La escalera es majestuosa.

En ese Musco hay dos retratos famosos. Un retrato de Rembrandt pintado por él mismo,—que es soberbio—y el retrato de Adriana Lecouvreur, pintado por Coypel, que es delicioso. La figura de Rembrandt está pintada con violencia, en un claro oscuro misterioso. La figura de Adriana Lecouvreur ha sido pintada suavemente, con un pincel que pasa acariciando la figura hermosa y delicada de la gran artista. Adriana Lecouvreur, de gran luto, con la urna de Cornelia en las manos, aparece encantadoramente reflejada en el sueño de un poeta. No se puede idealizar más la realidad.

En la misma calle estaba el Teatro, de que ahora sólo quedan las murallas.

Más allá pasamos por la iglesia de St. Jacques, cuyo lindo campanario se divisa en los panoramas de Reims. Toda está en ruinas.

En la plaza de Drouet d'Erlon fuimos a visitar un grupo de curiosas habitaciones del siglo XII.

Forman parte de un barrio construido sobre pilotes en que se apoya la muralla del primer piso, quedando el *rez-de-chausée* como una galería cubierta. De ese pintoresco barrio medioeval sólo quedaban unas cuantas casas en los contornos de la plaza.

En el centro estaba la estatua de Drouet d'Erlon, que ha sido trasladada a otra plaza para colocar ahí una fuente monumental.

De esa curiosa plaza nos dirigimos al gran paseo público de Reims: «Les Promenades».

Es un inmenso jardín en que los prados y los grupos de árboles han sido distribuidos con un arte calculado para dilatar las perspectivas. El paseo aparece enorme.

Ese paseo,—como todo en Reims,—ha tenido que sufrir con los trastornos de la guerra. Los fosos de trincheras lo recorrían en toda su extensión, y la prolongación de uno de esos fosos atravesaba el cementerio y seguía su camino por en medio de las tumbas! La guerra ha seguido literalmente el consejo que daba Diderot a los que persiguen el progreso: adelante por encima de las tumbas,—*en avant, par delà les tombeaux!*

En el centro de Les Promenades está la estatua de Colbert, en que recuerda Reims, con satisfacción orgullosa, que nació en su seno uno de los más grandes estadistas de Francia.

Vemos la estatua al pasar hacia la Plaza Real. Esa plaza estaba rodeada de casas con arcadas, de tres pisos, de un estilo que le daba cierta grandiosidad uniforme. En el centro de la plaza la estatua de Luis XV, envuelto en un manto romano y coronado de laureles. El pedestal de la estatua está adornado con grandes figuras alegóricas.

La estatua primitiva, en cuyas gradas rompió Ruhl la ampolla del aceite consagrado, fué derribada y fundida durante la revolución, que la reemplazó por una pirámide con una diosa Libertad, de yeso, y cuando se deshizo la diosa, con las lluvias, la reemplazó con un trofeo de armas y banderas. Luis XVIII hizo después reproducir la antigua estatua, y esa reproducción es la que ahora vemos en la plaza real.

Esa estatua, es lo único que queda en todo el contorno de la plaza.

No hay una sola habitación que no haya sido completamente destruída por las llamas.

La calle de Ceres, que va de la Plaza Real hasta el Correo, atravesando casi toda la ciudad, también ha sido destruída por el fuego. El palacio del Correo tuvo que ser abandonado en 1914.

Nos detuvimos delante de las ruinas del claustro de los franciscanos (les Cordeliers). Los restos del convento se reducen a trozos de murallas. Es una ruina pintoresca, pero es una destrucción sin esperanza. En nuestro tiempo ya eso no puede renacer.

Un interés de otro género tenía para nosotros el Hospital General, que funcionaba en la casa de los antiguos jesuitas. Era una construcción del siglo XVII, de una época en que la Compañía estaba en todo su esplendor. La entrada es suntuosa. Una escalera monumental lleva hasta los desvanes, en que estaba instalada la biblioteca del convento. Las salas están todas lujosamente decoradas, los techos artesonados y las paredes con zócalos valiosos. Ese recargo de ornamentación hace un efecto desgraciado.

Vemos con una sorpresa llena de ironía que el nombre de Hospital no corresponde ni al edificio ni al objeto a que había sido destinado.

El *Hotel Dieu* ya era otra cosa. El nombre correspondía a su destino.

Había sido en otro tiempo una abadía de benedictinos, que desde la revolución francesa fué transformada en hospital. Ese edificio ha sido perseguido por los incendios mientras fué abadía. En el siglo XVIII dos veces fué destruído por las llamas, pero desde que principió a servir como hospital, su vida,

durante más de cien años, había sido tranquila, hasta que en 1916 bombas incendiarias destruyeron casi todo el edificio.

En una plaza vecina pasamos por la iglesia de San Remi, una de las más antiguas y suntuosas de Francia, ahora completamente destrozada por la guerra.

Seguimos por la calle *Dieu Lumière*—del Dics Luz—y por la plaza *Dieu Lumière*, cuyos nombres sorprenden en una ciudad de una ortodoxia intolerante y severa. A primera vista ese nombre parece un recuerdo pagano, una evocación de Apolo; en realidad es una corrupción popular del Dios que cura—*Dieu li mire*—porque ahí había un hospital en la época galorromana.

Ahora la calle del viejo «Dios que cura», *Dieu li mire*, nos lleva muy apropiadamente a las bodegas de Pommery.

Esas bodegas son una ciudad subterránea, formada por galerías que se extienden 18 kilómetros de largo. Hay calles, hay plazas, hay rieles, alumbrado eléctrico, ventiladores, y el complicado y enorme instrumental para la elaboración del champagne.

Esas inmensas bodegas constituyen una de las grandes bases de la vida industrial de la ciudad. Durante la guerra fueron un refugio en que los niños de Reims encontraban un asilo seguro y una escuela. Desgraciadamente no pudimos visitarla, ni recorrer el hermoso parque que cubre la ciudad subterránea.

Después de esa melancólica excursión por la ciudad que más ha sufrido con la guerra, salimos de Reims.

Al pasar vimos la estatua de Drouet d'Erlon en una plazoleta boscosa. La hermosa y altiva estatua presenta una mejilla perforada por las balas. Seguimos por el ancho boulevard Henry Vasnier, en que quedan las soleras de las veredas, grandes trozos de calzada, troncos de árboles despedazados y montones de escombros. Aquí y allá, a grandes trechos, se ven pequeños edificios; son pedazos de construcciones antiguas que se han

podido a medias reparar o barracas de madera en que se va a improvisar la vida nueva.

Seguimos a lo largo del Parque Pommery, pasamos delante del Colegio de los Atletas, hipódromo de Reims, que también sirve todo el año para lo que ahora se llama los *juegos deportivos*.

Por un camino alegre nos dirigimos hacia una colina calcárea, blanca. Nos vamos acercando rápidamente a la colina. Entre las crestas blancas se divisan sombras oscuras, cavidades siniestras. Parecen las olas de un mar en tempestad. Es el fuerte de *la Pompelle*, antigua cantera transformada durante la guerra en una fortaleza subterránea.

Ya no hay nada que ver en ese fuerte, pero compensa, sin embargo, la excursión, el hermoso panorama del Vesle que desde esa altura se domina en una extensión considerable.

Esa cumbre montañosa ha sido abandonada después de la campaña y todo permanece como estaba en los días de la guerra. Nadie ha tocado las trincheras, los *boyaux*, los puestos de observación y de reposo. Ahí están las cuevas, que servían de de cuadra a los soldados; las terrazas en que se comía al aire libre, y ahí se puede ver, en todo su horror y en todos sus detalles, lo que fué esa desesperante vida de trincheras.

Alrededor de esas filas de excavaciones y de fosos que se entrecruzan formando un laberinto inextricable, hay dos y tres filas de alambrados, que también se entrecruzan y forman figuras caprichosas, que prenden entre sus mallas al que se aventura a querer atravesarlas. Es una red de fierro sin salida.

Y el terreno, en todo el rededor, removido, golpeado por las balas, parece una esponja informe, monstruosa, empapada en un líquido viscoso, de un color ocre, sucio y repelente.

Por todas partes se ven tirados trozos de uniforme, cascos rotos, cápsulas de obuses, armas despedazadas, zapatos, despojos innobles de la lucha. Eso es repelente y lúgubre.

Bajamos de esa altura, que durante toda la guerra ha sido teatro de una lucha feroz. Pasamos al lado de un enorme cráter de más de 40 metros de diámetro y una profundidad de 17 metros. Esa fué la explosión de una mina alemana, que precedió una ola de asalto formidable, que, sin embargo, no tuvo resultado. Los alemanes no pudieron, a pesar de sus esfuerzos vigorosos y obstinados, apoderarse de ese fuerte en que flotaba la bandera francesa desgarrada por las balas.

Desde lejos *La Pompelle* se ve como una meseta plana, oscura, de que bajan cuatro faldas hacia el llano, como un inmenso cobertor. Parece un monstruoso altar de sacrificio, cubierto con sus trapos fúnebres, como esos *dólmenes* de piedra en que celebraban los druidas sus sangrientas ceremonias.

A los dos lados del camino encontramos trincheras, alambrados, refugios. A un lado franceses, al otro alemanes, apenas separados por una estrecha faja de terreno.

A la orilla del camino, donde se encuentran los despojos, encontramos un *tanke* inglés, tomado por los alemanes en el Somme, recuperado aquí por los franceses.

El campo está sembrado de balas, fierros retorcidos, caballetes, montones enormes de alambres de púas, grandes rollos de alambres sin usar, árboles derribados, ruedas de cañones.

—Esa es la *Ferme de la Jouissance*—la Granja de los Goces.
—¡Qué endemoniada ironía!

Ahora esa granja es un montón de escombros. Ya no queda nada de esa posición tan larga y vivamente disputada.

Seguimos por la «*Allée Noire*,» por un sendero oscuro que va al llano; vemos aparecer un cementerio—un gran cementerio,—en que más de 5 000 cadáveres han sido sepultados.

Experimentamos una sensación de alivio al salir de ese escenario tormentoso y volvernos a encontrar en el campo abierto, apacible, en que el viento juega alegremente en los sembrados.

Es una planicie deliciosa la que ahora atravesamos. La guerra, naturalmente, la dejó muy maltratada, pero la naturaleza luego cicatriza sus heridas cuando no son mortales, y vuelve a sonreír alegremente con sus promesas y sus flores.

A la derecha del llano, que vamos recorriendo, se divisa a lo lejos un bosque, y a la izquierda ondean suavemente colinas en que se ven alineadas plantaciones de viña.

Esa impresión tranquila y fresca del campo dura poco. En el fondo del camino vamos a atravesar un bosque desolado. Pero debajo de esos troncos negros, calcinados, sin ramas, sin un brote, debajo de ese bosque muerto, cubre el suelo una vegetación verde, vivaz, y entre las hojas tiernas principia a asomar el bosque nuevo, que va brotando de las raíces del antiguo.

Después del bosque incendiado un terreno árido. Luego una colina, *Couvittier*, perforada por un túnel de 3.000 metros de largo. Ese túnel fué teatro en 1917 de una escena horrosa, ahí perecieron 600 alemanes asfixiados.

El camino atraviesa a *Prosne*. Es una aldea curiosa, situada en las dos faldas de una ondulación del terreno.

Ha sido cruelmente azotada por la guerra, pero conserva los rasgos acentuados de su fisonomía original. Muchas casas han quedado en pie, muchas están ya refaccionadas. Todo se repara más luego en las comunas más ricas.

Al pasar, el guía nos señala en una muralla un gran letrero escrito en chino.

«Les chinois! regardez l'écriture,» nos dice el guía sonriendo.

Durante la guerra esa aldea fué ocupada por fuerzas coloniales de la Indo-China.

Trasmontando la colina, el campo se abre, es un llano tranquilo.

Cierra el horizonte un bosque cuyo follaje espeso, oscurece el camino que lo atraviesa. Siento en este bosque el ruido seco de los pájaros que saltan entre las ramas, y oigo las notas sueltas, finas, de las aves nuevas en los nidos. Ya hay en el bosque nuevos nidos y nuevos amores. Ya la vida entona de nuevo su canción eterna.

A la salida de ese bosque nos acecha el espectro de la guerra. Un inmenso cementerio; más de 20.000 ingleses, franceses y alemanes. Cruces blancas y cruces negras, friamente, tristemente alineadas, cubren una extensión enorme.

El camino ondea, sube, y volvemos a encontrarnos con una planicie cultivada. El horizonte se abre; la vista se extiende por un campo verde, en que resaltan los colores vivos de las flores. El cielo está sin nubes y el sol derrama su calor generoso sobre el campo que flamea.

En medio de esa naturaleza, que se envuelve de nuevo alegremente en su espléndido manto de verdura, están desparrramados los restos de la vieja población de *St. Hilaire*.

Su nombre ya sonaba en las antiguas leyendas medioevales. Ahora ha desaparecido. Sólo queda un montón de ruinas. Ni una habitación, ni un habitante. La guerra sólo ha dejado un recuerdo inmortalizado por una lucha heroica y victoriosa.

Vimos, al pasar, el monumento levantado en el campo de batalla para recordar esa victoria, triste compensación de tanta ruina.

Saliendo de ese valle entramos a otro bosque. Era pequeño y silencioso.

Al salir del ramaje apacible de ese bosque, nos encontramos en un terreno removido por los obuses y las balas, cruzado por las trincheras, cubierto de defensas y alambrados. Se ven por todas partes las excavaciones profundas que dejaron los grandes explosivos, las depresiones y las grietas, todas esas huellas siniestras de la guerra.

Aquí el combate ha sido encarnizado, ha sido largo; y ahí tenemos la prueba irrecusable al borde del camino. Cientos, miles de pequeñas cruces de madera, en una formación ordenada, impasible, y detrás la gran bandera, suavemente acariciada por el viento que pasa.

Después siguen las trincheras, cruzando el terreno en todo lo que alcanza la vista.

Vamos de prisa por ese camino desolado.

Subimos una colina. Aquí hubo una aldea, *Pellé*. También ha desaparecido. Sólo queda una gran cruz de fierro sobre un zócalo de piedra, el pavimento de una pequeña iglesia y un cartel. Eso es todo.

Seguimos, y por todas partes nos siguen las trincheras, los alambrados, las vallas.

Vamos hacia la lejana colina de Masigues y hasta el pie de esa colina encontramos por todas partes trincheras y refugios.

Nos detenemos para ir a visitar esas trincheras y entrar en los *cagnats*.

Contemplaba el paisaje, que es encantador desde esa altura. En medio del silencio del campo, oigo las campanas de una aldea invisible. La oculta una colina. Una muchachita de la aldea se acerca tímidamente a vendernos flores silvestres.

El campo todo entero está completamente cubierto con un manto de esas flores: margaritas blancas, coquelicots rojos, pensil amarillo, unos pequeños cardos violetas, unas florecillas blancas, que recuerdan las ilusiones de mi tierra y que aquí llaman grain de crain. ¡Cuántas flores ha hecho brotar la lluvia de sangre que ha caído en el Argonne!

Bajando la colina, en el ancho valle del Aisne, llegamos a Masigues.

La pequeña población ha tenido que sufrir, pero está en pie. Ya hay alrededor una extensa zona de campos cultivados,

en que han desaparecido los rastros más feroces de la guerra, pero todavía se ven trincheras que no han podido ser cubiertas. La reparación se hace en esos campos con una extraordinaria rapidez. Mostrándonos esos cultivos, nos decía el guía: «El año pasado en todo esto no había nada!»

Todavía en el valle pasamos por Ville Sur Tourbe. Está en ruinas pero han principiado a volver los habitantes. Se ven barracas de madera, casitas improvisadas, a que los aldeanos no pueden habituarse. Hay en su espíritu desconfiado una resistencia instintiva y tenaz a toda innovación.

«Ce n'est plus la même chose!», nos decía un aldeano, como razón suprema y concluyente para mirar con cierta antipatía desdeñosa las barracas de madera norteamericanas.

Ya han principiado a construir sus casas de piedra y de mortero, conservando los antiguos cimientos y la distribución que antes tenían.

Avanzamos a las orillas del bosque y llegamos luego a atravesar las ruinas de una aldea, que se agrupaba en otro tiempo al amparo de una formidable y vieja fortaleza, de *Vienne le Château*.

La aldea ha desaparecido. Un gran cementerio ocupa ahora su lugar. Sólo quedan en pie restos de la iglesia, ruinas de una gran fábrica, y entre los escombros de la población, algunas casas completamente inhabitables.

La aldea está sola, abandonada. No se oye ningún ruido. Un silencio triste pesa sobre toda esa comarca desolada.

Y por un curioso contraste, en medio de la tristeza de esas ruinas, pasa alegremente uno de los caminos más pintorescos y más hermosos de Francia. Es una calzada admirable como solidez y suavidad.

Ese hermoso camino nos lleva al Argonne, a una de las regiones más accidentadas y selváticas de Francia.

Es una tierra fronteriza entre la Champaña y la Lorena de otro tiempo, predestinada a ser, por consiguiente, el teatro de luchas incesantes entre dos rivales ambiciosos; luchas que sólo se apagaron cuando la Champaña y la Lorena se fundieron en el ancho seno de la Francia.

Pero entonces otra circunstancia vino a conservarle su trágico destino. El Argonne está en el camino que tienen que seguir las invasiones que vienen del oriente. Los desfiladeros de las montañas del Argonne son las grandes puertas de la Francia.

Esa región accidentada, áspera; esa tierra de inmensos bosques, está recorrida de Norte a Sur por tres cadenas de colinas montañosas, que encierran en un marco de granito dos anchos valles boscosos, en que se arrastran las aguas del Aisne y del Aire.

Dos valles, encajonados entre tres montañas, es el resumen esquemático de toda la región. Colinas montañosas cierran también esos dos valles por el Norte y por el Sur.

Vienne le Château domina por el Norte todo el valle del Aisne; Varennes domina el valle del Aire, Montfaucon, la región que se extiende entre el Aire y el Meusa. Esas tres poblaciones, construídas en las alturas y casi en la misma línea transversal, dominan toda la región.

Entre esos valles las comunicaciones son difíciles. No hay caminos, sólo hay senderos, que van por largos desfiladeros cruzando la montaña: desfiladeros sinuosos, estrechos, en que se puede cerrar el paso fácilmente. Esos pasajes a través de la montaña central de la comarca son solamente cinco, y en rigor pudiéramos decir que sólo dos, les Islettes y Grand Pré.

Hay una circunstancia todavía que domina la naturaleza de toda la comarca y que va a imprimir un carácter desesperado y feroz al desarrollo de la guerra: es la humedad.

Además de los ríos caudalosos que cruzan esos valles, bajan por las quebradas hilos de agua, raudales que brotan de la montaña, forman riachuelos, y cubren todo el terreno con charcos, pequeños lagos, que le dan a la región esa variedad pintoresca de las tierras pantanosas.

Saliendo del camino real es difícil y penoso transitar en esa comarca, en que la humedad excesiva hace el terreno pesado y forma grandes lodazales. El fango aumenta el peso del camino, hace la marcha fatigosa, coge como una garra blanda, pegajosa, por los pies, al que trata de avanzar.

Ese terreno pantanoso hacía necesario cubrir los senderos con rodillos de madera para transportar las municiones y pertrechos. Lo hacía todo embarazoso y difícil.

En esa tierra húmeda, encerrada entre montañas, la vegetación se desarrolla con una fuerza extraordinaria. Toda esa región está cubierta con un bosque de hayas, de fresnos y de encinas, y debajo de esos árboles enormes crece otro bosque de matorrales y de arbustos, que se enlazan en una espesura impenetrable.

Ese bosque extiende sobre toda la comarca un velo espeso, obscuro, que lo oculta todo. No se puede ver a unos pocos pasos de distancia. Por todas partes encuentra el enemigo abrigos que le permiten esconderse.

En esas espesuras no se puede manejar el rifle. No se divisa nada; no se ven enemigos que herir a la distancia; sólo se ve el encaje movable y flotante del follaje, que le da a la comarca un aspecto encantador y siniestro.

El revólver, la granada de mano, el arma blanca, se usan ahí más que los rifles. El combate cuerpo a cuerpo es la lucha ordinaria y regular en esa tierra de emboscadas.

Las minas reemplazan a la artillería, que ahí solo puede funcionar operando sobre grandes y lejanos objetivos. La artillería se emplea casi exclusivamente para atacar las posiciones

fortificadas de la altura y preparar el camino para las olas de asalto.

En el combate de todos los días la guerra es subterránea. La mina es la grande arma. Para formarse idea de esa guerra formidable, nos basta recordar que en un pequeño espacio de terreno, en esa línea de fuego de una extensión enorme,—entre Four de París y el valle del Aire,— en un corto espacio de tiempo,— entre fines de diciembre y fines de marzo de 1915, en 90 días escasos—los zapadores franceses cavaron más de 3.000 metros de galerías e hicieron explotar 52 hornillos con 7.000 kilogramos de explosivos. La obra de los zapadores alemanes, más preparados y con mejor instrumental que los franceses, debió ser más considerable todavía.

De modo que, lógicamente, podemos calcular que más de una explosión diaria ha sacudido esa región, abriendo cráteres que el agua no tardaba en rellenar, creando nuevas dificultades para el tránsito. Ese constante peligro de las minas le dió una fisonomía peculiar a la guerra en el Argonne.

Ahí la vida de las trincheras fué tremenda. Era necesario cavarlas al azar. El bosque no permitía ver la dirección que seguiría la trinchera y muchas veces franceses y alemanes descubrieron que los dos marchaban a encontrarse y se iban a juntar sin sospecharlo, perdiendo así, los dos, largos trabajos de defensa.

En esa tierra húmeda las trincheras servían de drenaje, se llenaban de agua, y era necesario estarlas constantemente desagando, lo que hacía ahí la vida incómoda y penosa.

Pero, sobre todo, en esas trincheras llenas de agua y de lodo; en esa atmósfera malsana, helada, dolorosa y sucia, se vivía en una atmósfera de perpetua alarma, temiendo a cada momento volar en medio del horror de una explosión. La muerte rondaba como un lobo hambriento alrededor de esas trincheras. Ahí se vivía en una inquietud constante, con el

oído al acecho, atento, para percibir el golpecito seco de la azada, los rumores delicados y siniestros de la zapa, que se arrastra debajo de la tierra buscando la trinchera.

En la obscuridad de la noche venía otro peligro, los golpes de sorpresa, el enemigo que salía de improviso de esa perpetua celada de los matorrales y las sombras. Para evitar esas sorpresas se disparaba en todas direcciones durante la noche. Las balas de las ametralladoras y los rifles barren el bosque. En medio de esos silbidos lúgubres y los golpes secos con que las balas se incrustan en los árboles, el sueño no podía ser largo ni tranquilo.

Esa tenía que ser, lógicamente, la vida de la trinchera en el Argonne, y tenía que ser más dura todavía cuando se empeñaban las fuerzas en operaciones militares.

Todas las posiciones de esa región están en alturas formidables. Hay que trepar pendientes agrias, escarpadas, para llegar a esos picos sombríos, siniestros. La montaña, las quebradas, los hondos repliegues del terreno, forman por sí solos poderosas defensas naturales, a que se agregan las excavaciones, los alambrados, las trampas y las ingeniosas invenciones de la guerra para contener al enemigo.

Aliados y alemanes sacrificaron miles de hombres en asaltos desesperados, para apoderarse de esas valiosas posiciones. Todos sabían que el que domina en el Argonne tiene abierto el ancho camino de París. Por eso aceptaban todos, resignados, los sacrificios enormes de esa vida en las trincheras, y pagaban el tributo más sangriento, con la esperanza de llegar victoriosos a la altura.

Por eso Dumouriez llamaba a esos desfiladeros del Argonne las Termópilas de Francia, y con el golpe de vista de un verdadero militar se precipitó a cerrar en esos desfiladeros el paso a la invasión.

Fué esa una hora trágica en los destinos de la Francia. En medio de las agitaciones revolucionarias de 1792. Cuando la guerra civil se enciende en las provincias, cuando la Convención se despedaza, cuando no hay gobierno ni hay ejército, una coalición formidable asoma en las fronteras.

La Alemania y el Austria, el ejército formado por Federico II y las tropas más aguerridas del Imperio, magníficamente equipados y con todos los recursos militares, avanzaban a las órdenes de Brunswick, uno de los más hábiles y prestigiosos capitanes de su tiempo, prodigiosamente instruido, bravo, espiritual y de una prudencia cautelosa.

«En ese ejército brillante de reyes y príncipes, venía, entre otros, un príncipe soberano, el duque de Weimar, y con él su amigo, el príncipe del pensamiento alemán, el célebre Goethe. Había venido a ver la guerra, y de paso, en el fondo de un furgón, escribía los primeros fragmentos del Fausto, que publicó a su vuelta».

La invasión principia como un alegre y cómodo paseo militar. La traición de los oficiales realistas abre las puertas de Longwy. La defección de los realistas entrega a Verdun. Pero en medio de la desesperación y la tristeza de esos desastres, encontramos dos puntos brillantes y reveladores en que se deja sentir el alma de la Francia. En el Consejo de guerra en que se decidió la rendición de Verdun, el comandante Beaurepaire, jefe de un batallón de voluntarios, hizo esfuerzos para que se resolviera hacer la defensa de la plaza y cuando vió que eran inútiles todos sus esfuerzos, que la rendición estaba de antemano convenida. «Señores»,—dijo,—«he jurado no rendirme sino muerto... Sobrevivan Uds. a su vergüenza... Quedo fiel a mi juramento... Esta es mi última palabra, y muero...» y se dió un tiro.

Ese sacrificio heroico levantó el alma nacional. Momentos después ya se sentía su influencia. El joven oficial que tuvo la

penosa misión de llevar al Rey de Prusia la rendición de Verdun, dejaba ver una emoción tan profunda que impresionó al soberano. Preguntó cómo se llamaba. Le digeron que Marceau... ¡Marceau, que borraría más tarde el recuerdo de esa humillación con el esplendor de tantos días de victoria!

Mientras la invasión avanzaba lentamente en su marcha triunfal, en todos los campanarios de Francia sonaba el llamado angustioso de la patria en peligro. Los voluntarios acudían de todas las aldeas. Se formaba un ejército en que todo era improvisado. Y esos grupos sin disciplina, sin armas, sin recursos, se lanzaban bravamente a defender las fronteras de la patria, con el más loco y magnífico entusiasmo.

El jefe de ese ejército era también un general improvisado. Durante veinte años se había arrastrado en los rangos inferiores y había servido como agente de una diplomacia equívoca que rozaba al espionaje. Era gascón, bravo, espiritual, de una actividad y una audacia extraordinaria; era de una alegría inagotable, con que daba un aire de fiesta hasta a las penalidades de la vida de campaña.

Con ese ejército apenas armado, mal equipado, sin uniformes, sin abrigo y hasta sin zapatos, con ese verdadero ejército de *sans culottes*, Dumouriez se arroja a combatir los mejores ejércitos de esa época.

La campaña principia sin fortuna. Llega tarde. No consigue detener la invasión en los desfiladeros del Argonne. Hay que retroceder. Retroceder es la desorganización, es el desorden. Para las tropas jóvenes, que sienten las primeras emociones de la guerra, el camino del retroceso va siempre al borde del desastre. Pero pasa esa hora de peligro y las tropas vuelven a fundirse en una masa sólida, al calor de su entusiasmo y marchan hacia la colina de Valmy.

Sólo desde lejos, muy a la distancia, pude divisar esa colina histórica. Recorriendo el horizonte con los anteojos de cam-

pañía seguíamos las indicaciones del guía. «¿Ve allá lejos, a la derecha, un pico agudo oscuro? ¿Ve a la izquierda, una montaña boscosa? ¿Ve, entre los dos, más adelante, un mamelón aislado, que avanza sobre el valle? Ese es Valmy.»

Ahí estaba el molino de las grandes aspas, ahí se peleó el 20 de septiembre de 1792 la batalla formidable en que chocaron las fuerzas improvisadas de la República con los mejores ejércitos del mundo. Y a pesar de todas las ventajas, de la superioridad del número y las armas, de esa enorme fuerza moral que da una larga tradición, y a pesar de todo, esos ejércitos magníficos fueron derrotados.

Para explicar ese desastre militar, decía Brunswick: que el ejército republicano era «un ejército de fanáticos».

Goethe que presencié el combate anotaba en su diario de campaña: «*De este día y de este lugar data una era nueva en la historia del mundo*», palabras de una profunda y rigurosa exactitud.

La historia de esta hermosa campaña es conocida, pero hay en ella un detalle de que prescinden los escritores en sus más brillantes y detalladas descripciones, de que no habla Thiers, ni Luis Blanc, ni Mignet, ni Michelet; y que, sin embargo, este último ha consignado en otra parte de su libro, en que da cuenta del proceso de Miranda.

Nos interesa ese detalle porque hace honor a un héroe americano.

«Permítasenos» —dice Michelet— «decir una palabra como homenaje a la gloria del desgraciado Miranda; es la gloria del carácter español, tan dignamente representado por él en su vida y en su muerte. Ese hombre heroico, austero, nacido noble y muy rico, sacrificó desde su juventud su tranquilidad y su fortuna al triunfo de una idea: la emancipación de la América española. No hay ejemplo de una vida tan completamente abnegada, consagrada toda entera al servicio de una idea, sin

dar un solo momento al interés o al egoísmo. Desde su infancia hace venir a toda costa de España los mejores maestros y los libros, a pesar de la Inquisición. Va a estudiar por toda Europa, por Estados Unidos, por todos los campos de batalla. Pero le falta un ejército. Se lo pide a Inglaterra, a Rusia, que no lo acogen; 89 suena y se da a Francia.

«Dumouriez, que lo ha calumniado tan indignamente, se ve obligado a confesar, sin embargo, el mérito raro y singular del general español. Nadie tenía más espíritu. Nadie era más instruido. En cuanto al arrojo, si no tenía la brillante iniciativa de los militares franceses, tuvo en el más alto grado la firmeza castellana, y esa noble cualidad se fundaba en otra bien gloriosa, la fuerza y profundidad de su fe revolucionaria.

«En el desgraciado pánico del ejército de Dumouriez,—cuando las famosas Termópilas del Argonne fueron sorprendidas, y que el ejército casi desbandado hizo una retirada rápida y confusa hacia San Menehould,—Miranda, en la retaguardia mostró una sangre fría admirable e hizo frente al enemigo. Esa frialdad heroica, un poco altiva, estaba mediocrementemente en armonía con el carácter francés. Miranda, con su fisonomía española, morena, tenía un aire altivo y sombrío, el aspecto trágico de un hombre llamado al martirio más bien que a la gloria: había nacido malafortunado.

«Desde fines del 92, Brissot, Petion, habían querido reemplazar a Dumouriez con Miranda, poner al español honrado y sólido en lugar del gascón». (Historia de la revolución, VI, página 370).

Esa página de Michelet levanta el velo y nos deja ver que ha sido la actitud heroica de Miranda lo que hizo posible la reorganización del ejército y la victoria decisiva de Valmy. Y también se anotan en esa página el propósito de Brissot y los girondinos de colocar a Miranda en lugar de Dumouriez.

Mallet Dupan cita una carta de Brissot a uno de los Ministros, en que le dice: «Hagan arder las cuatro esquinas de la Europa, ahí está nuestra salvación. Dumouriez no puede convenirnos. Siempre nos ha inspirado desconfianza. Miranda es nuestro hombre; él entiende el poder revolucionario, está lleno de entusiasmo, de conocimientos».

Si ese propósito girondino se hubiera realizado, seguramente que la Francia no habría deplorado el desastre de Nerwinden y la traición de Dumouriez. Y ¿quién habría sido entonces el general de los ejércitos de Italia?

Vamos corriendo por una calzada ancha, suave y dura, cubierta con el sombrío follaje de los árboles. Nos rodea el paisaje pintoresco de las tierras húmedas, que durante la mañana aparece siempre envuelto en una neblina vaporosa.

Vamos bajando hacia la orilla del Aisne. Atravesamos el río sobre un gran puente de piedra, y entramos por la hermosa avenida Víctor Hugo en una extraña y vieja población, en *St. Menchould*.

Los orígenes de esa población se pierden inciertos en la obscuridad de los tiempos merovingios. No se sabe si fué un templo o un campamento romano lo que se levantaba sobre esa elevada meseta rocallosa, que envolvía entre sus dos brazos el Aisne.

En medio de las obscuridades de esa historia vemos en el siglo V aparecer sobre esas rocas el castillo del conde de Sygmar. Una de sus hijas, cuyo nombre ha conservado la leyenda, se llamaba Manchildes. Esa muchacha, hermosa y compasiva, dedicó su vida al cuidado de los enfermos y los pobres. Desapareció envuelta en la gratitud piadosa de la pequeña población, que se había agrupado al amparo del castillo. Su recuerdo hizo consagrar ese lugar con el nombre de Santa Manchildes, que con el rodar de los siglos y el olvido se ha transformado en el nombre que ahora lleva.

La larga historia de Saint Meneshould ha sido, naturalmente, accidentada, estando en la zona fronteriza, y siendo una ciudad fortificada que cerraba el paso. Pero en esa larga historia no encontramos solamente los desastres de la guerra. En la noche del 7 de agosto de 1719 la población fué casi totalmente devorada por las llamas de un incendio. Esa fecha aciaga vino a confirmar la triste reputación que tiene ese mes en Saint Meneshould.

—«Agosto ha sido siempre fatal para nosotros, me decía un hombre del pueblo. Vea Ud. lo que ha pasado en la guerra. Agosto es un mes fatal, agregaba, con la profunda seguridad de una convicción supersticiosa.

En efecto, la historia del mes de agosto de 1914, fué una historia impresionante. En los primeros días principiaron a pasar por las calles de St. Meneshould los que venían huyendo de las regiones del Meusa. Todo el día atravesaba la población ese desfile incesante de grupos de fugitivos, de hombres, de mujeres, de niños, que llevaban en las manos, en los hombros, en las espaldas, como podían, lo que habían logrado salvar de su desastre. Se veían pasar coches viejos, arrastrados por toda una familia que llevaba ahí sus utensilios y sus trajes, en carretitas, en aparatos extraños, en vehículos imposibles, que habrían provocado la risa si no hicieran palpar todo el horror feroz de la invasión.

Después, a la emoción de ese espectáculo, a ese desfile de los que huyen despavoridos, lo abandonan todo y van aterrados a precipitarse en la miseria, en lo desconocido, en la aventura; a la impresión de ese desfile doliente que se va arrastrando por el camino, viene a unirse el ruido sordo, siniestro, lejano, de los cañones del Argonne, que se van acercando día a día, lentamente. Los primeros cañonazos se oyeron en la mañana del 24 de agosto, como un rumor apagado, indistinto, muy lejano, poco a poco el ruido se fué haciendo más claro y

más seguido. Al fin de la semana ensordecía. El 1.º de septiembre alumbran el horizonte las llamaradas de una inmensa hoguera. El bosque del Argonne principia a arder. Las llamas acercan sus brazos de fuego. El 2 de septiembre se dió la orden de evacuar la población. Todos se apresuran a salir con la desesperación precipitada con que se huye de un incendio. En la mañana del 4 de septiembre las pisadas penosas, fatigadas, de los últimos soldados franceses, resuenan en las calles de la población abandonada y silenciosa.

Pocas horas después avanza lentamente, cauteloso, un grupo de hulanos, que venía de avanzada a reconocer el terreno; después otro grupo, que venía al acecho; después las masas compactas de soldados que vienen a ocupar la población.

Se repite la vieja historia de la ciudad conquistada. Despiertan los instintos brutales de la vida salvaje y todo se somete al imperio feroz de la violencia. Pero aquí, esa historia tuvo un carácter especial. Cuando entraron los soldados alemanes solo quedaban 82 habitantes que no alcanzaron a salir, y no había entre ellos una sola mujer. La soldadesca solo pudo violar las propiedades, las bodegas y almacenes, y tuvo que contentarse con los groseros escándalos del vino.

Recorriendo la ciudad nos mostraban las casas metódicamente distribuidas, en que se habían establecido las oficinas militares, como para una ocupación definitiva. Ese carácter de definitivo es un rasgo curioso y acentuado en todas partes, sobre todo en los primeros tiempos de la ocupación alemana.

Se siente entonces el propósito secreto de eternizar la ocupación, de no destruir poblaciones francesas que podían ser más tarde poblaciones alemanas. El demonio de la destrucción solo puede apoderarse de un ejército cuando cree que la ocupación es transitoria, pero no cuando se imagina que puede ser definitiva.

Bajo esa impresión parecían proceder los soldados alemanes en su tranquila y lenta instalación, como el que puede disponer del tiempo sin apremio.

Pero una inquietud inesperada y extraña los vino a sacudir bruscamente, y a sacar de su tranquila seguridad, antes de terminar su instalación. El 13 de septiembre, ocho días después de su llegada, se siente el estruendo de los cañones franceses, que se acercan. El desastre del Marne desparrama el pánico en el alegre ejército invasor. El 14 de septiembre todos se precipitan en la fuga. Los caminos se ven atascados de tropas que arrancan aterradas, enloquecidas, en medio del espanto del sálvese quien pueda.

Fué tan aturrida la precipitación de aquella fuga que al retirarse el ejército alemán dejó abandonados casi todos sus heridos. La falta de ambulancias podía talvez explicar ese abandono, pero dos días antes los alemanes habían exigido la entrega de 3,000 botellas de Burdeos, que dejaron abandonadas en la Alcaldía.

Cuando la caballería francesa llegaba, a las 5½ de la tarde, los últimos soldados alemanes atravesaban el puente de St. Menehould. Los rezagados fueron todos muertos o cayeron prisioneros.

Así, en el espacio de unos pocos días, aquellas calles vieron a los franceses correr despavoridos huyendo de las fuerzas alemanas que avanzaban orgullosas y triunfantes, y después, vieron esas mismas fuerzas alemanas, abatidas, derrotadas, arrancando de la persecución de las tropas francesas victoriosas.

La rápida sucesión de aquellos cuadros, esas violentas alternativas de la suerte, le dan a la historia de esos días el trágico horror del teatro griego.

Durante el largo curso de la guerra llevó después St. Menehould la vida relativamente tranquila de un gran hospital y almacén de provisiones, a que no alcanzaban las operaciones

militares. Bombardeos de artillería y de aeroplanos eran las únicas manifestaciones de la guerra, que han dejado ahí, sin embargo, una huella sangrienta de su paso.

A la entrada de la población hay un inmenso cementerio militar, en que la ciudad de St. Menehould ha levantado un monumento a los defensores del Argonne. El monumento es grandioso, de una noble sencillez. El cementerio es de una tristeza infinita.

La ciudad es muy bien construida; sus calles anchas, limpias, de una pavimentación admirable. Los edificios públicos, la Municipalidad, la Iglesia, la Gendarmería son edificios de una gran ciudad. En la Gendarmería hay una puerta que se muestra siempre a los viajeros. Sobre la puerta se puede leer todavía la palabra *Poste* grabada en la piedra. Fué ahí, delante de esa puerta, donde se detuvo Luis XVI y fué reconocido por el jefe de la posta. Ese incidente fortuito precipitó la catástrofe de la fuga.

La impresión que deja St. Menehould es la de un rincón hermoso, tranquilo y de una profunda melancolía. Todo parece cuidado con esmero; los jardines se ven llenos de flores; en las calles anchas, sombreadas por los árboles, que embalsaman el aire con el aroma fresco de las hojas nuevas, y sin embargo todo aquí respira la tristeza mortal del abandono.

Talvez esa impresión nos venga del paisaje. St. Menehould está sobre una meseta elevada, que por un lado mira hacia un valle estrecho, oscuro y profundo, como un foso, y por otro lado se vé un terreno húmedo, cubierto de pantanos, estanques y lagunas, en que extiende el Aisne sus brazos cenagosos. Ese paisaje es de una inmensa soledad.

Saliendo de St. Menehould principiamos a internarnos en el bosque del Argonne, que desde aquí se extiende hasta Sedán, recorriendo un trayecto de 17 leguas de largo, con un ancho que varía de 2 a 3 leguas.

El terreno ondea, está cubierto de cerrillos y espesos matorrales. Es un sitio de emboscadas que conserva todavía los recuerdos de su reputación siniestra. En uno de esos cerrillos se divisa la *Grange aux Bois*, pintoresca cortijada, que fué en un tiempo guarida de salteadores, un degolladero, un *coupe gorge*, como dicen los franceses.

Vamos atravesando de prisa esa región accidentada, en dirección de los *Islettes*, que es uno de los estrechos y sombríos pasadizos que comunican los dos valles del Argonne.

Los *Islettes* es un desfiladero de 11 kilometros de largo. Es un camino sinuoso, estrecho, de 300 a 500 metros de ancho, entre dos sombríos y elevados farellones. El camino va a media falda. Abajo, en el fondo oscuro, se arrastra en silencio el agua de una quebrada. Al otro lado del camino se ven diseminadas casuchas pobres, viejas cabañas. A veces las montañas se acercan hasta tocarse, en otras partes se separan un poco. En uno de esos pequeños claros en que se abren las montañas divisamos las pintorescas ruinas des *Islettes*.

Durante un año entero ese pequeño caserío resistió los rabiosos ataques del Kronprinz. Ahí la carnicería de la guerra fué espantosa. Y, a pesar de sus sangrientos sacrificios, no consiguieron los soldados alemanes acercarse a esa puerta del Argonne.

Desde lejos divisamos el campanario de una iglesia y la chimenea de una gran fábrica de vidrios. Es todo lo que ha quedado de una población industrial.

Saliendo de ese largo desfiladero, que atraviesa la montaña, no tardamos en divisar a lo lejos las ruinas de *Clermont*.

Clermont fué en otro tiempo famosa por sus flores, la llamaban «la ciudad de los jardines». Está situada en una ancha meseta, que domina un valle abierto, plano, en que la vista se extiende hasta muy lejos. En esa pintoresca situación están las ruinas.

Esa antigua plaza fuerte ha tenido la historia accidentada de casi todas las poblaciones del Argonne. Sitios, asaltos, incendios, forman los tristes eslabones de esa historia, que en medio de los horrores de la guerra, hace brillar de tarde en tarde rasgos de un heroísmo generoso.

Cuando los alemanes ocuparon a Clermont, en 1914, encontraron desierta la ciudad. Solo se habían quedado los viejos del hospicio. En la noche del 4 de septiembre un grupo de soldados abrió a culatazos las puertas del asilo. Entraron algunos oficiales empuñando los revólvers. Sor Gabriela, delante de las monjas que rodeaban a los hospicianos, se presentó a recibir a los invasores con tan soberbia dignidad, que los hizo inclinarse respetuosos ante la majestad de la conmiseración y la desgracia.

Ese grupo de mujeres, que se expone a todo, para cubrir con la hermosa debilidad de su sexo esa triste debilidad de la vejez, derrama sobre esas escenas de violencia el perfume conmovedor de la piedad.

Los homenajes que ha recibido más tarde Sor Gabriela han sido los más puros que se pueden tributar al heroísmo.

Toda la ciudad está en ruinas. Son todavía muy pocas las casas restauradas, en que puede detenerse la constante afluencia de viajeros, que vienen a recorrer estas comarcas.

Por una pendiente muy fuerte, que con dificultad escalaba el automóvil, subimos a la terraza en que están ahora las ruinas de una hermosa iglesia, que figuraba entre los más curiosos monumentos históricos de Francia.

La portada principal de esa iglesia es de un efecto extraño y de un estilo singularmente caprichoso.

Ahora todo lo que vamos a buscar en la terraza es su hermoso panorama. Desde ahí, pasando por encima de las ruinas, se extiende la vista sobre uno de los más bellos y pintorescos paisajes de la Francia.

Almorzamos en la hostelería de l'Argonne, antigua granja, que en 1918 ocupó el estado mayor francés y americano. Las oficinas militares estaban instaladas en las antiguas cocheras y despensas, que conservan todavía las inscripciones de la guerra.

En una de las salas hay un paisaje pintoresco, es una vista de la hermosa y alegre población antes de la guerra. Ese cuadro debe ser de una melancolía infinita para los que la han conocido en otros tiempos y ahora ven sus ruinas

Sobre la mesa del comedor encontré una hoja de papel, sencillo, con una figura de mujer que a la salida del bosque extiende sus brazos, aferrándose a los árboles, en la actitud altiva y sencilla «de aquí no pasarás.» Esa mujer es el Argonne.

Debajo de esa figura se leía:

De la foret de l'Argonne
Baignée du sang de nos héros
Gardez le souvenir.

Of the Argonne Forest
Trenched with the blood of our heroes,
Keep remembrance!

Esa súplica, que levanta con tanta discreción su voz humilde, hace vibrar en el espíritu una emoción intensa y profunda.

Sí, mucha sangre ha empapado estos campos del Argonne. Muchas vidas, que principiaron en tierra muy lejana, han venido a encontrar en estos campos un generoso y noble desenlace. En el Argonne, murió Alberto Coudeu. Era un joven capitán de artillería, una simpática y hermosa figura militar, que sus compañeros de armas miraban con cariño, por el alegre buen humor con que aceptaba las durezas de la

vida de campaña, y la serenidad brava y sencilla en los días de combate. Ese joven capitán, que había ganado sus grados en el campo de batalla, mereció las más elogiosas citaciones oficiales, en la orden del día del Ejército francés y llevaba sobre el pecho la cruz de guerra. Alberto Coudeu había nacido en Chile y se había formado entre nosotros. Murió noblemente defendiendo la patria de sus padres. Más afortunado que él fué su hermano Emilio, que también sirvió en el ejército francés como aviador de bombardeo, y que sobreviviendo a sus heridas logró ver la marcha triunfal de la Francia victoriosa.

Los dos eran hijos de D. J. Coudeu, que guarda un recuerdo agradecido y cariñoso para la tierra en que hizo su fortuna, y que ha sido para los chilenos en Francia un consejero, un guía y un apoyo generoso en las situaciones difíciles.



Nos dirigimos hacia el bosque del Argonne. El camino sigue por una hondonada.

Pasamos al borde de un gran cementerio. Llegamos a *Esles*. Antes estaba envuelta en el bosque, ahora está en un inmenso claro y está en ruinas.

Pasamos una línea de trincheras alemanas. Después el bosque espeso. Entre las ramas divisamos un cementerio alemán; más allá en el bosque, otro, y después otro. Son tres cementerios iguales, y los tres tienen el mismo monumento.

Atravesando el corazón del bosque pasamos cerca de esos cementerios y no los habríamos visto si no nos hubieran detenido para llamarnos la atención. Con una discreción suprema la naturaleza los cubre y los oculta.

Saliendo del bosque el llano nos envuelve. Un llano enorme, en que la línea del horizonte se ve lejos. Colinas suaves le dan a ese llano una graciosa animación.

En ese valle del Aire está *Varennés*. Para entrar en la población pasamos sobre un puente de piedra, que extiende sus arcos macizos sobre el río. Es un puente histórico. Es el puente viejo en que fué detenido Luis XVI, en su fuga de París, según la tradición que ha consagrado Lamartine.

En realidad el Rey fué detenido en la posada del Bras d'Or.

Al otro lado del puente está la casa de Prefontaine, a cuya puerta fué a golpear Luis XVI, a las 11 de la noche del 21 de junio de 1791, para que le indicaran el camino.

Drouet, que había reconocido al Rey al pasar por San Menehould, tomando por un camino de atraveso, llegó a Varennés antes que él. La campana de arrebato dió la señal de alarma y puso en pié la aldea.

Luis XVI fué detenido en la posada del Bras d'Or, donde se había ido a alojar. De ahí fué trasladado a la casa de Prefontaine, donde vivía Sause, Procurador de la Comuna. Ahí pasó la noche.

En la Mairie de Varennés se conservaba la comunicación auténtica del arresto del monarca.

La posada del Bras d'Or ha desaparecido, destruida en parte por los años y en parte por la guerra. La casa de Prefontaine por fuera se conserva ahora casi intacta, pero el interior está completamente destrozado.

La evasión de Luis XVI es, como se ha dicho con razón, una maravilla de imprudencia. Para esa evasión se mandaron construir berlinas de viaje, estuches especiales, trajes de disfraces, y todo esto se ocultaba con un ligero disimulo en aquella situación llena de recelos y sospechas.

El día de la evasión fué dos veces postergado. Se ha hablado mucho sobre las razones del retardo, haciendo jugar un gran papel a las indiscreciones de una camarera, y «también,» dice Michelet, «para recibir el trimestre de la lista civil, *il le dit aussi lui même*, él mismo lo confiesa». Y si no tuviéramos el testimo-

nio del rey, que ha recogido Michelet, tendríamos las fechas para afirmar ese detalle, que deja a descubierto las tristezas de la monarquía agonizante. Todo fué absurdo en esa fuga. El rey, vestido de sirviente, instalado en el interior de la berlina, nobles disfrazados de lacayos, con trajes nuevos y vistosos, y en aquella comparsa extraordinaria no iba nadie que conociera los caminos!

Toda la pequeña población está ahora en ruinas, pero lo que está en pie nos da una idea de su disposición original y caprichosa. El río Aire separa la parte alta de la baja. En la parte baja están las ruinas de una hermosa iglesia que figuraba entre los monumentos de Francia; de lo demás no quedan huellas.

En la parte alta, entre los escombros de la antigua población, se conservan algunos edificios.

En medio de esas ruinas aparecen las casas de madera, las barracas, con el aspecto lúgubre de las poblaciones provisionarias. Ese espectáculo obscurece el espíritu y mirábamos con tristeza esos grandes cajones de madera donde se ha ido a sepultar la vida alegre de esta tierra. Pasábamos en medio de esas sombrías reflexiones cuando nos sorprendió leer sobre la puerta de una gran barraca *Folies Bergeres*, es el teatro; sobre otra puerta vimos una cruz y al lado un campanario, es la iglesia.

Saliendo de Varennes pasamos por el puente viejo, donde los soldados norteamericanos libraron una de sus batallas más atrevidas y gloriosas.

En septiembre de 1914 los alemanes ocuparon a Varennes, después de un combate de una violencia extraordinaria y de grandes sacrificios, a pesar de que en esa época la posición sólo tenía sus defensas naturales. Los alemanes la fortificaron y consideraban esa posición inespugnable.

Sin embargo, en septiembre de 1918, en el primer día de la gran ofensiva, los soldados norteamericanos se apoderaron rápidamente de la plaza, en una sola embestida.

Vamos al llano. Nos encontramos en un campo cultivado, pero es un campo triste, que deja en el espíritu la impresión de algo incompleto. El terreno ondea con un movimiento pesado, con ondulaciones largas, anchas; a cada paso hay que ir siguiendo la curva de lagunas pequeñas, rodeadas de arbustos en la orilla, y atravesar grandes manchas de terreno pantanoso. El contorno de las colinas que cierran el horizonte es una curva sin gracia.

Saliendo de la hondonada, en que están las ruinas de Aubreville, trepamos la colina en cuya cima está *Vauquois*, o más bien dicho en cuya cima estuvo *Vauquois*, porque ahora solo quedan enormes cráteres abiertos por las explosiones de las minas y un terreno monstruosamente removido por los obuses y las bombas.

Vauquois es un campo de batalla que rivaliza con los heroicos fuertes de Verdun.

En 1914, los alemanes, en su retirada, después de la primera batalla del Marne, se aferraron en las cumbres de *Vauquois*, y no tardaron en apreciar toda la importancia de una posición, que les permitía ocultar, detrás de la colina, los movimientos de sus tropas, proveerse por los caminos ocultos del Argonne, y esconder su artillería. Esa importancia les hizo convertir a *Vauquois* en una fortaleza. Se hicieron grandes excavaciones en las rocas, uniéndolas por comunicaciones subterráneas. Se abrieron fosos en las calles de la aldea, troneras en las murallas de las casas y trincheras alrededor de la cima, defendida por las quebradas escarpadas, que por todos lados abrazan la colina.

Rápidamente la posición se transformó en una formidable fortaleza.

Los franceses hicieron esfuerzos desesperados para conquistar la posición, pero los sacrificios más heroicos no consiguieron arrancarla de las manos alemanas.

En el primer ataque, de 28 de octubre de 1914, todos los soldados franceses que fueron al asalto quedaron fuera de combate. Al día siguiente, por segunda vez, volvieron los franceses a renovar su tentativa, pero solo consiguieron grandes pérdidas; y en la noche, cuando trataron de recoger a sus heridos, volvió a fracasar la tentativa y tuvieron que resignarse a dejarlos prisioneros en poder del enemigo. El 17 de febrero del año siguiente, fué el tercer ataque y el tercer fracaso, pero esa vez los franceses alcanzaron a llegar hasta las ruinas de la iglesia.

El 28 de febrero fué el cuarto ataque. Por primera vez iban los franceses armados con granadas de mano. Cuando principió el combate la banda del regimiento entonó la Marsellesa y las compañías de asalto se lanzaron como una ola tempestuosa. Iban dejando su camino sembrado de cadáveres, pero seguían escalando la colina. Dos tercios del grupo de avanzada habían caído, pero sus compañeros llegaron a la cumbre. Principiaron a tomar las casas una a una. Llegaron a la iglesia. En esos momentos la lluvia de fuego era espantosa. Hacían fuego los que defendían la aldea, hacían fuego las fortalezas de Montfaucon, los cañones del bosque de Cheppy y del Argonne, que flanqueaban las posiciones de Vauquois. Y en medio de ese fuego espantoso los soldados franceses desalojaron a las tropas alemanas. Todo el día siguiente bombardearon los alemanes a Vauquois, haciendo a los franceses abandonar el centro de la plaza y organizar su defensa en los bordes de la cima. A las 2 P. M. la infantería francesa volvió al asalto de la ciudad por quinta vez, se apoderó de las trincheras alemanas, entró en las ruinas y en media hora expulsó al enemigo con la punta de sus bayonetas. A las 3, 4, 5 y 5 y media contra-

atacaron los alemanes, pero aun cuando lanzaron tropas de 14 divisiones sucesivamente, no pudieron desalojar a los franceses. Dos veces intentaron en la noche penetrar en la iglesia. Durante cuatro días y cuatro noches, bajo una lluvia de bombas con altos explosivos y todo género de proyectiles, se sostuvieron los franceses, sin provisiones, sacándoles sus raciones a los muertos. Los ataques se repetían casi todas las noches, sin llegar a reconquistar la posición. En la noche del 15 al 16 de marzo, el portaestandarte Collignan, Consejero de Estado y antiguo Secretario General de la Presidencia de la República, que se había enrolado a los 58 años de edad, fué muerto por la explosión de una granada, cuando recogía un hombre herido.

Desde entonces, en las revistas, cuando se llega a su nombre, que figura en la lista después de La Tour d'Auvergne, el cuerpo entero contesta: «Muerto en el campo de honor.»

Cazeneuve, de la Ópera Cómica, otro voluntario que se había enrolado a los 54 años, también fué despedazado en Vauquois por una bomba.

«El 22 de marzo atacaron los alemanes una trinchera con fuego líquido y desde entonces casi todos los meses una mina hacía explosión en Vauquois y después de la explosión venía un combate. Así pasó el 5 de abril, el 26 de julio, el 3 de agosto, el 4 de septiembre, el 18 y el 21 de noviembre y el 16 de diciembre de 1915, el 13 y el 16 de enero, el 3 de febrero y el 24 de marzo de 1916.»

Esa guerra de minas fué especialmente asoladora para aquella disputada población. Las explosiones lo destruían todo,—hasta las ruinas—y mantenían a la guarnición en un estado de inquietud enloquecedora, que se prolongó hasta los últimos días de la guerra.

Al pié de la triste colina de Vauquois nos sorprende un encuentro inesperado: un grupo de álamos.

En el silencio de esos campos desolados se percibe claramente esa crepitación particular de las pequeñas hojas de los álamos. Es el ruido que más se asemeja al que hacen las resacas en la playa. Ese valle estrecho y pobre, ese paisaje inmóvil, ese cielo de la tarde de un azul puro y extraño en estos climas, esos álamos, y ese ruido familiar de nuestros campos, me traen el recuerdo de la tierra y del cielo de mi patria.

.....

Sigue el camino por un valle estrecho, el desfiladero de Meurismes.

Llegamos a *Avocourt*.

Ese nombre va a sonar en la historia. Aquí principia la batalla de Verdun.

Las construcciones de la antigua aldea ya no existen; han sido reemplazadas por casitas de madera, cubiertas con zinc acanalado.

Rodea a Avocourt un campo sin accidentes, llano, todavía sin árboles, pero ya muy cultivado.

Es un campo en que ya se vuelve a respirar la alegría sana del trabajo tranquilo.

A la izquierda del camino divisamos un bosque — el bosque de Avocourt — y más allá una línea oscura, es la lúgubre colina 304.

En las faldas inclinadas y desnudas de esa colina había grandes excavaciones, que constituían una de las más formidables fortalezas de la guerra.

Hubo momentos — 3 de mayo de 1916 — en que tuvo que resistir esa colina el fuego concentrado de 80 baterías alemanas.

Esa tempestad de fierro y de fuego, que ha azotado durante tantos años estas tierras, nos explica la transformación horrible que han sufrido. Es un espectáculo que espanta, de una ferocidad que aterra y de que instintivamente apartamos la

mirada. Es el más lúgubre y desolado de los campos de batalla que hemos visto.

De ese bosque partió la formidable ofensiva de 1916. El 9 de abril la primera ola de asalto consiguió franquear la primera línea de trincheras francesas, dominadas por un furioso bombardeo. Corrían los alemanes a la línea de sostén, cuando los sobrevivientes de la trinchera avanzada, saliendo de entre los escombros y los muertos, cayeron sobre ellos y los exterminaron. De ahí viene el grito legendario: ¡De pie, los muertos! *Debout les morts!* que lanzó el sargento que mandaba la trinchera.

Durante años ahí se han repetido, sin dar tregua, los ataques obstinados del Kronprinz, y durante el corto espacio en que la lograron ocupar los alemanes, los franceses atacaron con furia esa colina.

Ahora la cima de esa colina es una masa informe de terreno trastornado, en que apenas se puede andar sin perder el equilibrio, y las faldas de la colina han sido desgarradas por las líneas de trincheras, los fosos de comunicación y los refugios.

Desde esa meseta trágica se veían abajo, en el seno de un vallecito, los restos de una pequeña población. Son las ruinas de *Esnes*.

Pasamos, al lado de una iglesia en ruinas, por entre los escombros de la aldea, y más allá, en una vuelta del camino, encontramos una gran cruz de fierro, entre cuatro troncos de árboles despedazados. Al pie de la cruz, alrededor de los troncos, todo el terreno está cubierto de flores silvestres. La naturaleza adorna con una mano piadosa ese recuerdo fúnebre.

Seguimos un camino áspero y difícil, que han dejado en condiciones deplorables las excavaciones que han abierto los obuses.

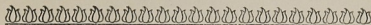
A la izquierda se levantan a la distancia cerros altos, escarpados. La *Cote du Poivre* — la colina de la Pimienta — domi-

nada por dos alturas, que son por ese lado las llaves de la defensa de Verdun: el Mort Homme y la Colina 304, que tuvieron una importancia decisiva en el primer combate de Verdun.

Le Mort Homme es un maciso sombrío, desolado, en cuya altura se levanta un monumento a la memoria de la 40ª división de infantería. Posición importante, fué duramente disputada durante todo el curso de la guerra. Los alemanes arrojaban sus fuerzas sin contar para apoderarse de esa altura, que defendían los franceses a costa de los más grandes sacrificios.

La meseta de Mort Homme está cortada por una ancha quebrada, cuyas laderas cubre un bosque espeso, el bosque de los cuervos—*Bois des corbeaux*. Ese bosque oculta a los que van por el fondo de la quebrada; es un camino cubierto en que es fácil disimularse o tender una celada. De ahí talvez su nombre siniestro.

Por ese camino fueron muchas veces las tropas alemanas al asalto, y ahí consiguió la legión extranjera una de sus victorias más brillantes.



IV.

DE VERDUN A CHALONS.

EL camino real que contornea la base de Mort Homme va después descendiendo hacia un valle ancho, casi completamente circular, rodeado de colinas que le sirven de resguardo.

En la hondonada de ese valle, que atraviesa el Meusa, se levanta Verdun, la ciudad fascinadora, que durante los largos años de la guerra parecía tener hipnotizado al ejército alemán.

Desde lo alto de la colina divisábamos en el fondo del valle esa población lejana.

— Ese es Verdun, nos dijo el guía. Y no pudimos oír sin una emoción extraña ese nombre de Verdun, que en ese momento, en ese sitio, tenía más que nunca, una resonancia de guerra, sonoridades de gloria y de combate.

El camino bajaba derecho a la ciudad, que teníamos siempre delante de nosotros.

A medida que nos íbamos acercando presenciábamos un fenómeno extraño, casi fantástico. La ciudad se iba levantando a nuestra vista. Los edificios parecían ir subiendo unos encima de otros. Esa visión extraña era el resultado natural de la manera cómo se ha construido la ciudad.

Verdun ha sido edificada en las laderas de una colina alta y escarpada. Las calles van formando graderías. De ahí vino esa impresión que nos produce al acercarnos, impresión fan-

tástica y teatral, que se acentúa porque en la cima de la colina divisamos grandes arquerías, que parecen a la distancia un templo griego. De cerca, el templo se transforma en una fortaleza.

Es una hermosa población, que conserva su belleza interesante aún en medio de los estragos de la guerra.

El Meusa la envuelve voluptuosamente entre los dos brazos canalizados en todo su contorno, lo que hace del río un ancho foso natural.

La ciudad, además, está rodeada de enormes murallas de piedra, con almenas y torreones, que le dan esa decoración pintoresca de las antiguas plazas fuertes, de las ciudades guerreras de la Edad Media.

Esas murallas ahora abandonadas, derrumbadas en algunas partes por los años, cubiertas por la hiedra y plantas trepadoras, han perdido toda su importancia militar. La defensa formidable de Verdun es la corona de reductos que hay en las colinas que rodean la ciudad.

Verdun es la entrada obligada de una comarca extensa y rica, y era natural que los dueños de esa comarca defendieran esa entrada. Por esa puerta entró César en las Galias, ahí peleó una de sus más grandes batallas,—talvez aquella en que desplegó con más brillo su genio militar, como creía Napoleón—por ahí fueron los vándalos, las hordas de Atila, todas las invasiones armadas de la Francia.

Los galos tenían ahí una defensa amurallada y sobre los cimientos de esa fortaleza, César hizo construir un campo militar fortificado, que sirvió de núcleo a la ciudad.

Las poderosas murallas, que defendían la población primitiva, habían desaparecido sepultadas por los siglos. La guerra ha descubierto ahora esas ruinas. En la calle Mayel, que era una de las más concurridas y comerciales de Verdun, los obuses alemanes han dejado a la vista un enorme manto de mura-

lla, que servirá de base al monumento en que los aliados conmemoran la defensa heroica de ese pueblo.

Todo el monumento va a ser construído con las piedras de esos muros ennegrecidos por los siglos.

La historia de Verdun ha sido accidentada, como la de todas las poblaciones fronterizas que eternamente se disputan los vecinos y están fatalmente condenadas a cambiar de soberano. En la época feudal Verdun fué un condado hereditario, antes de ser un condado de la Iglesia, y el último de esos condes civiles fué Godofredo de Bouillon, que conquistó a Jerusalén llevando la bandera con las armas de Verdun.

Entramos por la Puerta de Francia, pasando por una hermosa arcada sobre el puente. Nos dirigimos a la Plaza de Armas, que los bombardeos han despedazado. Alrededor sólo se ven casas destruídas.

Pasamos delante del Colegio de los antiguos Jesuitas, del Palacio de Justicia y de la Prefectura, construída sobre los restos de una abadía que estaba fuera de los muros primitivos.

Nos acercábamos al Meüsa y en el fondo de una larga calzada veíamos la *Porte Chausee*, monumento histórico del siglo XIV. Un puente de piedra, espeso, maciso; de arcos anchos, sólidos, pesados, llega hasta la entrada.

Desde ese puente la vista de la ciudad es muy pintoresca.

Nos detuvimos a mirar aquella enorme puerta, flanqueada de dos grandes torreones almenados, que es una exacta reproducción arquitectónica de la antigua Bastilla de París. Por fortuna no ha sufrido en la guerra.

Entrando al corazón de la ciudad seguimos por calles estrechas, oscuras, en que por todas partes se ven ruinas y destrozos. Llegamos a la plaza de Chevert. También esa plaza ha sido maltratada. Las excavaciones de los obuses han despedazado el pavimento. En el centro está la estatua del general Chevert, por Lemaire: es un hermoso y elegante monumento

del siglo XVIII. Una plancha recuerda que el heroico defensor de Praga nació en Verdun en 1695.

Atravesando la plaza fuimos al Hotel de Ville, cuya fachada recuerda al Luxemburgo, de París. Según la tradición, María de Médicis, después de su fuga, habitó en ese palacio.

Atravesamos por las ruinas impresionantes que hay a todo lo largo de la calle de Mayel para ir al *Hotel de la Princerire*, primer archidiácono de la Catedral. El patio de ese palacete estaba rodeado de una galería de dos pisos, hermosamente decorada. Era un monumento histórico, de que la guerra solo ha dejado hermosos restos que hacen su destrucción más lamentable.

De ahí pasamos a visitar la Catedral. Es una vieja construcción de la Edad Media, pesada y majestuosa, en que ha roto el arquitecto con las tradiciones de las iglesias latinas. Tiene dos *transeptos* y dos absides y, al principio, también tenía cuatro torres.

La iglesia solo tiene una nave central, y algunas capillas a los lados, con grandes ventanales, que le dan un carácter particular a esas capillas.

La Catedral ha sufrido con los bombardeos alemanes que han destruido una parte de su techo y algunos arcos. Un obús perforó el pavimento de la iglesia y ha dejado en descubierto una galería subterránea, cuya existencia ya nadie conocía.

Al lado de la Catedral está el Obispado, que es un edificio más interesante, ocupado ahora por las instalaciones del museo. Es de un estilo gótico. El patio está rodeado de un claustro de arquerías del mismo estilo, de un efecto extraordinario y completamente excepcional, cuya originalidad no podría decir en qué consiste.

En las naves de bóveda de esas arquerías se ven figuras grotescas, que según la tradición «son caricaturas de los canónigos, de cuya poca generosidad se vengaban los artistas.»

Desde la terraza del obispado se domina completamente la ciudad, el valle, las colinas que lo rodean y defienden. El paisaje daba una impresión suave, mezclada; la impresión de una sonrisa melancólica. Mirando el horizonte veía pasar las nubes rosadas de la tarde.

Cerca de la Catedral está la plazoleta del Châtel—el Castillejo—que es el sitio más alto de Verdun, donde se ve una antigua puerta *à machi coulis*, resto de las fortificaciones primitivas de Verdun.

Después atravesamos la esplanada de la *Roche*, para ir a visitar la *Ciudadela*, que ha sido construida sobre el sitio que ocupaba en los tiempos merovingios la abadía de San Vanne. Según la leyenda, aquí había vivido el Dragón de soplo envenenado, que San Vanne ahogó en el Meusa, y en el espíritu supersticioso del siglo XVI talvez esa leyenda decidió la elección de ese sitio para construir ahí la ciudadela.

De la antigua abadía solo queda una torre cuadrada.

La ciudadela es subterránea. Por una puerta baja y ancha, con un gran marco de piedra, entramos en un pasadizo oscuro, largo, en que desde los primeros pasos se siente un viento frío. Las paredes, el piso, las bóvedas, todo es de piedra.

Después siguen galerías espaciosas, anchas, también de piedra. En esas galerías se abren a los lados vastas salas, que sirven para dormitorios, depósitos, oficinas, para todas las instalaciones de una ciudad subterránea.

Esas galerías se desarrollan en una extensión considerable. Pueden albergar cómodamente 20,000 soldados y durante la guerra se fabricaban en sus hornos 50.000 raciones de pan todos los días.

Esas galerías frías, oscuras, con una obscuridad tenebrosa, que se entrelazan, que se dividen, que cambian de direcciones, forman un dédalo, que solo se puede recorrer yendo todos en un grupo, con una luz por delante, para alumbrar el camino,

y otra detrás, para que no molesten las sombras. Ese grupo silencioso, que se mueve en la obscuridad, alumbrado por faros mortecinos, y cuyas pisadas tienen una extraña resonancia en esas bóvedas sonoras, esa ronda en la obscuridad, me traía el recuerdo de las catacumbas de Roma, que, como esta ciudadela, en los días de persecución y de peligro, servía de amparo a los cristianos.

En los días de los grandes bombardeos, cuando una ola de fuego envolvía a la ciudad, esos subterráneos profundos ofrecían a la población un refugio seguro.

Salimos lentamente por el largo pasadizo por donde habían pasado tantas veces los pobladores de Verdun en los días angustiosos de la guerra.

Afuera el aire estaba tibio y el sol sobre el horizonte de una hermosa y suave tarde de verano.

Fuimos de la ciudadela a visitar el *canal de los Agustinos*, que es una de las curiosidades más interesantes de Verdun.

Es un canal ancho, edificado a los dos lados. Tiene algo de Venecia y algo de Florencia. El agua llega hasta la muralla misma de los edificios, como en Venecia, y se ve el fondo de las casas, como en las orillas del Arno. Ese canal es un pequeño cuadro original y pintoresco.

La ciudad, en la noche, tiene una animación extraordinaria. Las calles se iluminan como antes de la guerra. Las tiendas en la noche están abiertas. Se ve en ellas mucha gente. Se siente que hay aquí un gran movimiento comercial, una vida intensa.

Entramos a una librería en busca de fotografías y recuerdos de Verdun. Es curioso sentir ese lazo misterioso que une en todas partes a los hombres que viven cerca de los libros, es como la atracción indefinible del acero y el imán. El hecho es que a los pocos minutos de estar en esa tienda ya él sabía que yo andaba recorriendo los campos de batalla, y yo sabía que durante toda la guerra él no había salido de Verdun.

—¿Conoce Ud. este libro? me preguntó extendiéndome el libro de Dumur, *Le Boucher de Verdun*.

—Ah! sí, y hay en ese libro una página admirable. Ojeando el volumen le mostré la página en que a la luz de una psicología muy elemental y de una irrecusable experiencia de la vida presente Dumur la situación en que se encontraría la Francia después de la victoria.

En la página abierta de ese libro, publicado en 1919—note la fecha—se lee:

«Admito por un instante su hipótesis... ridícula—dijo el barón de Werthau. Pues bien, si la Francia, por una suposición absurda, obtuviera la victoria, no la tendría en realidad y la Alemania no sería por eso derrotada.

«Escúcheme y no crea que embromo, si no por el contrario que soy extremadamente serio. Voy a decirle por qué la Francia, alcanzando la victoria no sería victoriosa. En caso de victoria, y suponiéndola tan completa como Ud. quiera, la Francia no sería la única victoriosa; lo sería con sus aliados, y sobre todo con el principal de entre ellos, con la Inglaterra. Ahora, ¿cree Ud., tendría Ud., la ingenuidad de creer que la Inglaterra ha entrado en la guerra por los hermosos ojos de la Francia? De ninguna manera. La Inglaterra ha entrado porque principiaba a tener miedo de nosotros, miedo de nuestro poder marítimo, miedo de nuestra escuadra. Una vez que se haya desembarazado de nuestros blindados y se haya apoderado de nuestras colonias— y puede Ud. estar seguro que se arreglará para que ese sea el primer resultado de la victoria común—la Inglaterra quedará satisfecha, y no teniendo ya nada que temer por nuestro lado principiará a sentir otro miedo, el de otro tiempo, el de siempre, su vieja fobia de la Francia. Por eso se ingeniará—y nosotros sabemos lo que vale en diplomacia el genio de Inglaterra—para impedir que la Francia aproveche de la victoria y vuelva a ser poderosa. Se opondrá con energía al

aplastamiento como al desmembramiento de la Alemania, y antes que sufrir que la Francia llegue al Rhin, volvería a recomenzar la guerra en contra de ella.

«Es que no debe Ud. disimularse una cosa que es muy grave para Ud., y que es la explicación de todo: la Francia no es amada. Puede ser admirada, envidiada, gustada aún en ciertas manifestaciones, pero no es amada. No la quieren sus enemigos,—eso es natural—pero la quieren todavía menos sus amigos. Nadie desea verla próspera y feliz. ¿Eso lo sorprende? Es, sin embargo, la estricta verdad. Es que la Francia tiene un gran defecto, una cualidad, si Ud. quiere, pero una cualidad que es un defecto capital, un vicio que la hace detestar abiertamente o en secreto por el mundo entero. La Francia es el único país de los dos hemisferios que no es hipócrita. Eso la separa de las demás naciones y hace de ella una especie de monstruo, de espantajo y de escándalo para todo el universo.

«Ud. comprende que no es la falta de hipocresía lo que se reprocha a la Francia. Esa es la causa, la causa profunda, desapercibida para la mayor parte. Pero de ahí resulta un efecto, una apariencia ostensible, es la inmoralidad. La Francia es inmoral. Es aún, en virtud de la proposición anterior, el único país fundamentalmente inmoral que haya en el mundo. Ahora, Uds. saben muy bien todo lo que hay de particularmente abrumador en esta imputación de inmoralidad en los países anglosajones, que han levantado el puritanismo a la altura del sacrosanto mercantilismo. La Francia, pecadora, no es digna de ser grande. Puede ser heroica, generosa, inteligente, inventora, artista... sobre todo artista, pero su reputación está perdida, y debe llevar *in aeternum* el peso de su pecado. ¿No siente Ud. todo lo que habría de inmoral, de escandaloso, en que la Francia recibiera el premio de su coraje, de su sacrificio, de sus sufrimientos y de su victoria?...

«Nosotros los alemanes tenemos nuestra reputación intacta. Somos un pueblo moral y lo seremos aún cuando hagamos lo que se nos ocurra. Nada prevalecerá contra nuestra vieja, sólida, indestructible reputación de moralidad. A nosotros nos ayudarán, nos sostendrán. Nosotros despertaremos la conmiseración y la simpatía, nos querrán levantar y restaurar aún corriendo el riesgo de nuevas conflagraciones.

«Y lo que hay de admirable es que esta reputación de inmoralidad que se ha conquistado la Francia es completamente usurpada.»

Después de leer esa página me dijo con amargura—Ud., tiene razón. Es admirable, y de una profunda filosofía de la vida, Dumur nos vé desde afuera, Dumur es suizo, no es francés.

—Todo su libro parece de un realismo completo.

—Sí, todo es tomado de la vida—*est pris au vif*. Las anécdotas que cuenta son exactas. Los nombres de los lugares y las descripciones de las casas en que pasan los sucesos, hasta los nombres de los personajes, son rigurosamente verdaderos. No hay más que un personaje inventado: la Julieta. Todos los demás los conocemos personalmente. Lo que cuenta de la vida del Kronprinz es completamente cierto, los sitios, las personas, los detalles son auténticos.

Y para acentuarme la exactitud de esas anécdotas, me nombraba testigos y me completaba los detalles de la vida licenciosa, que había llevado el Kronprinz en su desgraciada campaña de Verdun, detalles innobles que habrían manchado las memorias secretas de Suetonio.

Después tuve una triste confirmación de estas palabras.

En un suelto de *Le Temps* se leía: «A propósito del *Boucher de Verdun*. El tribunal correccional de Nancy ha dado ayer su fallo, en el negocio del *Boucher de Verdun*, o más propiamente en el proceso por difamación en contra del *Mercur de France*,

el *Est Republicain* y el *Petit Parisien*, por la señorita Blanca Desserey, de Stenay, con motivo de la publicación, por el primero, y la reproducción por los otros dos del folletín del señor Luis Dumur, el *Boucher de Verdun*. La señorita Blanca Desserey se quejaba de que en este libro, en que se trazaba la vida que había llevado en Stenay el Kronprinz con su Estado Mayor, ciertos pasajes le atribuían una actitud contraria a la verdad y que podrían perjudicar su honor y su consideración.

«El tribunal ha condenado al *Petit Parisien* a un franco de multa, al *Est Republicain* a 5 francos y al *Mercure de France* a diez francos. Rechazando la petición de daños y perjuicios entablada por la señorita Blanca Desserey».



Julio 4.—Muy temprano recorriamos de nuevo las calles destrozadas de Verdun. Ya hay gran movimiento en la ciudad.

Las tiendas están abiertas. Hay una considerable circulación de carruajes, carretones y automóviles. En medio de ese ruido del tráfico se oye la salmodia de los vendedores ambulantes, que anuncian sus mercados en un argot y con entonaciones especiales o instrumentos propios, pitos, cuernos, (los remendones de sillas y de pisos).

La fisonomía de Verdun disuena entre las poblaciones de Francia. Nos deja una impresión extraña, aparte. La arquitectura de lo que ha quedado en pie es pintoresca, llena de contraste. Al lado de casas con balcones volados y celosías de madera se ven casas de piedra y torreones feudales. A pesar de los colores oscuros de los trajes tiene ese algo indefinible de las poblaciones del oriente. Verdun es un inmenso crisol en que se han fundido muchas razas y muchas tradiciones.

Al salir de la ciudad volvemos a atravesar la vieja puerta con sus inmensos torreones.

Dejábamos a un lado el camino que va de Verdun a Bar le Duc, que los franceses han bautizado con el nombre de *Via Sacra*, que guardará en la historia. Ese camino fué la salvación de Verdun y acaso de la Francia.

La vía férrea que unía a Verdun con San Mihiel había sido cortada por el ejército alemán, sólo quedaba el ferrocarril a San Menehould para aprovisionar a Verdun con municiones y soldados.

En febrero de 1916 se inició el ataque alemán con un furioso bombardeo, que les dejó caer incesantemente durante 5 días una lluvia de proyectiles y bombas incendiarias. Esa tempestad de fuego y de metralla, dirigida sobre las trincheras y los fuertes, cortó el ferrocarril de Verdun a San Menehould. La ciudad quedaba aislada; no podía recibir víveres ni refuerzos. Quedaban cortadas las comunicaciones con los fuertes y en esas condiciones, según los cálculos del Estado Mayor alemán, Verdun no podría resistir más de cuatro días.

Y el cálculo talvez se habría realizado si los franceses no hubieran tenido la idea de organizar en el camino de Verdun a Bar le Duc una cadena sin fin de tractores poderosos y abrirse de ese modo un camino rápido y seguro. Sólo muchos días después, cuando vieron que la resistencia de Verdun se prolongaba de una manera extraordinaria, se vinieron a dar cuenta de que había venido a burlar todos sus cálculos ese ferrocarril improvisado, que les permitió aprovisionar y mantener sus posiciones. Tenían, pues, razón los soldados de Verdun para llamar la Vía Sacra, a ese camino de frontera.

*
* *

Seguíamos por un valle alegre, cultivado, en que grandes cuadros verdes, de diversos tonos mostraban las diversas siembras.

Por ese mismo camino se hacía el relevo de las tropas que iban a los fuertes. Pasamos al lado de un gran cementerio militar. Los cañones que lo adornan le dan cierto aspecto guerrero a esas tumbas de soldados. Dicen que de aquí sacaron el cadáver del soldado desconocido sepultado bajo el Arco de la Estrella.

Divisamos más allá los cuarteles de aviación. Son enormes construcciones, ahora en medio de un campo cultivado.

A la izquierda, a lo lejos, divisamos los escombros de una pequeña aldea destrozada.

El camino atraviesa un barranco de orillas escarpadas, y sigue subiendo una colina. Llegamos a la altura desde donde se domina todo el valle. Abajo, en el fondo, se vé a Verdun.

Desde ahí divisamos, en el fondo de una aspera quebrada, la abertura del túnel de Tavannes. En esos momentos un tren iba hacia el túnel. Se veía ondear en el aire su largo penacho blanco, de repente, como los *gnomos* de la leyenda, desaparecía misteriosamente en la montaña.

Durante le guerra ese túnel fué utilizado como abrigo de municiones y reservas. En ese subterráneo de 1.500 metros, lo que hacía la vida más penosa era la imposibilidad de renovar el aire. Los pobres soldados tenían que vivir ahí en una atmósfera de emanaciones repugnantes.

Uno de los episodios mas crueles de la vida en ese túnel fué la explosión del depósito de granadas, que se produjo en la noche del 4 de septiembre de 1916. Fué una noche de horror, en que cayeron centenares de soldados descuartizados en una tumba sin gloria.

El camino seguía por una altura triste y desolada. Encontrábamos al paso *villas* destruidas, rodeadas de esqueletos árboles quemados. En otro tiempo eran deliciosas residencias de verano, en medio de jardines, a la sombra de esos árboles.

En el fondo, a la derecha, está el fuerte de Tavannes, a la izquierda el fuerte de Douaumont y entre los dos el fuerte de Vaux y el parque militar de Laufée.

Vamos contorneando la enorme meseta que domina la colina de la Tierra Fría—*Côte de froid Terre*—de que nos apartamos solamente para ir al fuerte de Vaux.

Pasa el camino que seguimos por las ruinas del famoso Cabaret Rouge. Ese fué el ruidoso y alegre Cabaret de los tiempos de capa y espada, en que cuentan las crónicas que se han atado y desatado tantos enredos románticos, tantas intrigas de partido y amoríos ligeros. Charny está ahí cerca, a las orillas del Meusa, con sus aventuras galantes y sus venganzas de tragedia. Pero más cerca está un gran cementerio sobre cuyas pequeñas cruces blancas se levanta la bandera de Francia.

Debajo del camino que seguimos, en la falda de la colina, hay otro camino, es el que siguieron los alemanes en 1870 para atravesar el Meusa.

Charny está en ruinas. De esa residencia histórica sólo quedan ahora tradiciones.

Siguiendo el camino derecho se va a *Cumieres*, que tiene una página original y pintoresca en la historia de la guerra. El 20 de agosto de 1917 Cumieres y su bosque fueron tomados por un regimiento de la legión extranjera, que fué al asalto cantando la alegre y traviesa canción *La Madelon*.

En la colina misma, que vamos recorriendo por el lado que ocupaba el ejército alemán, vemos el terreno entrecruzado por líneas de trincheras, fuertes alambrados en todas direcciones, líneas de cuevas y refugios, excavaciones en que se emplazaban ametralladoras y cañones; vemos ahí todo lo que ya hemos conocido en los campos de batalla y que nos ha hecho casi familiar esta excursión. Y al lado de todo eso encontramos algo nuevo. Son redes de alambre, de algunos metros de altura, sostenidas por postes de madera. En esas redes se enredaban

ramas, por el lado que daba frente al enemigo, y así se hacía el *camouflage* de un bosque. Esa cortina verde también servía para ocultar lo que pasaba en el camino.

Por ese camino ondulante y escarpado llegamos a la meseta en que se hallaba el fuerte de Vaux.

El fuerte de Vaux era una sólida y sobria construcción en que Joffré había utilizado todos los recursos del arte militar. Ese fuerte, principiado en 1880, sólo se terminó en 1911. Las construcciones que sobresalían del terreno estaban rodeadas de una muralla de piedra, revestida de cemento armado, de siete metros de espesor; ha desaparecido barrida por los obuses; un ancho foso que rodeaba esa muralla ha quedado relleno con los escombros. Para explicarnos esa destrucción inverosímil tenemos que recordar que durante días consecutivos más de 100.000 obuses cayeron todos los días sobre el fuerte.

Ahora sólo queda la parte subterránea, que cubre y oculta la colina, en cuyos costados se abren las troneras, por donde podían hacer fuego, sin asomarse, los cañones y ametralladoras.

Desde esa altura se domina el ancho y pantanoso valle del Woëvre, que sirvió de campamento a las fuerzas alemanas. Desde allí venían las tremendas olas de asalto.

En la esplanada, delante de la entrada de la fortaleza, hay tres tumbas de soldados desconocidos. Una reja de madera, una cruz, palmas y flores del campo. Eso es todo; y eso es de una majestad imponente en esa trágica esplanada, frente a la puerta de esa fortaleza. Una mujer vestida de negro arreglaba las flores de una de las tumbas.

El oficial que nos iba a mostrar la fortaleza se descubrió al pasar delante de las tumbas.

Bajamos por un pasadizo largo, pendiente, que se hundía profundamente en la colina. Llegamos a las galerías subterráneas. Las galerías son bajas, oscuras. Entramos con lámparas, una delante y otra detrás. Íbamos en grupo, marchando

difícilmente sobre un piso de maderas sueltas, que están desvencijadas. El aire es frío. Las paredes destilan humedad.

En un entrecruzamiento de varias galerías, el gufa se detiene. «Aquí,» —nos dice, —«fué el combate más encarnizado cuando entraron los alemanes en el fuerte. Se peleaba aquí con granadas de mano, con líquidos inflamables, con arma blanca. Se peleaba con un furor desesperado, en medio de una profunda obscuridad. Las lámparas se apagaron con las explosiones. Se respiraba en una humareda sofocante. Lo que más desesperaba a los franceses eran las torturas de la sed. No teníamos agua. Las explosiones produjeron una grieta en la cisterna. Por ahí se filtró el agua. Durante cerca de tres meses habíamos estado combatiendo día a día. El 10 de marzo los alemanes mandaban regimiento tras regimiento al asalto de este fuerte. Eran montañas de cadáveres. A costa de sacrificios monstruosos consiguieron rodearnos, cortar las comunicaciones. Era necesario tomar las resoluciones de un naufragio. Disminuir la guarnición del fuerte para hacer durar más las provisiones. En la noche del 3 de junio, el comandante Raynal hace salir un destacamento de 142 soldados a las órdenes de Buffet. Lograron evadirse. Al día siguiente Buffet vuelve trayendo órdenes. En la noche del 4 salen 100 hombres más. También escaparon. Estábamos incomunicados. Cuatro soldados que habían salido con comunicaciones no habían vuelto. El 5 en la tarde salió la última paloma con el último mensaje: «No podemos resistir más. Oficiales y soldados han cumplido todos su deber. Viva la Francia!» El 6 de junio hace el ejército francés un esfuerzo supremo para salvar al fuerte. El ataque fracasa. Los ataques alemanes se suceden, las olas de asalto vienen unas detrás de otras, el Kronprinz arroja rabiosamente sus reservas sobre las defensas del fuerte.

Esa masa abrumadora los hace ceder, los alemanes se apoderan de las ruinas de la estructura superior del fuerte. Los franceses defienden la entrada en los cofres de las ametralladoras y cañones. Los alemanes hacen bajar al interior del fuerte canastos de granadas de tiempo, arrojan chorros de fuego líquido y gases asfixiantes, y los soldados franceses se ven rechazados a las galerías subterráneas. Abí, durante dos días más, se prolonga aquella lucha horrible y heroica. Vaux cayó en poder de los alemanes el 8 de junio 1916. Eran los días más sombríos de la guerra, pero lo recobramos — agrega nuestro guía con un orgullo alegre — el 2 de noviembre de 1916».

Más adelante nos detuvimos delante de una puerta que daba entrada a una pequeña habitación. «En esta pieza el comandante Raynal entregó su espada. Los alemanes se la devolvieron, como un homenaje a su heroísmo».

Más allá entramos a la capilla. Es grande, tiene una bóveda alta, murallas de piedra. En el fondo hay un altar de campaña, y delante del altar arde una lámpara. Esa luz única se refleja con un brillo suave, aterciopelado, en los colores de las banderas francesas que tapizan las paredes.

—«Esas banderas son las mismas que adornaban estas paredes en los días del gran ataque. Los alemanes las respetaron. No las tocaron».

Ese respeto solemne, que inspira el heroísmo es una revelación trascendental de su carácter. Hay una majestad en ese sacrificio por la patria, en ese cumplimiento supremo del deber, que tiene el privilegio de elevar y ennoblecer por donde pasa.

*
* *

Salimos en silencio de aquella fortaleza, dominados por una de esas emociones que absorben por completo. Nadie rompía

la solemnidad de ese momento, ni siquiera para hacer un comentario.

El paisaje que domina esa meseta es de una tristeza penetrante. Una vegetación baja, de matorrales y de arbustos, se desparrama en esa tierra pantanosa, entre grandes charcos de agua.

Un velo tenue extiende su nota melancólica sobre todo ese paisaje. Son los vapores de la tierra húmeda abrazada por el sol ardoroso del verano. El sol mismo contribuye a entristecer aquella escena.

Seguimos un camino sinuoso. Por todas partes el terreno trastornado por los obuses; grandes cráteres con excavaciones profundas; quebraduras del terreno; las líneas blancas de las trincheras y las líneas oscuras en que se abren los abrigos. Por todas partes las huellas de la guerra, fosos, defensas, alambrados, un largo *camouflage* de bosque.

Ahora todo ese campo está sembrado de margaritas blancas.

Volvemos a los contornos de Froid Terre. Pasamos delante de las ruinas de la capilla de Saint Fine. Desde la altura en que se encuentran esas ruinas se domina un hermoso y accidentado panorama, que va desde el fuerte de Vaux hasta más allá del fuerte de Douaumont.

Bajando al fondo de una garganta estrecha seguimos entre los bosques de Chapitre y de Tunin.

Pasamos por el terreno que ocupaba el caserío de Vaux. No hay nada, ni siquiera rastros de la aldea. Un charco de agua llena el cráter de un obus.

Más allá el camino sigue por la orilla del estanque de Vaux. Es un paisaje hermoso, pero de una melancolía profunda, desolada, de una tristeza que llega al alma. Es uno de esos paisajes sombríos, desolados, que pintaba Urjel.

Habíamos caminado de prisa. Nos encontramos con un cartel, clavado en un palo, que indica el sitio en que estaba la

aldea de Fleury. No hay ruinas. No hay nada. El sitio en que estuvo la población es ahora un terreno ferozmente escarbado por la guerra, y todo está cubierto de flores silvestres. Fleury ya ha sido borrado oficialmente del mapa de la Francia.

Al salir del vallecito, sobre una colina suave, encontramos recostado el cementerio de Fleury. Es un inmenso y triste campo santo. Sobre un mástil la bandera francesa. El viento, con un ritmo lento, la despliega y la deja caer.

El camión sigue subiendo la colina en cuyo extremo se encuentra el fuerte de Douaumont.

Desde ahí se domina toda la región, y la entrada de las quebradas, que son la llave de esos campos de batalla.

Pasamos por el reducto de Thiaumont, que fué el teatro de combates tan encarnizados. Ahora apenas quedan los escombros.

Ese reducto cambió diez y seis veces de mano en el espacio de quince días.

Sobre esa tierra sacudida y revuelta por las balas, destrozada por la explosión de los obuses, en que es difícil andar, encontramos suspendido en un poste un gran cartel: «Pasajero! Saluda con respeto esta tierra en que han muerto tantos hombres defendiendo su patria.»

Cerca de las ruinas de ese reducto y de ese cartel de la evocación conmovedora, se levanta, solemnemente, un pórtico de piedra blanca, en que está escrito con letras de oro: «*A la mémoire des soldats français qui dorment debout, le fusil en main, dans l'intérieur de cette tranchée, leurs frères de l'Amérique.*»

Una pequeña plancha recuerda que ese pórtico es una ofrenda de C. F. Ran, de Chicago.

Unos cuantos pasos más allá del pórtico se alza el monumento, sencillo y grandioso. Es un monumento romano, sobrio y severo. Gruesas columnas cuadradas sostienen un techo de granito, que cubre casi toda la trinchera. Una gran cruz de

piebra aparece aplicada sobre el frente de esa construcción severa. Debajo, el terreno de la trinchera está como quedó después de la batalla, asomando en doble fila todas las bayonetas de una compañía. Los soldados quedaron ahí enterrados vivos.

Desgraciadamente la trinchera hacía un ángulo, y un lado pequeño del ángulo ha quedado fuera del monumento. La unidad de la construcción artística imponía ese penoso sacrificio.

Un monumento de madera, improvisado sobre el campo de batalla señalaba antes el sitio de una de las escenas más conmovedoras de esta guerra.

El abate Polymann, director de una institución en Bar-le-Duc, era el subteniente que mandaba la trinchera el día de la acción.

En una relación, que ha publicado hace poco en el *Echo de Paris*, decía el abate Polymann, sencillamente:

«Era el día de Pentecostés, 11 de junio de 1916. El regimiento 137 tenía en primera línea dos batallones sostenidos por dos compañías de ametralladoras. Mi sección estaba colocada en punta avanzada, a algunos metros solamente de la granja de Thiaumont. El bombardeo enemigo era furioso. Se presentía un ataque. La consigna era sencilla: «Resistir sin moverse.» *Resister sur place.*

«En la tarde, hacia las 5, recibí del coronel la orden de tomar el mando de la 3.^a compañía. Fueron los *poilus* de esa unidad los que defendieron la *tranchée des baïonnettes*.

«El ataque esperado se produjo al despuntar el alba del 12 de junio. En el curso de ese día tres nuevos ataques, que partían de Douaumont, vinieron a estrellarse contra la trinchera de las bayonetas.

«El círculo de los enemigos se estrechaba; los defensores debían abandonar toda esperanza de aprovisionamiento; el aislamiento era completo. Entretanto, una patrulla alemana

» avanzó, cubriéndose con líquidos inflamados. Los intrépidos
» soldados del 137 los rechazaron, consiguiendo hacerles 12
» prisioneros.

«El 13 en la mañana, viendo el subteniente que los enemigos se movían cerca del fuerte de Douaumont, pidió por señales un tiro a la artillería francesa; lo obtuvo.

«La trinchera quedó entonces batida, en direcciones opuestas, por la artillería francesa y la alemana. Los soldados aguardaron inmóviles la orden de saltar de la trinchera sobre los que vinieran a atacarlos, como era su consigna, y quedaron sepultados inmóviles, en fila, dando un heroico cumplimiento a las más severas exigencias de la disciplina militar».

*
* *

Después de contemplar largamente ese monumento, que atrae con una emoción tan penetrante y tan honda, nos dirigimos silenciosos al osario de Thiaumont.

Es una construcción sin pretensiones, de madera, toda lisa, de una sobria sencillez. Una sala clara, luminosa, grandes ventanas, las paredes blancas adornadas con banderas. A los lados filas de ataúdes, colocados unos sobre otros, numerados por secciones. Son los restos que no se han podido identificar.

En el fondo del salón hay un altar con un gran crucificado. Es el símbolo del sacrificio generoso.

Era numeroso el grupo de los viajeros ese día. Algunos franceses, algunos ingleses, muchos americanos.

El capellán del osario salió a recibirnos y con un acento conmovido nos dijo: «En este frente han caído 400,000 franceses, la tercera parte de todos los que hemos perdido en toda la guerra. Según cálculos aproximativos 300,000 no podrán ser jamás reclamados por sus familias. Para esos cuerpos no

identificados nos proponemos construir un osario en el inmenso campo de batalla. Las osamentas no quedarán mezcladas, como en la generalidad de los osarios existentes, sino reunidas, según los sectores en que se han encontrado, en unas 50 tumbas diferentes. Esta disposición permitirá a los que lloran un muerto, si saben donde ha caído, arrodillarse delante de una tumba con la esperanza de que sus restos estén ahí.

«Apelamos a todos los franceses, a los padres, a las madres, a las viudas, a los huérfanos. Los cuerpos de los defensores de Verdun no pueden quedar sin sepultura!

«De todo el país, de las colonias, del extranjero, ya nos han llegado en algunos meses centenares de miles de francos. Hasta nuestras regiones devastadas han querido enviar su óbolo; en la población de Dormans, que está en ruinas y que es objeto ella misma de una subscripción, se han recogido cerca de 600 francos, franco por franco, entre los habitantes despojados.

«Conocemos demasiado la generosidad del pueblo francés y su fidelidad al culto de los muertos, para dudar de su apoyo en esta gran obra de piedad nacional, a que benévola y generosamente han querido asociarse personas venidas de todos los pueblos de la tierra».

Esas palabras encontraron un eco en el corazón de una mujer chilena, abierto siempre a todas las nobles simpatías. La vi acercarse, llevando su ofrenda generosa, y después he visto entre sus manos un diploma de agradecimiento, firmado por el Mariscal Petain.

Los despojos de muchos chilenos van a encontrar su sepultura en esa tumba. Entre los que cayeron en el frente de Verdun voy a recordar a los hermanos Goyenèche, cuyos nombres hace figurar Levy en su libro sobre los *Héroes de la guerra* y cuyas *citaciones* han sido colocadas por Bordeau entre las más hermosas del ejército francés.

Esas citaciones dicen textualmente:

I.

CITATION À L'ORDRE DE L'ARMÉE.

Croix de guerre avec palmes.

Médaille militaire posthume.

» de Goyenèche Jules, soldat de 2^{ème} classe du 123^{ème} d'Infanterie.

» Originaire du Chili, venu volontairement en France avec son frère Georges dès le début des hostilités; évacué pour maladie grave contractée au front, il refuse de se laisser proposer pour la réforme et revient à son régiment à peine guéri.

» Continue à se faire remarquer par sa bravoure: le 7 Mai 1916 devant Verdun, au moment où les allemands tentent d'aborder nos lignes il constate l'allongement du tir et crie à ses camarades: «Attention, ils allongent le tir» puis se dressant sur la tranchée voit l'Infanterie ennemie en marche et crie: «Aux armes, les voilà.»

» Il est à ce moment tué par un obus, mais ses camarades prévenus, garnissent à temps la tranchée et l'attaque échoue.»

II.

CITATION À L'ORDRE DE L'ARMÉE.

Croix de guerre avec palmes.

Médaille militaire posthume.

» Caporal de Goyenèche Georges du 123^{ème} d'Infanterie. De la classe 1905, originaire du Chili, s'est embarqué pour la France à ses frais aussitôt la guerre déclarée pour contracter un engagement volontaire.

«Au front depuis Novembre 1914 s'est toujours fait remarquer par ses sentiment's élevés et sa belle conduite au feu.

«Le 7 Mai 1916 devant Verdun, après avoir eu son frère tué à ses côtés par un obus et avoir été lui-même grièvement blessé à la tête il continua à participer à la défense et refusa d'aller se faire panser, disant: «Mon frère et moi sommes venus du Chili, pour défendre la France; mon frère y laisse la vie; dussé-je y laisser la mienne je resterai à mon poste d'honneur jusqu' au bout.»

«Son état empirant il fut malgré lui transporté au poste de secours puis évacué.»

Y ahí murió defendiendo la patria de sus padres.

Mientras visitábamos el osario sentimos fuertes detonaciones. Creí que serían disparos en honor del 4 de julio, del día de la Independencia Americana. Después supe que eran bombas que se hacían estallar. Se encuentran todavía por todos esos campos bombas que no han explotado, y que han hecho muchas víctimas entre los visitantes imprudentes, que han querido llevarlas como recuerdo.

Al frente del osario está la tumba del general Ancelin, sencillo monumento militar. Una cruz de mármol blanco de que cuelga una banderola con su espada. En una pequeña plancha negra se lee el nombre de Ancelin.

*
* *

Seguimos por la Quebrada de la Dama—*Le ravin de la dame*—que ahora llaman la quebrada de «La Muerte», por los estragos que ha hecho la guerra en ese sitio. La quebrada es honda, las dos laderas están cubiertas de alambrados, y detrás asoman sus bocas oscuras los refugios, llenos de amenazas. Ese largo desfiladero tiene un aspecto siniestro.

Saliendo, vemos en el valle las ruinas de una aldea, y escalando la colina nos dirigimos al fuerte de Douaumont.

El sitio en que está colocado es por sí solo formidable. Es un espolón que avanza sobre una altura muy considerable y tiene a sus pies dos quebradas largas y profundas, que le sirven de resguardo. Desde esa altura se dominan hasta una gran distancia los campos pantanosos del Wœvre, cubiertos de altos matorrales, que permitían disimular sus movimientos a las tropas alemanas.

En la cresta de la colina, en medio de un paisaje horrible de los cráteres, encontramos un manto de muralla pegada al cerro. En ese muro se abre un enorme portalón. Se ve que ha sido maltratada por las balas. Un trozo de la muralla ha caído derribado y por esa ancha herida asoma el cerro. Ese es el fuerte de Douaumont. No hay nada visible; todo está oculto a una gran profundidad.

Hay que bajar a esas largas galerías subterráneas, recorrer durante horas, esas catacumbas siniestras, para formarse idea del secreto de la formidable resistencia de esa fortaleza. De esas galerías se desprenden caminos excavados, que llevan a los cofres de cañones y nidos de ametralladoras escondidas detrás de las trincheras que rodean la colina.

En esas galerías de Douaumont, por un contraste de que no podemos darnos cuenta, en vez del frío que habíamos sentido en otros fuertes, se sentía un calor sofocante. El aire era pesado en esas galerías, y se comprende que cuando había grandes acumulaciones de soldados fuera necesario abrir tubos de oxígeno para hacerlo respirable.

Resaltan los inconvenientes y penalidades de la vida militar en esa fortaleza, pero resalta también la seguridad que debían inspirar esas galerías, que su profundidad hacía completamente inaccesible a la más poderosa artillería.

Y sin embargo, esa fortaleza fué ocupada sin disparar un tiro a eso de las 4 de la tarde del 25 de febrero de 1916, por una sección del regimiento 24 de infantería alemana. Los ale-

manes se introdujeron por sorpresa, disfrazados con uniformes de franceses. Todavía un velo de misterio envuelve la extraordinaria captura de ese fuerte, que permaneció en manos del ejército alemán hasta la noche del 24 de octubre, en que después de un esfuerzo extraordinario, consiguió el general Mangin recuperarlo.

Durante todos esos meses del año 16, en que los alemanes ocuparon a Douaumont, tuvo que sentir Verdun penosamente las consecuencias de esa ocupación.

Después de una excursión, en que hemos caminado largas horas por esas galerías oscuras, húmedas, de paredes salitrosas, en que el pecho y el espíritu se sienten oprimidos; después de visitar las habitaciones, los depósitos y las instalaciones principales de esa enorme fortaleza, se experimenta una sensación de alivio volviendo a respirar el aire libre; es como el despertar de una angustiada pesadilla.



Saliendo del fuerte vemos abajo, en la falda de la colina, las ruinas de una aldea, los escombros del villorrio de Douaumont; más allá un bosque incendiado, y después un enorme cementerio militar.

Vamos de prisa por el camino que nos lleva a Bras. A un lado, abajo, en el llano, se vé un hacinamiento de ruedas, ferretería, trozos de wagones; son los restos de un tren hecho pedazos.

—*Le train Sauveur!* El tren salvador—ahí venían los zua-
vos. Acababan de bajar, cuando un avión hizo saltar el tren.

Al otro lado de la quebrada veíamos una serie de puntos negros, son las aberturas de las Canteras de Haudromont; otra fortaleza enorme. Son excavaciones de 300 metros de largo, 60 de ancho y 20 de altura. Hay dos pisos de excavaciones de las

mismas proporciones. Con muy poco arreglo esas canteras se transformaron en una fortaleza.

La lucha al rededor de ese fuerte ha sido formidable. El campo en todo ese contorno semeja las olas de un mar muerto, de un mar inmovilizado en plena tempestad.

Atravesamos las ruinas de Bras. No queda nada de la aldea. Sólo se ven los escombros del viejo campanario, restos de cierta grandeza, y el recuerdo de uno de los episodios más extraordinarios de la guerra: la sorpresa de la aldea y de la colina du Poivre, transformada por los alemanes en una fortaleza. La sorpresa fué completa. La aldea fué tomada en 10 minutos y la colina en 7 minutos, en un solo ataque, el 15 de diciembre de 1916.

Seguimos caminando por un paisaje severo, noble.

Más allá están las ruinas de otra aldea, al lado del camino. Vacherauville, completamente destruido.

El camino subía. A la derecha, en una hondonada, divisamos al fondo una colina, cubierta con los restos de trincheras alemanas.

Luego encontramos los restos de Samogneux. La aldea ha sido arrasada.

El camino sinuoso sigue por un llano suave. Pasamos al lado de Bravant, las casas de la antigua aldea desaparecieron. Ahora hay casas de madera; hay barracas; la triste aldea improvisada; sin recuerdos, pero llena de esperanzas.

Al lado de la aldea, un cementerio militar. Cerca de mil franceses han sido enterrados en ese cementerio. En casi todas las cruces está escrito lo mismo *Français inconnu*—francés desconocido. ¡Ese desconocido ha muerto defendiendo su patria!

Nos vamos acercando al canal del Este. El paisaje es de una deliciosa suavidad de líneas y colores. Lo baña el sol de verano, un sol radiante. Sólo se ven nubes desparramadas en

el cielo. Y, sin embargo, todo parece envuelto en un velo gris, un velo vaporoso, que apaga delicadamente los colores.

Encontramos una aldea que debió ser muy pintoresca. La iglesia, que ha escapado muy bien, se yergue con cierta frescura graciosa en medio de casas en escombros.

Las orillas del Meusa, bajas, con espesos matorrales; cubiertas de un pasto verde, aterciopelado; bañadas por un sol ardiente de verano, tienen una languidez voluptuosa y soñadora.

Llegamos a la orilla del río, a un puente alemán, puente improvisado para las necesidades de la guerra. Pasamos el puente. Al otro lado el camino sube. Vemos a la izquierda emplazamientos de baterías alemanas, y al frente sube atrevido, derecho, el sombrío y lúgubre picazo de *Montfaucon*.

Atravesamos las ruinas de Cousonvoye. Frente a la aldea un hermoso puente atravesaba el Meusa. Después de su retirada de Charleroi los franceses lo hicieron volar para detener la persecución del enemigo. Pasamos por el puente provisorio que dejaron los alemanes después de la segunda derrota del Marne.

Vemos el monumento que conmemora el paso de los americanos por el Meusa el 1.º de noviembre de 1918. Es una columna cuadrada, de mármol blanco en la parte inferior, y negro en su parte superior, sobre una losa plana, cuadrada, de concreto. Una plancha tiene la leyenda conmemorativa. El efecto es modesto y solemne.

Vimos en el camino los restos de cañones de gran calibre, destruidos por la artillería francesa. Pasamos por las orillas de un bosque y llegamos a Gercoart.

La aldea ha sido destruida. Las casas están en escombros; la iglesia era un monumento de la arquitectura de la Edad Media, de estilo romano, de proporciones enormes para la población que la rodeaba. Resalta en este monumento esa previsión lejana de los arquitectos medioevales. No construían

para las necesidades del momento sino para las de un remoto porvenir. Tenían un horizonte más dilatado, que lo engrandecía todo.

De esa iglesia ha quedado lo bastante para que nos podamos formar de ella una idea que nos hace lamentar más su destrucción.

Era indudablemente una hermosa iglesia, aún cuando no fuera tanto como las ruinas imponentes de la iglesia de Cuisy que distan apenas unas millas.

Seguía al camino recorriendo esas campiñas del Meusa, que ya han sido de nuevo entregadas al cultivo. Son tierras feraces en que se espera una cosecha muy abundante para este año. En esos campos y a los lados del camino, solo han quedado pocos árboles, esparcidos a largos y desiguales intervalos.

A medida que nos acercamos a los cerros van desapareciendo los sembrados. El terreno no ha sido reparado y conserva todavía ese aspecto desolado de los campos de batalla: restos de trincheras y despojos del combate.

Seguimos por un camino de montaña que nos lleva a Montfaucon.



Llegamos a sus ruinas.

El aspecto de esas ruinas es impresionante. La aldea estaba prendida en esa cima escarpada y solitaria como un nido de águilas. Toda la vieja población era de piedra, para poder resistir las tempestades y las variaciones violentas de las cumbres. Estaba ahí como un centinela que domina todas las colinas del Meusa hasta Vauquois.

La población se había desarrollado alrededor de un antiguo monasterio cuyo origen se hacía remontar al siglo VI. Al pie de Montfaucon infligió el conde Eudes una derrota abruma-

dora a los normandos en el siglo IX. En Montfaucon construyó una fortaleza Godofredo de Bouillon en el siglo XI. Por las calles de Montfaucon pasaron los flagelantes en el siglo XIV, que iban en procesión, azotándose mutuamente en señal de penitencia. Durante la guerra de cien años Montfaucon fué varias veces saqueado por bandidos, por lo que Carlos V autorizó la construcción de una muralla, que defendiera la ciudad. En las guerras de religión, Enrique IV entró a viva fuerza en Montfaucon e hizo pagar a la ciudad la resistencia arrasándole el castillo. La guerra volvió un siglo después a pasar por las calles de Montfaucon, destruyendo todo lo que encontraba en su camino. En toda la población solo una casa quedó en pie. En esa larga historia Montfaucon se ha levantado de sus ruinas varias veces.

Después de la derrota del Marne en 1914, el Kronprinz tuvo su cuartel general en Montfaucon hasta que se trasladó a Stenay.

A la entrada de la aldea visitamos el observatorio del Kronprinz.

Antes de la guerra era una valiosa construcción, rodeada de jardines, una reja elegante la separaba de la calle. Vivía ahí tranquilamente su antiguo propietario, instalado con holgura. Concluida la guerra, su casa estaba destruida, inhabitable; su campo estaba arruinado; sus muebles, todo lo que tenía había desaparecido. Solo le quedaba un hijo y la resolución de reparar con el trabajo esos desastres. Vuelve aquel pobre hombre valientemente a su tarea. Principia junto con su hijo a reconstruir su tierra, a rellenar los hoyos, quitar los alambrados, borrar los fosos y dejar el suelo preparado para hacer cultivos.

Desgraciadamente, su hijo encuentra en el campo una granada que no ha explotado; la toma; revienta y lo mata. La ayuda de su hijo era la última esperanza de ese pobre hombre. Lo perdió todo, hasta la razón. Ha quedado en una especie de

hebetud, de atontamiento. Ahora muestra su casa, exhibe su desgracia, vende la fotografía de las ruinas, recibe *pour boire* de los viajeros. Es todo el consuelo que le queda en su miseria.

Desde esa casa se divisa un contorno de 30 kilómetros. En el interior el Kronprinz hizo instalar un periscopio. Es una sólida construcción de cemento armado; para hacerla ha habido que perforar el piso y el techo del segundo piso. Con esa construcción quedó la casa transformada en un observatorio cómodo y seguro.

Le hizo también el Kronprinz abrir un subterráneo de más de 400 metros de largo. Pasa por debajo de la iglesia y llega hasta el cementerio, donde la puerta de una tumba le sirve de salida.



En medio de esas ruinas se ha instalado alegremente un restaurant. Los visitantes de esas ruinas le dan vida. El propietario es un joven simpático, con un buen humor muy francés, que perdió en la guerra sus dos piernas y anda ahora con piernas artificiales con una increíble actividad.

Delante de un pabellón de madera que servía de comedor, hay un gran patio desnudo, con una glorieta en que las enredaderas principian a extender sus ramas. En la puerta de la glorieta estaba colgado un zapato enorme, con clavos fuertes, encontrado en una de las trincheras alemanas. Mostrar ese zapato deforme es la venganza alegre de ese mutilado de la guerra.

«Número 53 alargado!»—me dice con una sonrisa picante, mostrándome el zapato.

De la iglesia sólo queda un grupo de arcos. Debió ser grande y hermosa, a juzgar por esas ruinas. También fué arreglada para servir al Kronprinz de observatorio militar. Vimos en el piso la abertura que lleva al subterráneo que pasa debajo de la iglesia.

La esfera del reloj, que cayó al suelo cuando derribaron la torre, servía como escudo en un puesto de ametralladoras.

Fuimos a visitar el cementerio viejo de la aldea. Es grande y nos sorprende encontrar en ese cementerio tantos valiosos monumentos fúnebres. En ese picacho agreste y solitario eso nos demuestra un pasado largo y noble. Desgraciadamente casi todos esos monumentos han sido despedazados por las balas. Sólo pude anotar la inscripción de una lápida «*Çi git tres honorable et discret personne, nom Sebastien Maillard, natif de Touraine, le quel decedé a 80 ans est mort 1645.*»

Uno de los monumentos fúnebres es una capillita de piedra. Le han sacado los cadáveres que ocupaban los nichos, y por la puerta de esa capillita bajamos al subterráneo que va al observatorio del Kronprinz. Todo el cementerio ha sido transformado en un observatorio. Hay en toda esa profanación repelente de las tumbas no se qué reminiscencia macabra de las leyendas fantásticas de Hoffmann.

Entre la iglesia y el cementerio hay una casita en ruinas. En un rincón del piso, vimos abierta una entrada por donde se bajaba a la bodega. Esa casita tiene su historia.

En los días del bombardeo alemán de Montfaucon dos viejecitos, Larache, fueron aterrados a refugiarse a esa bodega. Los vecinos los vieron desaparecer y nadie supo más de ellos. Pasaron los años, vino el armisticio. Y una sobrina, que no los había olvidado, vino a Montfaucon a averiguar qué era de los viejecitos. Supo la manera cómo habían desaparecido. Creyó que estarían debajo de los escombros de su casa. Los encontró en la bodega. El viejecito tenía en la mano un saco de cuero con 350,000 francos en oro. ¡Cuántas veces el camino de un afecto cariñoso ha llevado a una herencia inesperada!



Atravesamos ahora un campo abierto que tiene la tristeza de las tierras desnudas. No hay árboles, sólo se ven troncos, aserrados a la misma altura.

Al lado del camino una aldea en ruinas.

En una vuelta del camino nos encontramos delante del cementerio norteamericano de Romagne. Es un espectáculo impresionante. Veinticinco mil tumbas han sido cavadas en ese cementerio. Es de una sencillez grandiosa.

Se ven ahí filas interminables de cruces blancas, rodeadas por una ancha faja verde. En esa faja se lee, al frente, en grandes letras de flores, *Argonne Cemetery*. Delante de ese letrero hay una gran estrella de flores.

En el fondo del cementerio se levanta, a media asta, la bandera norteamericana.

La única decoración del cementerio son cañones, colocados en los ángulos, a los lados de la bandera, a la entrada, frente a la estrella. El gran adorno de esas tumbas es el cuidado, es la limpieza esmerada, es la nitidez de todos los detalles. Son las coronas de flores, que manos cariñosas están constantemente renovando al pie de esas cruces de madera.

Es conmovedora esa manifestación de los recuerdos. Hay una corriente incesante de viajeros, que vienen de Estados Unidos a visitar los 800 cementerios militares de los norteamericanos en estos campos de batalla. Aquí cerca hay un hotel para alojar 20 pasajeros, y en lugares vecinos van a abrir otros hoteles.

Atravesamos por las ruinas de Romagne. Todas las casas han sido derribadas. Una población numerosa vive ahora en casas improvisadas de madera. El caserío está hoy empavensado con banderas norteamericanas. Festeja el 4 de julio.

Divisamos a lo lejos, en la altura, la silueta sombría de Montfaucon.

Sigue el camino al través de grandes sembrados. Sopla en el llano un viento frío. El aire es húmedo. En el horizonte cerros bajos, cubiertos con un follaje obscuro.

El camino baja al lado de una aldea y luego sube a un llano ancho, cultivado, que nos lleva otra vez al pueblo de Varennes, que habíamos visitado anteriormente, y que ha popularizado la captura del desgraciado Luis XVI.

Recorrimos ahora las ruinas de las viejas murallas que rodeaban la ciudad, los torreones cubiertos de musgo, con esa vegetación tenaz y firme de las ruinas.

Los antiguos edificios de piedra, que daban a esta población un carácter medioeval tan acentuado, están todos por los suelos. Ahora se vive en barracas y casas de madera.

Al pasar vemos un grupo alegre de muchachos que salen corriendo a jugar en el patio de la escuela. La escuela es una barraca de madera, cubierta con zinc acanalado.

Cerca de esa escuela, en un manto de muralla, leo un letrero con caracteres alemanes: *Unbefungen*.

Volvemos a pasar sobre el antiguo puente de piedra. Nos detenemos un momento delante de las ruinas de la iglesia, atraídos por las columnas tan elegantes, tan finas, que adornan el pórtico.

*
* *

Nos dirigimos hacia el bosque del Argonne. Por un momento la guerra desaparece en ese campo ancho, plano, entrecortado por quebradas pintorescas, en que extienden los helechos sus ramas delicadas. A lo largo del camino vamos encontrando casas de campo, grandes parques, sombreadas residencias de verano,

Llegamos al bosque de la Gruerie, que ha sido uno de los sectores más agitados de la guerra. Desde septiembre de 1914 hasta fines de 1915 ahí se ha peleado sin cesar, constantemente. Los combates se sucedían unos a otros en una serie interminable. Las posiciones cambiaban de dueño con una rapidez desesperante. Ya los soldados alemanes se resistían abiertamente a ir al asalto de posiciones que no podían conservar; se necesitaba la doble embriaguez del éter y el alcohol para lanzarlos al combate.

Por todas partes cortan el terreno hermosísimas quebradas, sinuosas y sombreadas, cubiertas de una vegetación de un verde fresco y delicado.

Estuvimos en la *Fontaine aux Charmes*—que es realmente la fuente del encanto—estuvimos también en *Bagatelle*—que es un caserío delicioso y ligero. Entre esos dos puntos va un camino al borde de un riachuelo, en la hondonada de dos colinas, que bajan suavemente. Ese camino delicioso lleva ahora a un cementerio.

En el corazón de ese bosque del Argonne está también el Four de París que durante tanto tiempo ha figurado en los telegramas de la guerra.

Era una pequeña aldea, industrial.

Su historia durante la guerra es una monótona y tremenda repetición de ataques y contraataques incesantes. Entre esos sangrientos episodios hay uno que tiene cierto interés romántico.

El 26 de diciembre de 1914 un batallón de garibaldinos iba en una de esas quebradas al asalto de las trincheras alemanas. Desde la media noche hasta el amanecer la artillería había estado preparando el terreno del ataque. Al amanecer los soldados italianos se arrojaron valerosamente sobre la trinchera que defendía un alambrado formidable. Un grupo de soldados consiguió abrirse camino, entre ellos un nieto del

efervescente y glorioso Garibaldi: el subteniente Bruno Garibaldi, que iba a la cabeza de los soldados. Herido en una mano, en medio de la acción, volvió a vendarse en la trinchera y en seguida a ocupar su puesto de honor en el combate. Volvió a ser herido por una bala y continuó dando ejemplo de coraje a sus soldados. Otra bala lo echó a tierra moribundo. Al caer besó a un soldado herido, diciéndole: «Besa a mis hermanos en mi nombre!»

Sus compañeros de armas juraron hacerle sangrientos funerales. En pocos días cavaron tres minas debajo de la trinchera en que había muerto Garibaldi. Tres minas enormes, con 6.000 libras de explosivos. En la mañana del 5 de enero las hicieron explotar, una tras otra, y se lanzaron con una impetuosidad tan violenta que llegaron en un sólo ataque hasta la tercera línea de las posiciones alemanas. En ese ataque hicieron un gran número de prisioneros y tomaron una bandera del regimiento Pomerania. Fué una curiosa coincidencia: Ricciotti Garibaldi—padre de Bruno—en la guerra de 1870 había tomado otra bandera del mismo regimiento Pomerania.

En esas quebradas del Argonne tuvo también un fin glorioso otro hermano de Bruno, Constante Garibaldi. Ese regimiento garibaldino tenía un hijo adoptivo; era un muchacho de 12 años, Gastón Huet, que había peleado en sus filas como un hombre, llamando la atención con su valor sereno.

El hijo del regimiento también murió en esas quebradas.

Four de Paris es una ruina. No hay nada en el sitio de la antigua población.

Saliendo del camino real vamos a pie hacia el corazón del bosque; llegamos luego a un pasadizo de más de un metro de ancho, con el piso cómodamente cubierto con trozos de madera, para evitar el barro y la humedad, y los lados protegidos con líneas de alambrados. Ese camino velado por el follaje de los árboles lleva a la cima de una colina, a cuyos pies se cruzan dos

barrancas escarpadas. Ese sitio escondido es, en los días ardientes de verano, de una sombra y una frescura deliciosa. Ahí encontramos una construcción sólida de cemento armado, con cierta pretensión de arquitectura en su fachada; dentro habitaciones cómodas, un cuarto de baño con un friso y el piso de mosaico; paredes revestidas de madera; grandes chimeneas; subterráneos que iban a abrirse lejos en el bosque; luz eléctrica para alumbrar la casa y sus contornos.

En una pequeña esplanada, al borde de la quebrada, al rededor del tronco de un árbol, se había arreglado un banco rústico para sentarse a fumar al aire libre. Esa pintoresca y tranquila residencia veraniega fué la que ocupó el Kronprinz hasta que los acontecimientos de la guerra lo obligaron a buscar otra instalación en Stenay.

Otra casita con los mismos refinamientos era la que ocupaba el príncipe de Baviera, cuando hacía junto con el heredero del trono de Alemania la guerra «fresca y alegre», esa guerra de las comodidades elegantes, que hace recordar la *guerre en dentelles*, la guerra en encajes de otros tiempos.

Después de esa excursión por el interior del bosque del Argonne volvimos al camino real, para encontrarnos luego otra vez bajo el follaje espeso del bosque de Harazée, que se encuentra tristemente colocado entre dos grandes cementerios.

Sigue el camino por la falda de colinas que eran boscosas, y en que ahora sólo se ven, de tarde en tarde, troncos de árboles mutilados por las balas.

Nuestro camino nos lleva otra vez a visitar Vienne le Chateau, por donde habíamos pasado anteriormente. Vamos por la parte baja de la antigua población. Sobre sus ruinas, en esta parte, se levantan pequeñas casas de madera. Encontramos frente a la gran plaza del pueblo una iglesia, que data del siglo XVI, y la Casa Consistorial—*Hotel de Ville*—que han sufrido poco.

En la plaza hay una concurrencia muy considerable. Es día de feria. Se siente la música de una murga. Se ve la animación alegre de la venta al aire libre. Pasamos por en medio de la algarazara y la gritería ruidosa de esa feria.

El camino sigue por la falda de una colina. Abajo se extiende una gran campiña cultivada, que cierra a lo lejos una línea boscosa.

Pasamos al lado de un largo *camouflage* alambrado. Atravesamos un bosque y salimos a un campo en que hay grandes sembrados.

En medio de ese valle está Tilloy. Es una pequeña población, coqueta, alegre y sana. La guerra no la ha tocado seriamente al pasar a su lado.

Tampoco ha sufrido mucho Raivorieu, que es un pintoresco caserío en medio de una gran llanura de campos cultivados.

En una vuelta del camino nos encontramos en uno de los rincones más hermosos de toda esta excursión. Era un paisaje de una sencilla y conmovedora poesía. Un camino, un canal y la rueda de un molino, son los elementos que forman ese conjunto delicioso.

Más allá pasamos por una población sin carácter. Y después llegamos a l'Epine.

L'Epine, es una población que tiene todo el aire de una gran aldea, a pesar de su famosa iglesia, a que venían en otro tiempo grandes peregrinaciones religiosas.

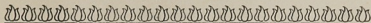
Delante de la iglesia hay una enorme plaza en que tenían lugar las procesiones y grandes festividades religiosas. De todo ese pasado solo quedan dos enormes estanques, que se levantan a cierta altura, y un grupo de árboles muy viejos que dan sombra todavía a un rincón de aquella plaza. El piso es el suelo desnudo, apenas emparejado y cubierto con un ripio grueso.

El camino real cruza por la plaza.

Fuimos a visitar la iglesia. El interior de sus altas naves desborda de riqueza arquitectónica. La decoración es suntuosa. Los *ex-votos* cubren las murallas, recordando los favores que en otro tiempo el culto de esa iglesia concedía a sus devotos. Ahora, sobre el esplendor y los recuerdos de esa iglesia ha caído una capa de tierra, ese manto en que se envuelve tristemente todo lo que ha sido abandonado.

Al salir de la iglesia daba la hora el reloj del campanario. Me llamó la atención la sonoridad suave y profunda de esas notas, que seguían vibrando en el aire y me hacían recordar las campanadas de St. Germain.

L'Epine está muy cerca de Chalons a donde llegamos cuando ya la tarde iba a caer. Desde lejos se divisaba la flecha esbelta de su iglesia.



IV

DE CHALONS A PARIS.

A TRAVESAMOS el Marne pasando por un viejo puente de piedra.

Al entrar en las calles estrechas, sombrías y tortuosas de Chalons se experimenta esa sensación indefinible que producen las antiguas poblaciones, que han tenido en la historia un pasado dramático y lejano.

La vieja historia de Carlos Martel y de los Hunos se enlazaba en nuestros recuerdos con el nombre de Chalons. En esos campos las hordas de Atila habían sido vencidas. Hasta ahí habían alcanzado las invasiones de los bárbaros.

Debajo del gran puente que acabábamos de atravesar, ruedan risueñas, anchas, verdosas, las aguas del Marne. En las aguas de ese mismo río habían bebido los caballos salvajes de los hunos, y después las aguas de ese mismo río habían arrastrado sus cadáveres al mar.

Esa atmósfera de las viejas tradiciones flotaba en el aire de aquel pueblo de las calles sombrías.

Aprovechando el largo crepúsculo de esa tarde de verano, fuimos a recorrer el parque de Chalons, que es uno de los jardines más hermosos de la Francia.

En todos los detalles se deja ver en ese parque una mano cuidadosa. Los árboles, el pavimento, los bancos, las fuentes, todo manifiesta una administración vigilante y esmerada.

Se siente en todo ese servicio público la dirección de una autoridad y una organización inteligentes.

Hasta entrada la noche una gran concurrencia pasea por las anchas avenidas y los jardines de ese parque, gozando de ese aire fresco y suave que embalsaman las flores.

Había entrado ya la noche cuando fuimos a la plaza de Chalons. Es de una forma rara. Es semicircular. Había gran iluminación en el centro y los contornos de la plaza.

Todo el centro estaba ocupado por las carpas, las barracas y las tiendas improvisadas de una feria. Un público numeroso, alegre, lleno de bulla, en que se mezclan artesanos, clase media, chiquillos que van al carrousel, muchachas que van a buscar adornos baratos, gente que empuja la pobreza y todos los buscadores de ocasiones. El espectáculo de esa masa humana es pintoresco, animado, lleno de espontaneidad y de vida.

Alrededor de la plaza, en las terrazas de los cafés, está el público de gran tono, en su eterna *pose*, con sus aires de importancia, sus actitudes de indiferencia desdeñosa.

Hace el efecto de un contraste extraño ese espectáculo tan animado y tan vivaz de aquella plaza en medio de esa población silenciosa y sombría.



Temprano. Mañana de julio—5 de julio—salimos a recorrer la población.

Al frente del hotel vamos por una callejuela estrecha, curiosamente pavimentada. En el medio de la calzada hay un caminito adoquinado; a los lados y en las veredas, piedra tosca, piedra de río. Las gradas de piedra delante de las puertas avanzan hasta más de la mitad de la vereda, y a veces la ocupan por completo.

Esas calles estrechas, tortuosas, con murallas de piedra y edificios altos; esas calles silenciosas, sombrías, en que el tiempo

ha estampado su sello formidable, hablan a la imaginación en el lenguaje fascinador y misterioso de las antiguas leyendas.

La callejuela subía hacia un costado de la Catedral, que tenía delante un jardín.

Al lado del pórtico lateral de la iglesia hay un hermoso grupo de bronce: una mujer alada, que representa la gloria, lleva un soldado muerto entre sus brazos. Ese monumento fúnebre y glorioso responde muy bien al sentimiento de una época y al sitio en que se encuentra.

El pórtico lateral es de un estilo gótico severo. En la iglesia encontramos al entrar, sobre un pedestal de marmol blanco, una estatua de Juana de Arco, y al frente, sobre tres gradas de piedra, un gran Cristo de marmol,— tal vez el más grande que he visto en los altares — un Cristo enorme, de una fisonomía suave, en que el artista, con una intención muy delicada, ha puesto en los ojos una mirada doliente y en los labios una sonrisa soñadora. Tal vez esa sonrisa no está muy de acuerdo con las palabras amargas que balbucearon sus labios moribundos, pero, sobre la verdad de la historia está la verdad suprema del arte, que no corresponde a ningún momento sino que refleja una vida entera. El arte no es la reproducción de lo que hay de transitorio en los hechos sino de lo que hay de eterno en la vida.

La iglesia tiene la forma de una cruz. Es grande, de una sencillez imponente y majestuosa. Su decoración es muy sobria. No tiene más que un solo altar, el altar mayor, que está en el fondo de la nave. Los *vitraux* de esta iglesia eran famosos. Han desaparecido todos los de un costado; en los rosetones del pórtico solo quedan algunos vidrios.

En el piso hay grandes planchas sepulcrales, en que se ven las figuras de los muertos delineadas.

En la parte antigua de la ciudad casi todas las casas son de piedra.

Y es esa la parte interesante. Los barrios nuevos tienen la vulgaridad monótona y banal de las ciudades modernas.

El *Hotel de ville* es una gran construcción.

La iglesia *Notre Dame* es de un efecto muy pintoresco a las orillas del río.



Salimos de Chalons para dirigirnos a Epernay. El camino va por las orillas del río, subiendo suavemente hacia las llanuras de Champagne. Es una planicie ancha, cultivada; lejos, a la derecha, en el horizonte, un bosque cierra el paisaje. A los lados del camino árboles sin ramas; al frente, el horizonte se abre.

Bajamos una ondulación y nos dirigimos hacia el bosque; pasamos por su sombra espesa, y al salir de entre los árboles nos encontramos con Aulnay. Un elegante campanario y una pequeña población.

Luego el camino sigue ondeando por el ancho llano; vamos pasando por una serie de colinas suaves y una cadena de aldeas que siguen unas en pos de otras.

Al rededor campos enormes de sembrados, un inmenso tapiz verde.

En el horizonte dos colinas. A medida que avanzamos se van separando y entre las dos principia a aparecer una campiña tranquila, risueña, colinas que tienen las faldas cubiertas de viñedos.

A lo lejos nos señala el guía la Abadía de Hautvilliers. En esa abadía se fabricó la primera botella de champagne.

Atravesamos un puente desde donde se divisa Chateau Mercier, sus enormes bodegas y sus grandes instalaciones.

Después llegamos a Epernay, a los alegres dominios del champagne, tan cruelmente azotados por la guerra, que dejó

todo arrasado, que destruyó todo lo que podían destruir los proyectiles.

La ciudad, con una agilidad maravillosa, se ha vuelto a levantar alegremente de en medio de sus ruinas.

La reconstrucción ha sido rápida.

Lo primero que volvió a surgir fueron, por supuesto, los viñedos, los cultivos, las bodegas, las instalaciones, todo lo que produce y crea la riqueza, que serviría de base a la resurrección de la ciudad.

Epernay es una cadena de hermosas quintas y luego un grupo de habitaciones en que se reúnen las tiendas, almacenes y oficinas.

Esa serie de *villas* y chalets, rodeadas de jardines, a los dos lados de la calle, le dan un aspecto pintoresco a la ciudad. Epernay es como un Viña del Mar elegante.

Visitamos las bodegas de Moët y Chandon. Esas bodegas se establecieron en 1743. En 1809 ya eran famosas. Una plancha de mármol negro recuerda en letras de oro la visita que ese año les hizo Napoleón.

Es una ciudad subterránea. Galerías anchas, altas, alumbradas por electricidad, se extienden sobre una superficie de 17.936 metros. A los dos lados de esas interminables galerías hay gradas de cemento en que se colocan las botellas acostadas, más o menos inclinadas, o completamente de pie, según el período de la elaboración larga y delicada del champagne. Hay, en estos momentos, sobre esas gradas, veinticuatro millones de botellas.

Algunos metros debajo de esas galerías bajamos a un segundo subterráneo que reproduce la distribución del que está encima. En esas galerías inferiores, húmedas, se siente el aire pesado y frío de los sótanos. En los días de peligro era en ese subterráneo donde la población se iba a refugiar.

Sobre esas galerías subterráneas se levantan a flor de tierra las instalaciones de un inmenso establecimiento en que se elabora, se transvasija, se embotella y se encajona, para repartir en el mercado universal, una de las marcas más reputadas del champagne.

Se ven en ese establecimiento prodigios de mecánica, para ganar tiempo y economizar los brazos. Hay máquinas para todo, hasta para los detalles más insignificantes de la toilette de una botella. Llama la atención el número de mujeres ocupadas en la fábrica. Antes de la guerra ya era muy considerable.

El largo bombardeo de Epernay arrasó las instalaciones superficiales de esa fábrica. Todo lo que visitamos ha sido reconstruido.

Las oficinas estaban instaladas en un palacio vecino de la fábrica que en el año último ha sido ya, en parte, reconstruido. Cuando lo vimos estaban todavía frescas las pinturas. La otra parte del edificio estaba en ruinas, quedaban apenas los cimientos.

En el pórtico de la oficina hay una gran estatua de bronce. Es la estatua de Dom Perignon, el bodeguero de la abadía de Hautvilliers, que inventó la preparación del champagne: 1638 a 1715. Murió el mismo año que Luis XIV, ese benefactor de las horas de alegría, como San Vicente de Paul es el benefactor de las horas de angustia y de tristeza.

Hay en ese monumento un testimonio de la gratitud de un pueblo al pobre fraile bodeguero, que le legó el procedimiento de una fabricación que iba a derramar el bienestar y la riqueza en toda la comarca.

Otro hombre oscuro, que va a tener luego en Estrasburgo los merecidos honores de una estatua, será Close, cocinero del mariscal de Comanes, inventor del pastel de hígados de ganso —*paté de foie gras*— que ha dado origen a una de las industrias más productivas de la Alsacia.

La comisión que ha organizado esa manifestación pública al pobre cocinero, declaraba en un artículo de *Le Temps*—2 de agosto de 1921—que los fabricantes de Estrasburgo vendían por un valor de más de veinte millones anualmente.

Es curioso que cuando ya se han perdido en las profundidades del olvido los nombres de los fastuosos y arrogantes abates de Hautvilliers, se conserve todavía, con afectuosa gratitud, el recuerdo del oscuro bodeguero del convento, y cuando ya nadie conoce las campañas de Comanes, todo el mundo conoce la feliz combinación que ideó su cocinero.

Es curioso ver como voltea la rueda de la fortuna; cómo cambian las posiciones, cómo se opera eso que Nietzsche llamaría una traviesa inversión de los valores.

Al frente de las suntuosas oficinas, al otro lado de la calle, hay una soberbia residencia. Un gran patio con un jardín, cerrado al frente con una reja de fierro. A los costados del patio edificios de dos pisos sencillamente ornamentados, y en el fondo un pabellón de verano, rodeado de árboles y flores. Ahí están los comedores, las salas de baile y de banquetes de aquella suntuosa residencia.

La vida entera de Epernay gira al rededor de esa gran manufactura. Todo en esa población nos habla del champagne. Por las calles vemos pasar carretones cargados de canastos llenos de botellas, tractores con cajones y barriles, otros con tablas para encajonar el vino, etc., etc.

En medio de todo ese movimiento de un carácter fabril solo notamos una carretita que no estuviera en relación muy directa con la industria. Era una carretita empujada por una mujer, que repartía los diarios de París.

Saliendo de Epernay subía el camino por colinas cubiertas de viñedos. El cultivo de esas plantas se hace aquí con cuidados exquisitos. Una desatención cualquiera, una enfermedad de las

plantas, una alteración de sus productos puede ser la ruina de toda la comarca.

En un llano, al pié de las colinas que nosotros recorriamos, está la alegre aldea de Hautvilliers, que se levanta al rededor de la abadía que fué la cuna del champagne. La abadía es ahora propiedad de la casa de Moëtt y Chandon.

*
* *

Siguiendo nuestro camino pasamos delante del castillo de de Cuxfont y atravesamos las aldeas de Cursolles, Pont Airen-neron, Troisy que es un montón de escombros al rededor de las ruinas de su iglesia.

Pasamos por Try, también en ruinas. Hasta 1918 la ocupaba el ejército alemán. Al retirarse la incendiaron y la dejaron en escombros.

Atravesábamos la región más pintoresca del valle de la Marne, en un día de verano excepcionalmente hermoso. Soplabá sobre el camino un viento suave, una brisa cargada con el perfume penetrante de las flores silvestres. La excursión, en medio de esos paisajes llenos de interés, era un paseo delicioso por uno de los rincones más bellos del mundo.

Llegamos a Dormans. Este fué el punto extremo del avance alemán en 1918.

Recorriendo la población se ven por todas partes las huellas de la guerra. Llamán la atención en las afueras del pueblo, las grandes brechas, abiertas en las murallas divisorias de los predios.

En el interior de la población barrios enteros han quedado en escombros.

En Courthyrie al fin encontramos una aldea que no había sido despedazada por la guerra.

El camino va por en medio de árboles frutales, sobre todo de cerezos y nogales. Debajo de los árboles se cultivan las legumbres. Todo ese valle es un inmenso huerto.

Más allá otras aldeas le dan animación a ese espléndido paisaje. El camino nos lleva de nuevo hacia Varennes y volvemos a atravesar el puente histórico y ver la casa en que principió para Luis XVI el camino del patíbulo.

Luego nos encontramos otra vez con aldeas arrasadas: St Martin y más allá Chateau Thierry.

La vieja población había sido construída en anfiteatro en la falda de una colina, lo que hacía que desde el primer golpe de vista nos mostrara su aspecto pintoresco y su impresionante destrucción.

En medio de los escombros se levantaban las enormes ruinas del Castillo construído por Carlos Martel al comenzar el siglo VIII, para que sirviera de residencia a Thierry IV, y que sirvió de núcleo a la antigua población. Más allá divisábamos los restos de la torre maciza de San Crispín.

La historia de Chateau Thierry era una larga historia. Había estado en poder de los ingleses en el siglo XV, había sido tomada por Carlos V, saqueada por los españoles en el siglo XVI. Bajo sus muros recibió el duque de Guisa esa ancha herida en la cara, que lo hizo después llamar el *acuchillado*, y bajo esos mismos muros, el 12 de febrero de 1814, Napoleón obtuvo una de sus victorias más brillantes.

El período heroico de su historia ya había pasado. Chateau Thierry vivía consagrado a una vida laboriosa y tranquila. Prosperaban en esa población sus fábricas de telas, de *faience*, las tintorerías y curtiembres, que principalmente constituían la riqueza industrial de la comarca.

Atravesamos por un puente de piedra monumental. Lo sostienen tres grandes arcos pesados, macizos. Cerca de ese puente se levanta un hermoso y severo monumento que recuerda

que ahí cayó el hijo de Roosevelt, el aviador que hacía flotar con tanta audacia la bandera de su patria sobre esos campos de batalla.

Desde el puente se dominaba ese terreno estrecho y sangriento en que norteamericanos y alemanes se batieron durante seis semanas. Se ven a los dos lados del río las trincheras que ocuparon los dos campos. En el mes de junio de 1918 el tiro continuo de las ametralladoras norteamericanas, durante cuatro días y cuatro noches, impidió a los alemanes el acceso del puente.

Apesar de los esfuerzos de las baterías alemanas lograron los americanos hacer puentes, por donde atravesaron el río en varios kilómetros de frente. Esa dura jornada fué el bautismo de fuego del ejército improvisado por los yankees, fué la primera victoria americana del 20 de julio de 1918.

Ahora la ciudad traviesa y maligna de otros tiempos tiene la majestad sombría de las ruinas. En sus calles, ahora casi desiertas, se ven por todas partes los andamios de una reconstrucción apresurada.

Casi al entrar en la población nos encontramos con una de esas grandes y tristes barracas de madera. Sobre la puerta un cartel: «Comisión metodista de socorros de guerra y reconstrucción de las aldeas que rodean a Chateau Thierry, en cooperación con Foyers Retrouvés y con la Casa Metodista para huérfanos de la guerra». Todas esas instituciones generosas, que derraman en silencio los beneficios de la simpatía norteamericana, van estrechando los antiguos lazos entre las dos grandes repúblicas, y estableciendo entre ellas una mística y noble comunidad de sentimientos.

A orillas del lago Tiberiades, una voz dulce, decía suavemente a sus discípulos: «Amaos los unos a los otros», y a través de la distancia y de los siglos, esa enseñanza tan elevada y tan lejana, resuena en el alma de los pueblos y les inspira esta

conmovedora abnegación. ¡Con qué respeto se ve aquí pasar esos grupos de hombres y mujeres, con el sombrero redondo y el traje sombrío de los cuáqueros, que llevan en el corazón el más noble de los sentimientos, y en la mano la más generosa de las reparaciones!

Pasamos delante de la iglesia. Está en ruinas, pero ahí están las gradas, anchas, altas, pesadas para subir, pero cómodas para sentarse. En la tarde, esa terraza de la iglesia está en sombra y la barre el viento fresco de la plaza.

Ahí venían a sentarse todas las tardes los vecinos y a pasar el rato alegremente, haciendo traviosos comentarios de la vida diaria.

En esa atmósfera de un buen humor desapiadado y alegre, se formó Lafontaine. Hace tres siglos se venía a sentar todas las tardes de verano, en estas mismas gradas, uno de los más grandes escritores de Francia.

Su casa está ahí cerca, al pie de la vieja fortaleza, en el número 13 de una callejuela, que se llamaba *des Cordeliers*, y y ahora Jean de Lafontaine. Es una elegante habitación del siglo XVI, una casa vieja y encantadora. Un cuerpo principal entre el patio que daba a la calle, y el jardín que estaba atrás. El edificio tenía una ala en un costado del patio. Todo el frente tenía adornos esculpidos sobre las puertas y en las murallas.

Esa casa pertenecía a Charles de Lafontaine, *maitre des eaux*, casado con Françoise Pidoux, viuda de un comerciante. En esta casa nació Juan de Lafontaine, el 8 de julio de 1621, aquí pasó su infancia. Salió después a seguir sus estudios de abogado. Volvió y pasó su juventud «en una desocupación que era su verdadera, su irresistible vocación». Aquí se casó—dice uno de sus biógrafos—aquí engañó a su mujer; aquí tal vez fué engañado; aquí soñó, aquí rimó, y acabó por vender esta casa como vendió todo su patrimonio, pedazo por pedazo».

El 2 de enero de 1676 la compró un gentilhombre, Antonio Pintrel.

Después fué pasando de mano en mano, hasta que el municipio la adquirió dos siglos más tarde, en 1876.

Solo ha sufrido ligeros cambios esa casa en los últimos tres siglos. El patio, por el lado de la calle, antes estaba cerrado por un muro alto, con un pórtico. El muro fué derribado hace treinta años y lo reemplaza una reja. En el fondo otra muralla de las antiguas fortificaciones, que obscurecía el jardín, también ha sido derribada.

En el ala lateral del edificio había en el primer piso un pequeño gabinete, a lo sumo de tres metros de ancho. Ese era el gabinete de trabajo del poeta. Ahí se refugiaba al abrigo de los ruidos y las preocupaciones del hogar, dejando los grandes salones a María Hericart, su mujer, y a sus visitantes. Mademoiselle de Lafontaine tenía reuniones literarias—*tenait bureau d'esprit*—dice Salesse, y reunía a los verdaderos y a los pretendidos sabios la Chateau Thierry. Racine, en una de sus cartas a Lafontaine, la llama, «desplumadora de Malherbe». Era una «preciosa» a quien se consultaba en cuestiones literarias. Lafontaine apreciaba muy poco aquella sociedad, que otros cultivaban con empeño. Era de la opinión del diablo Belfegor, que no pudiendo sufrir, según él nos ha contado, el carácter desagradable de su esposa, prefirió volver al infierno antes que vivir con ella por más tiempo.

Lafontaine fué desgraciado en su vida, y eso nos explica la risueña indiferencia con que nos habla en sus fábulas de la experiencia amarga de la vida y del triunfo habitual de la fuerza y de la astucia. Su mismo genio literario no fué en su tiempo estimado en todo su valer. Solo Molière lo supo apreciar y lo puso generosamente en el supremo nivel que merecía. Era natural que en aquella época, en que imperaban los alejandrinismos acompasados y solemnes, y dominaban en la prosa los perío-

dos majestuosos, se estimara en poco el abandono y la deliciosa naturalidad del lenguaje casi familiar de Lafontaine; de ese lenguaje hecho de claridad y de precisión, en que el buen sentido juega con la luz.

Luis XIV, afectado, pomposo y solemne, era natural que no mirase con simpatía a ese poeta sencillo, alegre y travieso, que consideraba la naturalidad como la suprema y desesperante aspiración del arte. En esa época la corte, que seguía al monarca dócilmente, era el árbitro indiscutible del buen gusto.

La Academia dió pruebas de una noble independencia, abriendo sus puertas al poeta desdeñado de la corte.

Tampoco podía Luis XIV perdonarle a Lafontaine su hermosa sinceridad, su espíritu de fronda, y aquel malicioso «burro cargado de reliquias» — *l'âne chargé de reliques*. Todo eso nos explica la resistencia del soberano para aceptar la elección de la Academia, resistencia que difícilmente pudieron vencer los amigos del poeta.

Pero no solo había en los escritos de Lafontaine una forma de sencillez encantadora; había algo más, de que la crítica ha prescindido con una extraña injusticia.

Todos hemos repetido que Rousseau nos enseñó una manera nueva de pensar y de sentir. De pensar, tal vez es cierto, a pesar de la expresiva frase de Pascal, pero de sentir... En la fábula de «los dos pichones» encontramos eso que con razón hemos llamado una manera nueva de sentir, esa mezcla delicada de pasión ardiente y de melancolía discreta. Rousseau va a renovar todo eso, lo va a hacer más dramático, más ardiente, más sombrío y más teatral. De las páginas de Rousseau va a extender su vuelo por el mundo esa manera nueva de sentir, que viene del viejo palomar de Lafontaine.

También la amistad — ese amor sin alas, como decía Byron — se ha enriquecido pasando por su pluma. Él y Montaigne son

los primeros, y talvez los únicos, para quienes ha tenido la amistad la voluptuosidad de los placeres refinados.

En nuestra excursión por las calles de Chateau Thierry pasamos delante del hermoso monumento que su ciudad natal ha levantado a Lafontaine.

El «buen hombre» está de pie, con el cuerpo ligeramente inclinado, y con una sonrisa de amable picardía parece saludar al que se acerca.

Alrededor del monumento se ven casas destruídas y montones de escombros. Era natural. Es una de las poblaciones más cruelmente despedazadas por la guerra.

Saliendo de Chateau Thierry encontramos a un lado del camino, hacia el poniente, el bosque de *Belleau*, que envuelve una colina erizada de rocas. Ahora se llama el bosque de la marina americana, en honor de dos regimientos de marina que, el 25 de junio de 1918, capturaron esa formidable posición.

Más allá encontramos un gran cementerio. La bandera americana flota a media asta sobre esas tristes cruces de madera. Es el precio de la captura del bosque de Belleau.

Más allá están los escombros de *Vaux*. Era una pequeña población. No queda nada. Esta fué la primera población que tomaron los soldados norteamericanos en la ofensiva final.

Un monumento señala el punto en que se desató el ataque. Es un monumento de una sencillez griega. Una roca de aristas aplanadas, sobre la roca una estrella de piedra, y sobre la estrella una placa de metal en que se lee: «2.^a división americana 14 de julio 1918.»

Más allá de la aldea atravesamos un ancho valle cultivado; después el bosque, que cerraba el horizonte, y al salir del bosque nos encontramos en el valle con otra piedra conmemorativa igual a la anterior. Entre esas dos piedras estuvo el frente de combate y de victoria.

Poco más adelante el camino vuelve a perderse entre el follaje de los árboles.

En ese sitio agreste y solitario, sobre las cruces de un cementerio, una bandera inglesa, que se pliega pesadamente sobre el mástil, cayendo con la soberbia majestad de una trapería griega, recuerda uno de los sitios más gloriosos y heroicos de esta guerra. Ahí, en ese campo santo, quedó sepultada, en 1914, toda la Guardia Real del ejército británico...

Ese cementerio es una joya, en que la aristocracia de Inglaterra ha engastado su recuerdo heroico. El destino dejó caer esa joya a las puertas de una aldea, cuyo nombre era de una predestinación soberbia: *Montreuil aux lions*.

«No olvidaremos nunca»,—decía un eminente político francés,—«el impulso con que el pueblo británico entero, aunque sorprendido por la guerra, se ha colocado a nuestro lado en 1914, con los recursos inmensos de su libre imperio. Sólo, entre todos los beligerantes, la Gran Bretaña ha puesto 5.900,000 de voluntarios al servicio armado del derecho, y 800,000 duermen su último sueño en tierra de Francia.»

En efecto, hay dos mil cementerios ingleses. Y todavía una comisión especial—*Graves registration Comittée*—recoge en los campos de batalla restos de cadáveres. Las cruces, que ponían los compañeros para señalar el lugar en que uno había sido sepultado, no tardaban en desaparecer. La ola de la guerra arrastraba esos pobres recuerdos. El comité busca esas tumbas sin nombre, desparramadas por el campo de batalla; reúne los cadáveres y cava, cerca de las pequeñas poblaciones, nuevos cementerios, que cuidan los aldeanos con una piedad conmovedora.

Un poeta inglés—Brooke—que duerme en uno de esos cementerios, decía al partir para la guerra:

«If y should die, think only this of me:
that there is some corner of a foreign field
that is for ever England».

Y en efecto, esos cementerios son una cadena de oro, que ligará por muchos siglos a las dos naciones. La política del gobierno inglés podrá variar, pero el corazón del pueblo inglés permanecerá inalterable.

Hace poco, en una hora de tristeza, la Francia creía sentirse abandonada por la Gran Bretaña. En todas partes hacían los franceses reflexiones penosas. Y a propósito de esas reflexiones un corresponsal recogió estas palabras de los labios de uno de los más grandes hombres de Inglaterra, que hablaba con una señora francesa: «La Francia puede romper su amistad con nosotros, si quiere; nosotros la conservaremos y seremos sus amigos, aún cuando ella no lo quiera. La Francia se ha hecho parte de nosotros mismos. Los muertos ingleses, que reposan al lado de los suyos, no serán nunca olvidados. En millares de hogares ingleses el nombre de Francia no puede pronunciarse sin que se anude la garganta».

Pasando delante de esos cementerios se siente la conmovedora emoción de estas palabras. Hay lazos que sólo una mano sacrílega puede desatar.

Siguiendo nuestro camino pasamos por *Montreuil aux Lions*. La aldea está en ruinas.

Luego el camino vuelve a pasar bajo el follaje de los árboles; atraviesa una campiña cultivada, un llano extenso, un gran tapiz verde, que ondea suavemente con el viento, y allá en el horizonte, lejos, se vé la línea oscura de otro bosque.

Debajo del camino que seguimos se divisa en un vallecito boscoso la *Ferté sur Jouarre*. Bajamos para atravesar por esa pequeña población destruida. Había allí un parquecito; hay muchos restos de villas y jardines; en un manto de muralla se

lée sobre la puerta: *El Dorado*. Es el nombre de un teatro. Esos son los restos de una población alegre.

Montreuil se dá la mano con otra aldea, Samoleron, también formada por una serie de quintas.

Parecen dos muchachas alegres en un claro del bosque.

Saliendo del llano atravesamos el puente de *Trilport*, que cortaron los ingleses en 1914, para detener al ejército alemán.

Después se extiende de nuevo la campiña, se abre el horizonte, y a lo lejos se divisan los campanarios de Meaux.

Volvemos a entrar en la vieja población. Recorriendo sus calles oscuras, silenciosas y monótonas, se siente la profunda exactitud con que dice Michelet, que ni Versalles, ni Trianón son tan noblemente tristes, ni hacen tan presente la grandeza de los tiempos pasados. Lo que hace más fuerte la impresión es que la grandeza ahí es sencilla.

Una ancha y sombría escalera de ladrillos, sin gradas, que sube en una pendiente suave, nos lleva a la terraza del palacio episcopal. El monótono jardín, que rodea la torre de la iglesia, está encerrado por las murallas de la ciudad, ahora cubiertas de hiedras. Sobre esa terraza, conduce al gabinete de Bossuet un camino de acebos, de árboles siempre verdes, de hojas brillantes, aguzadas y oscuras. En ese siniestro y fúnebre camino más de una vez debió presentir el genio de Bossuet el derrumbe de ese mundo monárquico de que él era la gran voz.

Seguimos después por un camino que ya hemos recorrido. Volvemos a pasar por Claye, a lo largo del ancho canal. Vemos las lanchas tiradas por caballos. Todo el movimiento de la pintoresca población que, tierras adentro, tiene ese aire desen-vuelto y decidido de las poblaciones de la costa.

Después seguimos por Ville Parisis, Livry, Pavillons-sous-bois, por Pantin con sus fábricas; y luego por la avenida Juan Jaurés, y la calle de Lafayette... Ya estamos en París, y vuelvo a ver la hermosa plaza que abrazan las dos alas del

palacio del Louvre, y en el centro, entre las flores, la estatua de Lafayette, la figura elegante del soldado ciudadano, en que se funden las tradiciones del pasado y las aspiraciones del porvenir. Ese monumento ha sido levantado por los niños de las escuelas norteamericanas, de esa tierra libre que él había defendido en su cuna.

Delante de esa estatua se extiende la grandiosa perspectiva de las Tullerías, de los Campos Elíseos, el arco de triunfo de la Estrella, la vía sacra por donde han pasado los más grandes acontecimientos de la historia de Francia.

Un día, delante de esa estatua, presentaba sus armas la primera división americana, y pronunció el general Pershing palabras que van a resonar en la historia: «Lafayette, ya hemos llegado! *Nous voici.*» Nada más. Y después de esas palabras la división americana desfila conmovida y silenciosa para marchar a los campos de batalla, siguiendo su bandera que el viento de los recuerdos desplegaba noblemente.

Los Estados Unidos entraron en la guerra en abril de 1917, en la hora más sombría para los aliados. Era la hora del derrumbe de la Rusia, la hora del desastre de Caporetto, la guerra submarina hacía estragos en el mar y amenazaba impedir que los aliados pudieran recibir tropas y recursos del otro lado del Océano.

Sin embargo, ya el 25 de mayo estaba una división americana en la línea de batalla, y ese día, pasando por encima de las filas alemanas, se apoderan de Couligny: la primera aldea tomada por los norteamericanos en Europa. Y otra división—la segunda—defendía heroicamente el camino de Chateau Thierry.

Los americanos desplegaban en Europa una actividad asombrosa para los preparativos de su entrada en la guerra. Improvisaban campamentos, ferrocarriles, depósitos inmensos de todos los materiales que pudieran necesitarse en la campaña.

El servicio de sanidad, como todos los servicios accesorios del ejército, llegaba a la perfección en sus detalles. El servicio religioso ofrecía sus recursos a todas las creencias. Lo que ahora queda después de la campaña, lo que hemos visto, es enorme. Y todo eso ha sido la obra maravillosa de unos pocos meses, ha sido ejecutado atravesando el océano, que recorrían los submarinos en todas direcciones. Para formarse una idea de todo eso es necesario acercarse a los depósitos en que se acumulaban los recursos, ver los *stocks*, recorrer los almacenes en que había miles de automóviles, otros en que había miles de motocicletas, otros llenos con los fardos de uniformes, y después, los arsenales en que se amontonaban las armas, los proyectiles, todas las terribles invenciones de la guerra moderna, desde los *tanks* macizos y pesados, que se arrastran como elefantes, llevando sobre sus espaldas una torre con cañones, hasta esos finos aparatos con que se lanzan los gases asfixiantes.

Ahí hay de todo, y de todo en cantidades enormes, en cantidades increíbles. «Es necesario que no falte nada»—es la voz de orden—«que todo esté a la mano en el momento necesario, que todo esté previsto y que nada pueda tomar de sorpresa.» Y esa previsión llega hasta el lujo.

Un ejército montado sobre ese pié de magnificencia tenía que desarrollar su maximum de esfuerzo. La psicología de esa espléndida preparación fué de una extraordinaria habilidad y es para nosotros una de las grandes enseñanzas militares de esta guerra.

Después de la contraofensiva aliada del mes de julio en el Aisne, el movimiento militar se concentra en las dos alas del ejército. En el ala derecha las tropas francobritánicas atacan en Flandes, y en el ala izquierda las tropas francoamericanas atacan en el Meusa.

El ejército norteamericano inicia la campaña con la brillante acción en que redujo la saliente de Saint Mihiel, que era una posición amenazadora del ejército alemán.

Esa campaña fué rápida. Después de un choque violento de tres días los alemanes se vieron obligados a emprender una retirada desastrosa. El Estado Mayor del príncipe imperial, presintiendo el efecto deplorable que produciría en el ejército alemán una derrota de sus tropas aguerridas por soldados improvisados, que por primera vez pisaban un campo de batalla, llevó sus mejores fuerzas a combatir las tropas norteamericanas. Trajeron la 4.^a división, considerada superior a la famosa guardia imperial.

El choque fué encarnizado y de una obstinación desesperada. Las trincheras y las aldeas fueron tomadas y perdidas y vueltas a tomar, pasaron de mano en mano, hasta el triunfo final de los norteamericanos. Esa victoria les impuso el tremendo sacrificio de 30,000 soldados.

Apenas terminada esa brillante y dolorosa operación, Pershing concreta sus enormes fuerzas en un movimiento de una asombrosa rapidez. En pocos días transporta más de 600,000 hombres del Meusa hasta el Argonne, con todos sus elementos de combate, para que fueran a ocupar las posiciones que Foch les había señalado. Esas posiciones se extendían por todo el frente de Verdun, desde el Aisne hasta el Meusa.

El objetivo que iba a perseguir la nueva ofensiva de los aliados, era apoderarse del sistema de ferrocarriles, que servían las comunicaciones alemanas más allá del Meusa, y que eran el eje de la defensa del ejército imperial.

Esa línea esencial había sido cuidadosamente organizada con un sistema de trincheras de una profundidad de 20 kilómetros, protegida por posiciones dominantes en que había instalada una poderosa artillería.

El 25 de septiembre de 1918 ya estaban todos los preparativos terminados.

El 26, en las primeras horas de la mañana, se inició el ataque con un empuje formidable. De un solo golpe se apoderaron los norteamericanos de las primeras líneas alemanas, y sin detenerse, se lanzaron al ataque de la segunda línea de que también se apoderaron. Los sacrificios de ese día de combate quedaron compensados con el espléndido resultado que alcanzaron. Cayeron en sus manos Varennes, Chippy, Vauquois, cruzaron el Forges y se apoderaron de Malancourt, Bethancourt, Cuisy, Septerges, Gercourt, Drillancourt, y tomaron más de 5,000 prisioneros.

Al día siguiente, 27 de septiembre, las tropas de Pershing prosiguieron su carrera afortunada. El macizo formidable de Montfaucon cayó en sus manos, después de la más encarnizada y vigorosa resistencia.

El 28 de septiembre el avance americano alcanza hasta los bordes de Apremont, en donde durante tres días se combate de la manera más encarnizada.

Ahí termina la primera faz de ese ataque afortunado, en que han capturado los norteamericanos más de 9,000 hombres y se han apoderado de dos líneas de trincheras alemanas.

La guerra en el aire había sido igualmente favorable para el ejército de Pershing, había conseguido establecer su predominio derribando 12 globos de observación y más de 60 aeroplanos alemanes.

Para extender su línea de combate puso Foch a las órdenes de Pershing un cuerpo francés mandado por Claudel. Con ese apoyo, el 1.º de octubre los norteamericanos avanzan bravamente hacia el corazón del bosque del Argonne.

Ese bosque había sido cuidadosamente fortificado por los jefes alemanes, aprovechando hasta los menores accidentes del terreno, con una ingeniosidad maravillosa. Y no contentos con

ocultar en cada vuelta del camino una sorpresa mortal para el que se aventurara en sus peligrosas emboscadas, explotaron hábilmente todas las estratagemas de la guerra.

Conociendo las supersticiones de las tropas de color del ejército norteamericano, durante la noche hacían aparecer luces y sentir ruidos misteriosos en el bosque. Esta astucia de guerra tuvo un éxito extraordinario. Un batallón blanco, mandado por el mayor Whitterley, se encontró así aislado en una hondonada del camino de Bonarville a Apremont. Las tropas negras, que mantenían su contacto con el grueso de las fuerzas, retrocedieron espantadas por esas amenazas misteriosas. Los soldados de Whitterley tuvieron que soportar durante cinco días las torturas del hambre y las fatigas de una lucha sin descanso, hasta que una división vino en su auxilio.

Hasta el 9 de octubre prosiguen ese avance al través de resistencias, que solo permitían ganar el terreno paso a paso. Ese día por la mañana divisaron en el horizonte el pintoresco caserío de Grand-Pré, donde ya el general Gouraud los esperaba. Se comprende la alegría con que vieron llegar el desenlace triunfal de esa áspera campaña, y que Grand Pré fuera a sus ojos la *pretty little town*.

Entretanto, nuevos refuerzos llegan al campamento norteamericano. Esas divisiones frescas aumentan el empuje del avance victorioso y llevan el desaliento al ejército alemán, que cada día siente más claramente el debilitamiento de sus fuerzas.

El 14 de octubre, Pershing ordena un ataque general. La lucha se empeña durante tres días, en que el ejército alemán hace al rededor de Landres una defensa desesperada y magnífica. Defensa inútil, las banderas americanas pasaron por encima de todo ese heroísmo, para ir todavía hacia la sangrienta batalla de Vouziers, en que vuelve a sonreírles la fortuna,

Después de esos golpes formidables, en que los norteamericanos han capturado 7.000 prisioneros y 50 cañones, viene un período de calma.

Son los días tranquilos de fines de octubre de 1918, en que los aliados ven despejarse el horizonte y asomar una situación alhagadora.

Los belgas han recuperado las costas y avanzan al corazón de su país; los ingleses están en Lille y han roto la formidable línea de Hindenburg; los franceses han penetrado en Laon y capturado a Saint Gobain; los americanos recorren triunfantes los campos del Argonne.

El 1.º de noviembre, Pershing desencadena su nueva ofensiva. Cerca de Vilvenes un monumento recuerda que ese día la 5.ª división americana atravesó el Meusa, y al otro lado del río, en Brieuilles, otro monumento igual señala el punto en que fué a desembarcar.

El avance se hace en toda la línea, con un empuje tan vigoroso que en el primer día, a pesar de todas las resistencias, han tomado 6 kilómetros y 3.600 prisioneros. Se marcha de día y de noche, para desorganizar la retirada alemana; se avanza con tanta precipitación que en Tuillerie sorprenden a los oficiales alemanes cuando estaban tranquilamente sentados a la mesa, con la seguridad de que era imposible que llegaran los norteamericanos.

El 3 de noviembre los alemanes creen poderse detener definitivamente en las fuertes posiciones de la línea Sedan-Metz. Al día siguiente los americanos los obligan a abandonar esa línea. Con su artillería ligera dominan ya el ferrocarril y suspenden sobre el ejército alemán la amenaza tremenda de dejarlo aislado.

La resistencia es a cada paso más difícil, es imposible, es una quimera peligrosa. El ejército norteamericano pasa como un huracán, con sus banderas desplegadas, bajo un cielo de

gloria. El poderoso ejército imperial es una hoja en la tempestad.

Pershing golpeaba ya a las puertas de Montmedy cuando recibió la orden de suspender el fuego. Se había firmado el armisticio.

En esas batallas del Argonne los norteamericanos han derrotado a 607.000 alemanes y dejado 126.000 fuera de combate.

¿Cuál ha sido el secreto del empuje irresistible del soldado norteamericano? ¿Cuál era la diferencia esencial entre el ejército vencedor y el ejército vencido? Todas las ventajas parecían estar del lado del ejército alemán. Tenía la superioridad de la disciplina, de las armas y la técnica. Tenía una preparación larga y metódica, grandes tradiciones militares, un pasado brillante y siempre victorioso. Combatía en un terreno que conocía palmo a palmo, cruzado de trincheras, que durante cuatro años había estado fortificando y haciendo inespugnables.

El ejército norteamericano era de soldados improvisados, de soldados sin experiencia militar, sin tradiciones, que iban a combatir en un terreno totalmente desconocido, terreno de emboscadas y escondites, en que a cada paso iba a encontrar una sorpresa peligrosa. Ese ejército improvisado ejecutaba sus primeras maniobras en el campo de batalla, combatiendo un adversario de una destreza incomparable.

Pero detrás de todas las enormes ventajas materiales del ejército alemán había una fuerza moral, que inclinaba decididamente la balanza en favor del ejército norteamericano.

El ejército alemán era de soldados formados en el servicio militar obligatorio, que iban al combate obedeciendo al latigo compulsivo de la ley. Eran los forzados de la guerra, arrastrados a los sacrificios ineludibles de la lucha.

El ejército norteamericano era formado por soldados voluntarios, por soldados libres, que iban a combatir por su propia voluntad, por su bandera y por su causa; soldados que mira-

ban con horror la depresiva servidumbre militar y a quienes el entusiasmo de una hermosa causa arrastraba a los campos de batalla.

Los soldados de Federico II, del servicio militar obligatorio formados por una severa disciplina, volvían a encontrarse en los mismos sitios con los soldados improvisados de la revolución francesa, con los soldados voluntarios, que había formado el entusiasmo, y una vez más el heroico ardor de la pasión triunfó de la soberbia y fría disciplina.

De esa experiencia se desprende una lección: el secreto de la victoria no está en los cuarteles, está en el alma del soldado; no está en el servicio militar obligatorio sino en la fuerza moral del entusiasmo. Los sacrificios enormes que impone ese servicio a un pueblo joven, separando del estudio y del trabajo precisamente a los elementos sociales más fecundos, no encuentran su compensación en el campo de batalla, en donde triunfan los soldados en cuyo espíritu tienen más fuerza y desarrollo los grandes sentimientos del amor a la patria, la libertad y el derecho, que guían a la humanidad en su marcha hacia el progreso.

Paris, septiembre de 1921.
